

Las mujeres y el sublime reto de educar a distancia

Jéssica Altúzar Grimaldo

Liliana Guadalupe Garzón Mejía

Arianna Murillo Arriaga

Patricia Araujo Ballesteros

Siomara M. Gómez Hernández

Claudia Nelly Núñez Franco

Ana Luisa De León Rayo

Martha Gutiérrez Álvarez

Ana Yantzin Pérez Cortés

Fernanda Acevedo

Lucy Zerón

Daisy Sánchez Morales

Gaby

Carmen Llamilet Martínez Ruiz

Drusila Torres Zúñiga

Teresita de Jesús García-Cortés

Metztlí Avendaño

Violeta



Las mujeres y el sublime reto de educar a distancia

Textos ganadores de los Premios DEMAC 2020-2021

Mujeres en la enseñanza a distancia.

Heroínas durante la era del Covid-19 en México

Categoría: Madres de familia

Siomara M. Gómez Hernández (1° lugar)
Liliana Guadalupe Garzón Mejía (2° lugar)
Jéssica Altúzar Grimaldo (3° lugar)
Gaby (3° lugar)
Arianna Murillo Arriaga (3° lugar)
Violeta (3° lugar)

Categoría: Maestras

Patricia Araujo Ballesteros (1° lugar)
Drusila Torres Zúñiga (2° lugar)
Teresita de Jesús García-Cortés (3° lugar)
Martha Gutiérrez Álvarez (3° lugar)
Carmen Llamilet Martínez Ruiz (3° lugar)
Ana Yantzin Pérez Cortés (3° lugar)

Categoría: Administrativas escolares

Ana Luisa De León Rayo (1° lugar)
Fernanda Acevedo (2° lugar)
Lucy Zerón (3° lugar)
Metzli Avendaño (3° lugar)
Claudia Nelly Núñez Franco (3° lugar)
Daisy Sánchez Morales (3° lugar)

Premios DEMAC 2020-2021



Primera edición electrónica, México, febrero de 2022

Las mujeres y el sublime reto de educar a distancia

Autoras

Jéssica Altúzar Grimaldo

Patricia Araujo Ballesteros

Ana Luisa De León Rayo

Fernanda Acevedo

Gaby

Teresita de Jesús García-Cortés

Liliana Guadalupe Garzón Mejía

Siomara M. Gómez Hernández

Martha Gutiérrez Álvarez

Lucy Zerón

Carmen Llamilet Martínez Ruiz

Metztli Avendaño

Arianna Murillo Arriaga

Claudia Nelly Núñez Franco

Ana Yantzin Pérez Cortés

Daisy Sánchez Morales

Drusila Torres Zúñiga

Violeta

Editado por Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253, Col. Campestre.

Alcaldía Álvaro Obregón,

01040, Ciudad de México,

Tel. 55 5663 3745

Correo electrónico: demac@demac.org.mx

librosdemac@demac.org.mx

Nota: Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin dar el crédito correspondiente a la fuente. En todo caso se hará sin fines de lucro y se deberá contar con la autorización por escrito.

Índice

ÍNDICE	4
PRÓLOGO	6
LILIA OFELIA MERÉ THOMPSON	
GANADORAS EN LA CATEGORÍA: MADRES DE FAMILIA	7
NIÑOS ¿HÉROES?	8
SIOMARA M. GÓMEZ HERNÁNDEZ	
MI HISTORIA DE APRENDIZAJE, APLICACIÓN Y VALOR PARA EDUCAR ACADÉMICAMENTE A MI HIJA.....	17
LILIANA GUADALUPE GARZÓN MEJÍA	
CRISIS ES OPORTUNIDAD	25
JÉSSICA ALTÚZAR GRIMALDO	
DE MAMÁ VILLANA A MAESTRA HEROÍNA DURANTE LA PANDEMIA.....	34
“GABY”	
DOS GUERREROS VIVIENDO LA PANDEMIA.....	43
ARIANNA MURILLO ARRIAGA	
UNA MADRE RESILIENTE EN TIEMPOS DE COVID	50
“VIOLETA”	
GANADORAS EN LA CATEGORÍA: MAESTRAS.....	60
¿DÓNDE LE PICO?.....	61
PATRICIA ARAUJO BALLESTEROS	
LA EDUCACIÓN EN LÍNEA QUE TENEMOS Y LA QUE NOS MERECEMOS	71
DRUSILA TORRES ZÚÑIGA	
A TRAVÉS DE LA PANTALLA.....	87
TERESITA DE JESÚS GARCÍA-CORTÉS	
6 POR 8 IGUAL A 7 POR 8	94
MARTHA GUTIÉRREZ ÁLVAREZ	
LA MAESTRA QUE LLEGÓ POR DONDE NO PASÓ DIOS.....	112
CARMEN LLAMILET MARTÍNEZ RUIZ	
AVENTURAS DE APRENDIZAJE Y ENSEÑANZA DURANTE EL COVID-19	120
ANA YANTZIN PÉREZ CORTÉS	
GANADORAS EN LA CATEGORÍA: ADMINISTRATIVAS ESCOLARES.....	136
DIGITALMENTE LOCA	137
ANA LUISA DE LEÓN RAYO	

LO QUE TEJIMOS EN CUARENTENA.....	144
“FERNANDA ACEVEDO”	
MI EXPERIENCIA ANTE LA PANDEMIA	159
“LUCY ZERÓN”	
RECOMENDACIONES PARA PREVENIR CONTAGIOS.....	166
“METZTLI AVENDAÑO”	
EL COVID TRAJO LA ESCUELA A MI HOGAR.....	174
CLAUDIA NELLY NÚÑEZ FRANCO	
APRENDIENDO DE LA VIDA GRACIAS AL COVID-19	185
DAISY SÁNCHEZ MORALES	

Prólogo

En este libro podrás analizar y vivir de primera mano las vicisitudes que encararon las mujeres que trabajan en el noble arte de Educar. Las historias aquí narradas te llevarán en un viaje a través de las aulas virtuales que las profesoras de nuestro país tuvieron que implementar en sus hogares, desde la elección del espacio dónde transmitirían sus clases hasta las dificultades técnicas que pasaron para poder cumplir con profesionalismo este nuevo reto, notarás la enorme vocación que tienen para aprender, reforzar y utilizar sus conocimientos en las Tecnologías de la información, en la mayoría de los casos sin capacitación alguna por parte de la Autoridad Educativa, los malabares que hicieron para poder compaginar su labor docente con los deberes del hogar y cuidado de sus familias en el contexto de la Pandemia; percibirás la enorme injusticia que padecieron al negárseles un horario laboral en aras de la empatía hacia sus alumnos, te darás cuenta de los sacrificios económicos, en su salud física y emocional que tuvieron que afrontar: Compra o arreglos de sus dispositivos electrónicos, desgaste de la visión, pérdida de familiares a causa del COVID, el estrés constante en que vivieron para poder sacar adelante un ciclo escolar virtual y la poca o nula valoración a su trabajo por parte de la sociedad.

Sea este libro un homenaje a estas mujeres que, con gran amor a su profesión, y sobre todo a sus alumnos, trabajaron contra viento y marea para ofrecer a sus pupilos, no sólo un apoyo académico sino también emocional en un contexto inédito para todos.

Lilia Ofelia Meré Thompson

Licenciada en Pedagogía

Docente frente a grupo

Ganadoras en la categoría: Madres de familia

Niños ¿héroes?

Siomara M. Gómez Hernández

Son las 6 de la mañana...

Siento que el techo me cae encima. Pienso irracionalmente que quizá observándolo fijamente consigo convertirme en una parte de él: lisa, llana.

Pasan otros 5 minutos...

Si no me apuro, tendré que correr. ¿A quién engaño? Con pandemia o sin pandemia siempre he estado destinada a correr. ¡Corre Lola, corre! ¡Corre Forrest, corre!...

¡Rayos! media hora ha pasado entre el techo y mis más absurdas cavilaciones. Necesito un reloj cucú para terminar de volverme loca.

Finalmente consigo levantarme. Recuerdo el video que les proyecté la semana pasada a mis alumnos, hablaba de depresión funcional. ¿Estaré deprimida?

Recién empiezo a explorar este pensamiento, cuando desde la otra habitación escucho esa vocecita de naturaleza inquietantemente aguda.

– ¡Mamá!

Me demanda.

Y salgo a toda prisa del mini test que ya mi mente estaba gestionando para asegurarme de que no cumpliera con todos los criterios establecidos para auto diagnosticarme con depresión severa, crónica, incurable.

–Mamá, otra vez ya es tarde, me vas a conectar con retraso a mi clase, ¡te pasas!

¿Por qué no pones una alarma más fuerte? ¿No vez que no voy a alcanzar a saludar a mi amiga por el zoom? Luego la maestra inicia la clase y ya no nos deja platicar.

Escucho estoica sus recriminaciones. Aquel pequeño ser tiene seis años y ya tiene la capacidad que cualquier adulto tendría para acribillarme con reproches. ¡Tan temprano caray!

Es lunes. Pero eso en realidad parece ya no importar. Un día se parece más al otro y al otro y al otro y así sucesivamente. Me siento perdida en este bucle que parece no tiene fin. Al menos no en un futuro próximo.

¿Quién lo iba a imaginar?

Era un día cualquiera, un jueves, cuando en el preescolar donde trabajo nos comunicaron que el brote de coronavirus estaba fuera de control. Estaba por terminar marzo. En una semana serían las vacaciones de Semana Santa. Escuché los comentarios de mis compañeras.

–Qué genial, vacaciones adelantadas.

–Seguro es parecido a la influenza, 15 días y estaremos de vuelta

–Ha de ser una treta del gobierno...

Yo me fui por la primera opinión. ¡Vacaciones adelantadas! Una semanita más. ¡Qué a gusto!

En casa todo era idílico. La hija sin tareas ni deberes escolares, el marido de *home office* en casa. Todos juntos pasando tiempo en familia.

Es el paraíso. Cuando sabes que tiene una vigencia, cuando sabes que tarde o temprano vas a regresar a la realidad, pero, cuando pierdes la línea horizontal que te indica que “el sueño” acabó, el sueño puede fácilmente convertirse en una extraña y surreal puesta en escena que ni al mismísimo Dante se le habría ocurrido.

YO

Es extraño pensar la forma en la que el ser humano puede ser tan adaptable. Somos maravillosos. Nos adaptamos a todo tipo de situaciones extremas. La pandemia ha venido sólo a reafirmar algo que ya sabíamos pero que no habíamos querido explorar tan profundamente: A todo nos acostumbramos. Y este acostumbramiento, esta necesidad de adaptación del ser humano a veces puede llevarnos a tal extremo, que si no, solo hace falta ver a los que como yo, ahora tenemos “síndrome de la cabaña”. A casi un año de distancia pienso en lo poco que me ha dado el sol, en lo mucho que extraño a mis pequeños alumnitos, sus vocecitas, sus risas, sus necesidades tan simples y trascendentales que, a veces con solo un abrazo o dos eran cubiertas.

No me imagino todas las desventuras que debe estar pasando por ejemplo, “Pedrito”, un alumnito que tenía capacidades diferentes y a quien, sus papás, le ponían el mínimo de atención. ¡Pobre! Las que debe estar pasando en casa, si de por sí, la socialización era su talón de Aquiles, ahora, encerrado, sin convivencia con sus pares, dejado a “la buena de dios”... Pobre.

Pero el ser humano finalmente también se jacta de esta maravillosa e inesperada capacidad de resiliencia, de salir adelante a pesar de las adversidades. Ojalá, Pedrito lo logre.

Está demás mencionar, pero por si no se sobrentiende, soy docente de oficio, psicóloga de profesión. Antes de la pandemia, por las mañanas daba clases y asesorías a padres y niños de un preescolar particular, por las tardes, atendía a mi

hijita de 6 años, los sábados daba clases en una universidad privada y por las tardes del mismo, atendía consulta privada en un pequeño consultorio que un querido colega me hacía favor de prestarme.

Y hablo en pasado porque, ahora, durante la pandemia, sigo haciendo lo mismo, sumando un trabajo adicional por las tardes entre semana, sin embargo, la dilución de la división de los tiempos está completamente manifiesta en mi vida.

¿Mi vida? Suena raro. No sé si realmente aún me pertenezca ese racimo de horas, minutos y segundos. Por lo que a mi concierne, el 80% de ellos están destinados a algún propósito ajeno a mí. Como ya lo mencioné, al principio, parecía algo hasta positivo. Tomarnos un tiempo, convivir en familia, esperar a que las aguas se calmaran. Pero conforme fue avanzando, empezaron a surgir los conflictos naturales de vivir con alguien con quien, a pesar de ser tu hija o tu pareja, realmente no estabas acostumbrado a estar en una dinámica 24/7.

Qué de intenso es que te puedes perder en el otro, en los otros.

Mis límites personales comenzaron a ser cada vez más difusos. El ciclo escolar terminaba, después de vivir un festival de las madres y de los padres a través de un monitor.

Sin precedentes. Los niños de 3° de preescolar y mis alumnos del último cuatrimestre de la universidad, se graduaban a través de una ceremonia virtual más bien insípida, en la que no nos entendíamos muy bien, ya sea por fallas de conexión o de retrasos en los audios. Mi hijita, también se graduaba de preescolar. La emoción que me había generado comprarle un vestido, unos zapatos y verla recibir su diploma, fue opacada por una pantalla en la que, sólo recibió una mención apagada entre aplausos descoordinados y fríos.

Teníamos la profunda esperanza de que esto terminara en agosto, que pudiéramos volver a ver de nuevo a la cara a esos pequeños de ojos curiosos y manitas pegajosas, o a aquellos adultos deseosos de nuevos conocimientos. Pero no fue así.

Y así la rutina y el encierro comenzaron a hacer estragos en mí. Sí, soy profesional de la salud y aun así, fui víctima de la depresión y la ansiedad.

No somos inmunes a nada. Eso es una realidad. Somos seres humanos que, sin la auto-atención necesaria, podemos vernos envueltos también en los males del siglo.

¿Cómo me di cuenta?

Pues, resulta, que cierto día después de dar una consulta a una paciente que venía hecha pedazos por el reciente, trágico e inesperado deceso de su marido, me sentí por primera vez, pesada. Profundamente agotada de ver las lágrimas de mi interlocutora, después de escucharla durante dos horas y buscar darle contención. Regresé a casa y sentí una profunda tristeza. Un deseo irrefrenable de valorar un poco más todo lo que estaba a mí alrededor. La muerte no es un juego. Pensé.

En los días posteriores comencé a sentirme cada vez más débil físicamente, un dolor de cabeza agudo e intenso y un dolorcito en el pecho me confirmaron lo peor: Prueba de COVID, positiva.

Ya llevaba días analizando el tema de las muertes por COVID y como cada vez estaban más manifiestas en un círculo cercano de personas. El ver el positivo en esa prueba, me hizo pensar por un momento, que quizá no lo lograría.

Las ideas son semillas que germinan en nuestra cabeza, si no hay un jardinero capacitado habitando allí dentro, pueden crecer sin control y nublarnos e invadir todo como hierba mala. Mi jardinero estaba enfermo:

–El número que usted marcó no está disponible, le sugerimos llamar más tarde.

Poco a poco comencé a dilucidar esta idea de “el mundo sin mí” y a darme cuenta de que, no iba a pasar nada si yo ya no estaba. La vida iba a seguir su curso natural. Estos pensamientos existencialistas hicieron mella obviamente en mi estabilidad física y emocional.

Tengo todos los conocimientos para paliar este tipo de casos y sin embargo, conmigo misma, estaban bloqueados. Como en esos videojuegos donde la herramienta que necesitas, no está disponible y para obtenerla tienes que pagar o hacer más puntos.

Mientras todo esto sucedía en mi interior, afuera, como era de esperarse, todo seguía transcurriendo con su ritmo ya habitual.

No hubo ni descanso. Seguí trabajando aún con mis dolores y padeceres.

Es mejor, te concentras en otra cosa y te olvidas un rato de que la gente allá afuera está realmente muriendo por el mismo virus que tienes dentro.

El día que más debilitada me sentí, tuve la suficiente ansiedad como para replantearme muchas cosas de mi existencia. Sólo quería estar bien, ponerme bien para poder seguir acompañando en su camino a mi hijita.

En ese momento me sentí profundamente triste y tuve que hacer esa llamada que había estado posponiendo por meses:

–Amigo, ¿Cómo estás? ¿Tendrás el dato de algún colega que me recomiendes?...

ELLA

Mi pequeña no entendía muy bien que pasaba, por más que le explicaba, cada día me seguía preguntando si ya iba a volver a la escuela a jugar con sus compañeros. (Esos compañeros que en realidad, nunca volvió a ver). Se reanudaron de forma improvisada en su colegio las clases en línea. La maestra nos mandaba pequeños videos y nos indicaba qué páginas del libro, qué actividades y qué evidencias teníamos que realizar.

Al principio la novedad mantenía a mi hija entretenida, pero al poco tiempo se fue volviendo tedioso. Realizar todas las actividades nos llevaba alrededor de dos horas, pero sin saber exactamente en qué momento, esas dos horas se volvieron un suplicio.

En aras de no pelear con mi hija más, estuve a punto de “desescolarizarla”.

Marzo, abril, mayo, junio y julio, pasaron casi desapercibidos. Mi niña quería entender por qué llevábamos todo ese tiempo en casa, por qué el día de su graduación no podíamos ir a comer a un restaurante o reunirnos con toda la familia. Todas las respuestas a sus preguntas se resumían en un pequeño y curioso vocablo: “Coronavirus”.

Me ha hecho tantas preguntas al respecto que ya ni recuerdo cuantas veces le he respondido, que no a todas las personas a las que les da se mueren, pero que nos tenemos que cuidar muchísimo porque su abuelita es grupo de riesgo.

Los niños son maravillosos, tienen esta gran capacidad de adaptación a todo lo que venga. Son increíbles pues, su instinto de supervivencia está aún más alerta que el de los adultos y por eso se vuelven tan miméticos.

Llegaron las vacaciones y con ellas, un encierro interminable. Ella daba vueltas en la casa con su patín del diablo, hizo todas las manualidades recicladas que se nos pudieran ocurrir, montó casas, castillos, cuevas y puentes de cartón, viajó en barcos que podían ser, desde una silla de cabeza, hasta una caja o una alfombra. Acampó debajo de la mesa, les hizo cambios de *look* a todas sus muñecas, disfrazó para Halloween a cada uno de sus peluches, le organizó fiestas de cumpleaños a su oso de peluche favorito en cuatro diferentes ocasiones.

En agosto, celebró su cumpleaños reunida solamente de seis integrantes de la familia. Ningún niño. Se adaptó a dejar de correr por el pasto, a dejar de tocar los árboles, la tierra; la luz del sol ya no le daba a diario, si no con suerte, cada tres o

cuatro días. Lloró profundamente cuando le dije que ya no iba a volver a ver a sus compañeritos del antiguo colegio y me dijo: “Mamá, ni siquiera me despedí”.

Estos pequeños duelos irresolutos, le han ido generando algunos vacíos, sin embargo su mente creativa, curiosa y llena siempre de ideas, le ha jugado a favor para poder sobreponerse.

Hay tantas personas en el mundo a quienes podríamos admirar, sobre todo en estos tiempos que han surgido toda clase de héroes y heroínas sin capa, que están dejando el alma y el cuerpo en los hospitales, en los centros de ayuda, en las obras de caridad. Admiro particularmente a todos los hombres pero sobre todo a todas las mujeres que se entregan apasionadamente al servicio del otro.

Doctoras, enfermeras, psicólogas, psiquiatras, activistas... A todas, que desde su trinchera y aun teniendo que cuidar de 1, 2, 3 o más críos, se juegan la vida por el prójimo sin dudar.

Sin embargo, no hay ser al que admire más en esta faz, que a mi pequeña hijita. Ella ha sabido ser desde el día 0, hasta hoy, mi gran maestra de vida.

Yo que soy docente, sé que la enseñanza es más, mucho más que sólo la trasmisión de contenidos. Eso es algo relativamente sencillo. Trabajo y he trabajado con todos los niveles y sé que aunque todos son un gran reto, la enseñanza es más que sólo pararte al frente de un aula (presencial o virtual) y repetir una cantidad de información sin figura ni fondo.

No. La enseñanza se transmite con amor, con profundo interés, con genuina empatía por tu receptor. Mi hija me ha enseñado todo eso: la paciencia, la capacidad de adaptación, la simpleza y belleza profunda de las cosas.

Me gustaría que en el futuro, cuando todo esto pase, ella sepa, que me inspiró a seguir hacia adelante, a tratar a cada uno de mis alumnos como me gustaría que la tratarasen a ella, que me enseñó mis límites retándolos.

Quiero que sepa que en estos tiempos duros en los que la relación entre su padre y yo no dio para más, me tomé su fortaleza como estandarte y su sonrisa sincera como bandera.

Los niños, son aquí los importantes, los protagonistas de esta historia, pareciera que son los observadores silenciosos del cuento, pero son los que en sus cabezas ya construyen posibilidades para volverlo a contar de nuevo, con una nueva y refrescante versión.

Después de animarme a ver y escuchar todo lo que mi hija me tenía que decir y enseñar, apertura también más mis ojos hacia mis pequeños alumnos que también

desde sus trincheras y tipis, están haciendo lo suyo, están esforzándose por mantenerse estables, animados, motivados.

Veo cada mañana sus caritas llenas de resignación o de aceptación y lamento profundo que tengan que estar pasando por todo esto, pero sé también que grandes lecciones vienen para ellos y que más vale que de una vez conozcan y vivan el verdadero sentido de la palabra “resiliencia”.

Me avergüenzo un poco de mi trastorno depresivo cuando veo todas sus distintas realidades, cuando sé que hay pequeños que son violentados física, psicológica y verbalmente y que aun así, me regalan una sonrisa frente a la cámara. Por eso digo que ellos son los verdaderos súper héroes dentro de este *comic* llamado vida.

Como madre trabajadora me he visto confrontada a retos inimaginables, situaciones que me han dejado al límite. No tengo una red de apoyo sólida, sólo estamos ahora mi hija y yo. Sin embargo, sé que hay mujeres, madres, que la están pasando realmente mal. Que perdieron su empleo o quebró su negocio, que perdieron a seres queridos o que sufren violencias también. A esas mujeres, madres, me gustaría mucho decirles, que busquen ayuda, que construyamos redes, que tendamos puentes, que seamos fuertes, que observen a sus pequeños y aprendan de su naturaleza simple y sin miedos, que sean creativas, que se reinventen. La vida no es una receta de cocina, afortunadamente la podemos hacer “del sabor que queramos”. Espero que ustedes escojan un sabor delicioso. Y aunque a veces se nos pueda escapar una pizca de sal o quizá dos, ojalá en los ojitos de sus pequeños, encuentren el azúcar necesario para siempre, recomponer la receta, a pesar de que afuera existan mil retos por superar.

Hoy se llama Covid, mañana no sabemos qué más nos pueda deparar, son tiempos difíciles, amigas, pero tiempos difíciles siempre habrá y nosotras estamos aquí por un rato, al rato a los que les toca lo que sigue es a nuestros bebés, ojalá que tengan una mamá que los sostenga, bajo cualquier adversidad, ojalá que si estás deprimida como lo estuve yo, puedas decidirte a buscar ayuda para ser una mejor versión de ti, primero para ti, después, para ellos.

Ah, y de lo académico, ni te preocupes, el sistema educativo está colapsando, grandes cambios habrán de venir, los niños ya no necesitan la escuela tradicional, los niños ahora son hacedores de sus propios saberes. Tu hijo eventualmente aprenderá a sumar, restar, leer o las fracciones, en lugar de pelearte toda la tarde con él y llamarle tonto, recuerda, que cada niño tiene su ritmo de aprendizaje y que además, este año, ganó más aprendizaje del que tu sospechas, aunque todavía no lea o no se sepa las tablas.

Gracias mamás, pequeños, ya verán que VAMOS A SALIR DE ÉSTA.

¡Y fortalecidos!

Mi historia de aprendizaje, aplicación y valor para educar académicamente a mi hija

Liliana Guadalupe Garzón Mejía

La primera vez que escuché acerca del coronavirus fue en una canción tipo cumbia que circulaba por las redes sociales en enero del 2020, era muy pegajosa y mucha gente la tarareaba sin darle mayor importancia. En dicha canción decían que el virus había “nacido” en China, que era muy contagioso, que evitaras lugares concurridos y te lavaras las manos frecuentemente. Personalmente y al igual que muchos, no le tomé importancia, pensé que quizá sería parecido al Ébola y no saldría del continente en el que fue creado, por lo tanto, “no” llegaría a México.

Sin embargo para finales de febrero del mismo año, ya no circulaba el mismo número de memes en las redes, ni chistes del tema; si no que comenzaron a circular las noticias devastadoras de países en donde el virus estaba arrasando con las poblaciones, y México comenzaba a presentar los primeros casos. La angustia comenzaba a apoderarse de la gente y el pánico empezó a crecer.

En marzo de 2020, mi hija Liz tenía siete años y acudía a una escuela pública en 1° de primaria. Un lunes de la primera semana del mes, la directora nos comunicó afuera de la escuela, que debido a la ya declarada pandemia mundial, se tomarían una serie de medidas de higiene y salud para el ingreso de los niños al plantel. Esa semana fue un completo caos, pues la escuela de mi hija es de tiempo completo y una de las más demandadas de la zona; hay tres grupos de cada grado con 33 alumnos cada uno; la fila de inspección para ingreso era inmensa; sin embargo eso solo duró una semana pues se declaró estado de emergencia y los niños desde ese momento tomarían clases a distancia.

En casa vivíamos cinco: mi abuelito, mi mamá, mi esposo, mi hija y yo.

Mi mamá tiene un pequeño negocio de librerías eclesiásticas móviles; mi esposo y yo somos contratistas de acabados de obra, diseño e imagen. Entre los tres nos encargamos de los gastos de la casa para que mi abuelito y mi hija pudieran disfrutar de sus actividades a plenitud. Cuando enviaron a mi pequeña Liz a tomar clases desde casa, también se comenzaron a cerrar negocios no esenciales, puntos de venta, eventos y demás; era el inicio del caos.

Para atender las clases en línea y poder seguir con nuestras actividades laborales, mi esposo y yo adecuamos la oficina en casa para atender asuntos administrativos y todo lo mayormente posible; él tenía que salir diariamente a atender los asuntos en campo y entonces yo me quedaba en casa para trabajar con Liz.

Al principio de las clases a distancia, la maestra enviaba diariamente las actividades a las 8:00 am en un grupo de WhatsApp, mismas que se tenían que realizar y enviar hasta las 3:00 pm del mismo día, manejaban el mismo horario habitual de clases en tiempo completo. Los niños realizaban las actividades indicadas, tomábamos foto y

se las hacíamos llegar a la maestra por el mismo medio. Esporádicamente nos indicaba ver la programación que se estaba transmitiendo vía televisión.

La adaptación en esta primera semana fue sumamente complicada, mi hora de despertar no cambió, siempre a las 5:45 am para tener todo listo, alistaba a Liz para comenzar con sus actividades a las 8:30 am; pero estar en casa haciendo tareas escolares de ningún modo sería una tarea fácil, Liz se distraía constantemente con todo; realizaba los trabajos muy rápido, pues afortunadamente venía de un preescolar particular y contaba con un avance de conocimiento bastante ventajoso; pero el exceso de tareas para realizar en casa la estaba aturdiendo, yo tenía que partirme en cuatro para atender mis actividades laborales, las propias de la casa, atender a Liz y volverme su maestra. Diariamente le tenía que dar todas las indicaciones de los trabajos a realizar y evidentemente no podía dejarla sola, pues en el primer momento ella se ponía a hacer cualquier otra cosa, desde jugar con el gato, ver TV con mi abuelito, desordenar y ordenar juguetes, etc., etc., etc.

La presión por entregar tareas en tiempo era bastante desagradable, aunada a mis actividades administrativas laborales y las propias del hogar, lograron que mi Síndrome de Intestino Irritable se disparara por los cielos; mi mamá seguía tratando de mantener su negocio a flote y mi marido hacia lo mismo por el nuestro. En casa, mi abuelito siempre fue mi mano derecha en las actividades del hogar; me ayudaba mucho con las compras, la limpieza y el orden. Pero el distanciamiento social y las medidas de restricción para niños y adultos mayores eran cada vez más fuertes, en nuestro hogar teníamos que cuidarnos todos, pero sobre todo a mi niña y a mi abuelito.

Al poco tiempo, otras mamás del grupo de mi hija comenzaron a quejarse por la presión ejercida para realizar y enviar tareas en tiempo. Entonces los maestros de inglés, educación física y su maestra de planta, ampliaron los horarios de entrega de actividades.

El grupo de WhatsApp constantemente se llenaba de preguntas por tareas que para muchos no quedaban claras, llevábamos ya casi un mes trabajando de ese modo y aún nadie conseguía adaptarse. Afortunadamente para mí, las actividades eran claras, el reto era lograr que Liz las realizara sin aburrirse, desesperarse o distraerse. Y al mismo tiempo que yo tuviera la capacidad de hacerme entender, en ese tema yo tenía fallas, pues mi manera de explicarle las cosas no era suficiente para su lista de dudas; yo terminaba desesperada y le gritaba; ella lloraba y después yo lloraba con ella.

Mi pobre hija estaba sufriendo y eso nos hacía infelices, mi esposo llegaba muy tarde y solo trataba de hacernos más llevadero el día a día; cantábamos canciones

o veíamos películas para distraernos. Por su lado, mi mamá y mi abuelito también nos apoyaban siempre y nos ayudaban en todo lo que podían.

Tiempo antes del cierre del ciclo escolar 2019-2020, los maestros anunciaron que para evaluaciones y trabajos finales comenzaríamos a trabajar con la plataforma Classroom. Para lo cual tuve que leer 2 manuales y ver tutoriales que me ayudaran a manejarla de manera eficaz. Afortunadamente en casa contamos con WiFi estable, una computadora de escritorio, una laptop, una tableta, una impresora y cada miembro cuenta con su *Smartphone*. Esas herramientas que usábamos como equipo “laboral” de oficina, se volvieron de escuela y *home office* para todos. Damos gracias al universo por contar con ellas, pues sé de muchos compañeros de mi hija que sus papás al día de hoy han tirado la toalla por no contar con las herramientas tecnológicas necesarias. Y en mi caso, apoyamos a mis sobrinos y algunos vecinos con sus impresiones, escaneos e incluso visitas a casa para realizar tareas en la computadora o prestarles el WiFi. La casa de mi abuelito se volvió oficina, escuela y hogar desde hace cerca de un año.

Con la plataforma Classroom no tuvimos problemas para trabajar, se me hizo muy eficaz, al principio los maestros enviaban calificaciones y comentarios en tiempo real, y yo había hecho un trato con Liz para realizar las actividades estableciendo tiempos, sin desesperar y sin lágrimas.

A varias familias les costó adaptarse, seguían pasando los días y lo que nos habían dicho que solo sería temporal, al día de hoy seguimos sin verle fin.

Para las vacaciones de Semana Santa 2020 se suspendieron todas las actividades a nivel nacional; mi abuelito y Liz se pusieron en extremo tristes, pues en esas fechas siempre viajábamos a la casa de mi abuelito en Oaxaca y nos despejamos de la ciudad; sin embargo ese año no fue igual. El encierro y distanciamiento nos estaba haciendo mucho daño, pero sobre todo a Liz y a mi abue; antes de la pandemia los miércoles y viernes por las tardes Liz patinaba en una academia de Rollers, y todos los sábados se reunía con su grupo Scout en la arboleda local; por su parte mi abuelito todas las mañanas salía a dar paseos y a realizar compras con su bicicleta; los demás miembros de la familia realizábamos diversas actividades a lo largo del día y todos teníamos una vida feliz; pero de repente la vida cambió para todos de una manera radical.

Antes de las vacaciones de Semana Santa, la maestra de planta de Liz aún contaba con la esperanza de poder regresar a las aulas y concluir el ciclo de manera presencial; sin embargo fue algo que no sucedió y en consecuencia seguíamos trabajando en línea y con la plataforma Classroom; los maestros se comenzaron a turnar para tener clases vía remota por medio de Google Meet; pero tristemente se dieron cuenta que en repetidas ocasiones no se lograban conectar ni la mitad de los 33 niños del grupo; los padres de familia argumentaban que no tenían los medios o

el tiempo necesario para poder tomar todas las clases, entonces la dirección escolar decidió que se redujera el número de sesiones por Meet y se enviaran videos explicativos, imágenes, archivos y aulas interactivas por la misma plataforma de Classroom.

Liz iba bien con las clases, entre las dos habíamos encontrado métodos para poder entendernos de una manera clara y precisa, cuando nos tocaba conectarnos vía remota a la misma hora nos apoyábamos mutuamente en cada actividad; mi pequeña de siete años estaba siendo la heroína de las clases y métodos a distancia para seguir siendo la primera de su clase.

Para el mes de mayo nos habían comunicado que faltaba muy poco para declarar terminado el ciclo escolar y eso nos dio un gran alivio. Parecía que faltaba muy poco para terminar con el encierro y el gran reto que nos habían puesto en frente; pero entonces la vida nos presentó un desafío personal en extremo grande.

Uno de mis tíos, hermano de mi mamá, le pidió en gran favor a mi abuelito: vivir con nosotros en casa en lo que su economía se estabilizaba, pues la pandemia había causado estragos en su bolsillo; mi abuelito y todos los demás miembros de la familia muy contentos los recibimos en casa y estábamos tranquilos; pero al poco tiempo mi tío cayó en cama enfermo de Covid-19, tomamos todas las medidas recomendadas y la atención médica necesaria, sin embargo a pesar de haber hecho lo pertinente, al poco tiempo mi abuelito enfermó de lo mismo.

Mi Liz estaba en extremo preocupada por mi abuelito, y en ese momento mi arma más grande para mantenerla aislada y distraída era realizar constantemente y de manera puntual todas las actividades enviadas por los maestros; nos habíamos ya familiarizado prácticamente al 100% con la plataforma de trabajo y eso la mantenía ocupada.

Mi abuelito estuvo 16 días en cama con síntomas al principio leves, y todas las mañanas Liz y yo lo saludábamos y le cantábamos por la ventana de su habitación para verlo sonreír; a él le hacía un bien inmenso verla contenta, bailadora, juguetona y trabajadora. Esperábamos ansiosas el día que lo dieran de alta y poder abrazarlo de nuevo. Una noche en particular, él pidió que antes de irse a dormir Liz, le diera un enorme y cálido abrazo; así sucedió y ella se fue a dormir muy tranquila y feliz de poder volver a darle nuevamente abrazos grandes.

Lamentablemente al siguiente día, 27 de mayo de 2020 mi abuelito hermoso, Humberto Garzón, partió de este mundo. Aunque sabemos que hicimos lo humanamente posible, el falleció en el área de urgencias de su clínica médico familiar, y lo que vivimos las siguientes horas fue una experiencia muy dura para todos.

El día que mi abuelito falleció, mi mamá me llamó desde el hospital para darme la noticia a las 10:00 am; Liz aún dormía, pues con el desgaste del diario, la dejé de despertar en su horario habitual escolar y la dejaba dormir un poco más. En ese momento solo pensaba en la manera de darle la noticia a mi pequeña, particularmente en esa fecha tenía bastante trabajo escolar de libros y material didáctico que había enviado su maestra. Al despertar, lo primero que se dirigía a hacer era ir a darle los buenos días a mi abue; pero esta vez con el corazón en la mano le comuniqué lo que había sucedido tratando de que ella lo tomara de la mejor manera. Sus lagrimitas no dejaron de caer por su carita y nos abrazamos muy fuerte. Ella me dijo que entendía que solo era una despedida temporal y que algún día lo volveríamos a ver, sonriendo le dije que debíamos seguir adelante con nuestras actividades para que él estuviera orgulloso de nosotras y tuviéramos derecho a vivir una vida plena y feliz como la que él vivió.

Inmediatamente Liz comenzó a realizar sus tareas escolares mientras yo me ocupaba y dejaba las cosas en orden para lo que pudiera suceder respecto al funeral. Mi pequeña terminó sus tareas, le realicé sus correcciones y entregamos en tiempo todo el trabajo asignado; ese día fue muy benéfico que ella estuviera con la mente ocupada realizando sus trabajos.

Físicamente ya no nos permitieron despedir el cuerpo de mi abuelito, y con el corazón roto y la vida hecha pedazos, seguimos trabajando con las tareas escolares lo que resto del ciclo escolar.

Liz se graduó de primer año de primaria siendo la mejor de su clase con un promedio perfecto. Antes de cerrar el ciclo escolar la maestra nos comunicó que ella seguiría siendo la titular del grupo para el siguiente grado y que esperaba ya se pudiera cursar presencial; lo cual tampoco sucedió pues el ciclo 2020-2021 también comenzó y a la fecha se ha seguido trabajando en línea.

Aunque el encierro y distanciamiento continuó, con la Ciudad de México en semáforo naranja, su club de patinaje abrió nuevamente con las clases sobre citas específicas, medidas estrictas de sanidad y equipo de protección más arduo; lo cual ayudó mucho a Liz para distraerse del encierro y la tristeza que dejó la partida de mi abuelito. Por todos lados seguíamos recibiendo noticias tristes de gente que estaba enfermando o falleciendo, para lo cual buscábamos la manera de tener la mente de ella ocupada en cosas más felices.

Para agosto del año en curso, comenzamos el nuevo grado escolar, Liz decía que primero de primaria había sido el grado más fácil de cursar en toda su vida, incluso mucho más fácil que el preescolar; y que ella esperaba que 2° grado fuera más largo y pudiera volver a su salón de clases para ver y jugar con sus amigos.

Han pasado siete meses desde el inicio de 2° grado de primaria de mi hija y todo ha seguido en línea; el entusiasmo inicial de los maestros ya no es de ningún modo el mismo, nosotros seguimos trabajando vía Classroom, las conexiones vía Meet son muy pocas pues la deserción escolar ha ido en aumento, muchos padres de familia que seguían animados, al día de hoy ya están cansados y hartos, yo incluida. Los efectos de la crisis económica mundial ha sacado de su zona de confort a muchas familias, y muchos niños ya no soportan el aburrimiento y el encierro.

En este año de pandemia hemos enfrentado retos y vivido situaciones que yo pensaba solo se verían en las películas del fin del mundo. Han sido días muy duros y oscuros para todos, hemos aprendido a sacar lo mejor de cada uno para seguir manteniendo a nuestras familias vivas y unidas, pienso que la era digital se adelantó unos años y nos agarró desprevenidos, a veces pienso que sucederá como en la película de Wall-E y llegará un momento en que la humanidad olvidará incluso como caminar y todo lo hará con ayuda de máquinas y computadoras.

Mi Liz me ha ayudado mucho, he aprendido a amarla más, he aprendido a cantar en las dificultades gracias a su sonrisa, me ha enseñado a calmar el enojo y a sacar lo mejor de nuestra resiliencia. En algún lado leí que no hemos agradecido ni reconocido a los niños por su gran esfuerzo, valentía y el gran trabajo que han hecho en todo este tiempo. Los niños y adolescentes han sido grandes héroes por soportar esta enorme carga sobre sus hombros. Su hogar era su lugar de reposo, de descanso, su lugar seguro, y de repente se convirtió en escuela y en algunos casos en un campo de batalla entre los padres que nos volvimos educadores sin título del mismo.

Mi hija ha cumplido ya ocho años; a mi esposo, mi mamá y a mí nos hubiera encantado que tuviera una niñez más divertida y “normal” como la que nosotros conocimos. Seguiremos apoyando y alentando sus sueños y proyectos en la medida que la vida nos lo permita y caminaremos con ella de la mano en esta era digital, nos adaptaremos tecnológicamente para verla hacer sus sueños realidad.

Admiro a todas las mamás y papás que se volvieron profesionales en la educación sin haberlo decidido o incluido en un plan de vida anterior a estos tiempos, mis respetos para quienes tienen niños con capacidades diferentes y el reto se les triplicó. Admiro sobre todo a los maestros y profesionales en la educación que están en edad avanzada y tuvieron que adaptarse y actualizarse a marchas forzadas para poder seguir adelante con su profesión. Agradezco a los premios DEMAC por

realizar este tipo de actividades que nos permitan expresar y plasmar por escrito nuestros sentimientos y experiencias para los tiempos de cambio.

Crisis es oportunidad

Jéssica Altúzar Grimaldo

Crisis es oportunidad

Soy madre de un adolescente que tiene trastorno del espectro autista (TEA) Asperger y trastorno de déficit de atención con hiperactividad (TDAH), mi hijo se llama Julio y estas dos condiciones han marcado todo su desarrollo. Unos meses antes de que iniciara la pandemia mi hijo se encontraba en crisis emocional, había tenido un intento de suicidio y terminó internado en el Hospital Psiquiátrico Infantil Dr. Juan N. Navarro en dos ocasiones. Yo me encontraba además de triste y cansada, luchando para que este instituto psiquiátrico le brindara la atención adecuada a Julio, cosa que por cierto nunca sucedió.

Yo faltaba constantemente al trabajo para acudir a verlo al hospital y hacer los trámites para que en mi trabajo pudieran pagar la hospitalización; mi subdirectora fue siempre muy empática conmigo y a cambio de encargarme de un proyecto que se estaba poniendo en operación en la dirección a la que pertenezco, y capacitar a mis compañeros, me permitió ocuparme de la situación de mi hijo sin preocuparme por las faltas.

Julio estuvo un año sin estudiar al terminar la secundaria, después ingresó a una escuela de nivel bachillerato en sistema abierto, es decir, no escolarizado, donde presentaban un examen para pasar cada materia. Es una escuela para niñas y niños con capacidades diferentes, durante todo su primer año no se le permitió realizar ni un examen, lo cual lo hacía sentir que no era capaz de estudiar, que no valía la pena esforzarse y él decía que no podría hacer nada con su vida.

Al iniciar la pandemia lo intenté ingresar nuevamente al hospital psiquiátrico infantil en el que lo había ingresado las dos veces anteriores porque su nivel de agresividad hacia sí mismo y hacia su red de apoyo ponía en riesgo la vida de todos. Sin embargo, debido a que nos habíamos quejado por la falta de atención psicológica, cosa importante para poder superar su crisis, ya no lo quisieron recibir. Iniciamos la pandemia en crisis y en casa, por su puesto Julio dejó de estudiar y decidimos dedicarnos a trabajar su estado emocional como prioridad. Apoyada económicamente por mi madre, iniciamos un tratamiento particular que incluía psicóloga, psiquiatra y por su puesto mucha medicación al inicio. A estas alturas era un riesgo permanecer en casa solamente con mi hijo, así que mi madre vino a apoyarme, pero era muy grande el miedo a ser violentadas por Julio como en otras ocasiones, así que al principio se encontraba muy sedado.

Respecto a la escuela, la directora nos proponía que los maestros le mandaran por correo las tareas y ejercicios para estudiar los temas, para no atrasarse más; sin embargo Julio pasaba la mayor parte del día dormido y cuando estaba despierto estaba de malas, enojado, triste, llorando y desesperado, con una sensación de culpa que no lo dejaba vivir tranquilo y la escuela pasó a segundo término.

A partir de mayo nos fuimos a compartir la cuarentena a casa de una tía de mi hijo a quien él quiere mucho; Mary nos ofreció compañía y la posibilidad de que dos de sus amigos que pasarían la cuarentena con nosotros pudieran apoyarnos con Julio, en caso de que se pusiera agresivo y se autolesionara o lesionara a terceros. Me gustaría decir respecto a la condición de Julio, que no es persona que le gustara hacer daño, él comentaba que en ese momento no sabía reconocer lo que sentía y mucho menos expresarse. Las personas con TEA son menos tolerantes a la frustración, les cuesta mucho trabajo expresarse y por ende nombrar lo que sienten y piensan. Ya a la distancia de lo sucedido y como tarea escolar escribió este poema sobre cómo se sentía en aquellos momentos.

En la ira

En algún momento viví enojado
Era como un fósforo que pierde la cabeza
Y mi ira salió disparada
Como una botella de vino descorchada
El vino se desparramaba
Y a veces se rompía hasta la botella.

En el piso dejaba trozos de vidrio
Y la casa con manchas de vino
Por dentro estaba yo destrozado
Como un rompecabezas desarmado.

Mis manos eran fuego
Quemaban y torturaban mi tristeza

Mi llanto no apagaba el incendio

Pero convertía mi tristeza en obsidiana

Julio Salvador Miranda Altúzar

Además de esta nueva red de apoyo, contábamos con una prima mía y sus hijos como vecinos al mudarnos a casa de la tía de Julio, lo que hizo una convivencia agradable entre tantos y le ayudaba a Julio a esforzarse por estar mejor y despierto; con el tiempo logró sonreír nuevamente, comenzó a manejar sus impulsos, se encontraba más presente, dormía menos y comenzaba a dar nombre a sus emociones y a expresarlas. Quizás se pregunten qué tiene que ver esto con mi experiencia como mujer en la enseñanza a la distancia, cómo se relaciona con la escuela, si Julio dejó de estudiar; o creerán que contextualizo demasiado, pero yo creo que para comprender el presente y el cómo se aborda en este la enseñanza con las nuevas condiciones, es fundamental entender dónde estábamos parados ambos.

Pasaron los meses y Julio controlaba mejor sus estados de ánimo, comenzaba a autorregularse y la situación escolar volvió a ponerse en la mesa. Julio sentía que era incapaz de avanzar en esa escuela y le sugerimos ingresar a un sistema escolarizado. Le recordamos que no tiene una discapacidad intelectual y que además tiene una excelente memoria y es muy curioso, esas eran habilidades que él podría aprovechar si decidía intentarlo nuevamente en el sistema educativo escolarizado. La psicóloga sugirió que era un buen momento ya que las clases serían en línea, Julio estaría en casa y se sentiría más seguro, así que decidió pensarlo. Por ese momento regresamos a mi casa Julio, mi madre y yo. Es agotador ser red de apoyo de Julio, aunque sea mi hijo y siempre hay que dar los espacios y agradecer los apoyos.

Mientras lo pensaba, Julio y yo decidimos ir a pedir informes en una escuela que está muy cerca de casa ya que no le gusta salir solo y esta se encuentra a dos cuadras de casa; además, la preparatoria estaba ofreciendo precios solidarios debido a la pandemia.

Preguntamos si tenían pedagogos, psicólogos, el plan de estudios y toda la información necesaria, al final de la entrevista comentamos la condición de Julio y nos contaron sobre tres casos que tuvieron como el de Julio y que no solo lograron terminar la preparatoria con el acompañamiento necesario, sino que ingresaron a la universidad que querían entrar. Era una escuela que parecía ocuparse del

bienestar de sus alumnos de manera integral y Julio se emocionó un poco, le gustó lo que escuchó y a pesar del miedo que sentía decidió inscribirse.

Sabíamos perfectamente que todavía seguía trabajando el control de impulsos, su tolerancia a la frustración y todo lo que ya he mencionado. Al mismo tiempo yo me encontraba en posibilidad de acompañarlo, ya que en mi trabajo suspendieron el servicio, y sigo sin trabajar hasta estar en semáforo verde. Pero también me encontraba y me encuentro todavía en un proceso terapéutico que inició cuando Julio comenzó su tratamiento particular; entonces yo también me encontraba trabajando mis miedos, mis ganas de ya no querer ser madre cuando todo salió de control, la imposibilidad de huir en su momento, poner límites, la depresión en la que entré con todo lo sucedido, aprender nuevas formas de relacionarme con el mundo, cómo apoyarlo, etapas del desarrollo psicosocial, estrategias para mí, estrategias para él, antidepresivos. No digo que fuera demasiado, aunque así lo creí en su momento, digo que hemos tenido que hacer un gran esfuerzo, ambos, por salir adelante, ser constantes, tropezarnos y volver a intentarlo.

Para septiembre iniciaron las clases de Julio y mi madre ya había regresado a su casa, así que nos encontrábamos él, yo y nuestros miedos a que él no lo lograra. Sus clases serían de 8 de la mañana a 3 de la tarde y una vez a la semana tendría un taller de fotografía por las tardes, además de su terapia en línea con la terapeuta. Yo había hablado con Julio sobre lo importante que era preguntar todas sus dudas, que los maestros encontrarían otra forma de explicarle, pero que intentara no quedarse con dudas y por su parte, la pedagoga de la escuela nos había comentado que informarían a todos sus maestros sobre la condición de Julio. Y mi madre, sería quien me apoyaría para pagar sus colegiaturas.

Honestamente Julio siempre ha sido muy ansioso y creo que lo aprendió de mí, al verlo a los ojos podía saber exactamente cómo se sentía. Pero no creo que él pudiera ver mi miedo, yo pensaba aun así que la situación sería mucho más fácil que atender la crisis de Julio, sobre todo porque yo me encontraba “couchada” por mi terapeuta que además es la única especialista que conozco que trabaje con tantas convicciones por la salud de las infancias.

Así pues, cada 60 minutos Julio tenía una clase nueva, sus clases durarían de 50 a 55 minutos. Pero desde el primer día, Julio con gran desesperación me gritaba desde el espacio que acondicionamos en la sala para tomar sus clases en línea para que lo pudiera escuchar —mamá, ven corre— y yo salía corriendo y Julio me decía entonces que no entendía nada, yo le dije: —acuérdate de preguntar, ellos van a resolver tus dudas— pero le daba mucha pena y miedo de que sus compañeros se fueran a burlar de él, como siempre y peor aún que él no se enterara de que se burlaban de él porque no les entendía. No tardó ni una semana en

animarse a preguntar, pero había dos clases que eran completamente incomprensibles para él, estas eran Química y Matemáticas. Decía que explicaban muy rápido esos maestros y que no acababa de entender una parte del proceso y ellos ya estaban en otra, así que me senté al lado de él a tomar las clases e intentar explicarle al mismo tiempo que los maestros lo hacían pero de diferente manera, utilicé los recursos que yo tenía, pero tampoco acababa de entenderme a mí. Comencé a desesperarme y a sentir frustración.

Entre clases, antes de acabar la jornada escolar del día y muchas veces antes incluso de terminar sus horas completas de clase, Julio se desesperaba y lloraba y decía que no podría con la escuela, entonces yo me acercaba a él para ayudarlo a calmarse, para decirle que sí podría con sus clases, me tocó abrazarlo en sus llantos en plena clase, dejando la silla vacía mientras estaba conectado; a veces sus maestros le preguntaban si estaba bien, él solo me abrazaba fuerte. Yo sentía que diez minutos era lo máximo que tenía para lograr calmarlo y que pudiera incorporarse nuevamente.

Así Julio comenzó a darse a notar, no solo porque tenía estos momentos de abandono escolar, por sus ojitos rojos y con lágrimas, sino porque una vez que se decidió a preguntar sus dudas, no dejó de hacerlo, además sus maestros alentaban la participación y daban puntos por ello; él se atrevió a hacerlo a pesar de la pena que todavía le da, y ahora ya no deja de participar y preguntar. Comenzó a decir lo que pensaba, una y otra vez clase tras clase. Pero también conforme avanzaba la jornada escolar le daba mucha desesperación permanecer tanto tiempo sentado frente a la computadora y seguía llorando, pensando que no podría con la escuela, que era demasiado, decía que él no servía para nada y eso me rompía el corazón.

Por fin pudo no llorar en clases, pero a veces necesitaba que yo estuviera sentada a su lado para calmarse. Entre clases me decía que ya no quería seguir, sin embargo yo lo notaba curioso y hasta atento cuando comentaba y participaba, no parecía que lo estuviera sufriendo, así que comencé a preguntarle cómo se sentía en clases cuando participaba, él respondía que le gustaba, que sus maestros daban comentarios positivos sobre lo que decía, que sus compañeros todavía no se burlaban de él y entonces decía que eso le gustaba, yo le contestaba:

—Entonces ¿crees que pudiste con tu clase?, piénsalo... y él reflexionaba y le gustaba su sentir. Así que se modificó la dosis de Atomoxetina que recibía para poder permanecer en clase, atento sin dispersarse. Y él comenzó a darse cuenta que se sentía mejor consigo mismo en estas semanas de clases que en todo el tiempo que estudió y nunca presentó examen, así que continuó.

Sin embargo, yo tenía que estar pendiente de que no se desesperara, y me fui convirtiendo en una especie de Pepe Grillo que le susurraba —¡Tú puedes Julio!— cuando comenzaba a sentir algo de desesperación. Mientras que en clase de

matemáticas y química comencé a fungir como maestra sombra, ahí me di cuenta que ni si quiera alcanzaba a copiar lo del pizarrón, así que también comencé a escribir en esas dos materias y de pronto me entraba ansiedad al cuestionarme si estaba bien hacerle sus notas, luego esa ansiedad se convertía en miedo a que Julio no pudiera lograr terminar la prepa y le revisé las notas de otras clases y ¡oh sorpresa! Julio no tomaba notas, pero entendía todo, lo malo era que después de un tiempo se le olvidaba.

Yo lloré de frustración y comenzaron a aumentar mis niveles de ansiedad; para mí era muy estresante toda la jornada escolar de Julio y sentía que tenía que estar todo el tiempo al pendiente de él. Para resolver la situación de la falta de notas en su carpeta, entré a YouTube y busqué videos que tuvieran estrategias para tomar apuntes, cuando los vi con Julio, él dijo que no entendía nada, entonces yo le explicaba y como tampoco me entendía a mí siempre, me enojaba y menos entendía, los dos nos frustramos demasiado. Lo cierto es que a veces se nos olvida la enorme red de apoyo que tenemos y entonces recurrí a la terapeuta de Julio, que estuvo generando estrategias con él para tomar apuntes, todavía le cuesta tomar notas en algunas materias, porque dice que las clases son demasiado rápidas.

El semestre avanzaba y matemáticas y química seguían siendo complicadas para él, las formas en que yo le explicaba no eran tan eficaces, no siempre funcionaban, a veces yo ya no sabía qué hacer, me desesperaba y aun trabajando mis emociones llegaba a gritarle y sentía que le hacía más daño que yo estuviera ahí con él, pero por otro lado, él no quería que lo dejara solo. Respecto a las demás materias, yo me quedaba en mi habitación mientras él tomaba sus clases, mi ansiedad permanecía, a veces estaba más nerviosa, ansiosa. Comencé a comer muchísimo y a pensar demasiado, me preguntaba si los maestros le entendían porque a Julio le cuesta mucho trabajo expresarse, o si él habría entendido de verdad y tomado notas. Otras veces creía escuchar que Julio se quejaba y salía a verlo. O estaba pendiente de qué tal iba su atención en clases, por aquello del ajuste del medicamento.

Cuando llegaron sus primeros exámenes sentí que le volvería a dar una crisis y que se autolesionaría, gritaba que no podía, se desesperaba, lloraba y es que había maestros que les daban muy poco tiempo para responderlo, había otros que le daban dos horas y aun así Julio se ponía muy nervioso y gritaba. Yo trataba de apoyarlo, pero la verdad es que yo tampoco podía hacerlo siempre, ya que tenía que ingresar a aplicaciones que él no conocía y yo menos. Al terminar exámenes, en las tardes tenía mucha tarea y pasaba casi todo el día frente a la computadora. Yo veía su esfuerzo y lo felicitaba y animaba a ver todo lo positivo que eso le aportaba en su vida, lo cierto es que los dos esperábamos el fin de semana con ansias porque estábamos más que agotados.

Recuerdo la primera vez que le pidieron que subiera su tarea a Classroom, yo no podía entender qué es lo que hacíamos mal, por qué no la podía subir, no conocíamos la aplicación y le hablé por teléfono a mi hermano y a una prima para que me apoyaran. Al final logramos subir la tarea al Classroom y lloré en mi habitación de lo estresada que me encontraba.

A pesar de lo angustiioso y agotador que solían ser para ambos sus clases, con el tiempo Julio comenzó a sentirse más capaz, más seguro, cada vez participaba más y se esmeraba en sus tareas. Comenzó a disfrutar la escuela, cosa que nunca le había sucedido, comenzó a hablar nuevamente de estudiar robótica o mecatrónica, de irse a vivir a Japón y tomar clases de japonés. Escucharlo hablar así y ver que volvía a soñar me hacía sentir tan contenta que comencé a pensar que estábamos superando su crisis.

Al terminar las evaluaciones del primer bimestre realizaron una junta al aire libre en la escuela de Julio, básicamente nos entregarían calificaciones, nos recordarían cómo evalúan y el reglamento de la escuela. Al llegar a la escuela todos sus maestros reconocían a Julio, él tiene el cabello chino y largo hasta los hombros, es fácil de distinguir, además habla pausado y a veces se detiene al hablar porque dice que se hace bolas. Todos sus maestros le dieron hermosas palabras de aliento, todos observaban el esfuerzo que hacía y lo felicitaban. En la junta mencionaron que darían unos reconocimientos. El primer lugar era para el niño no solo con mejor promedio de primer año, sino el más participativo de toda la escuela y entonces mencionaron a Julio, ambos nos sorprendimos bastante, le pidieron que pasara al frente a recoger su reconocimiento y de regreso me abrazó muy fuerte, yo quería llorar de alegría y no por los nueves y dieces de calificación, sino porque él estaba logrando salir adelante, a veces las personas no se dan cuenta todo lo que hay detrás de un niño con capacidades diferentes, que tiene mayores obstáculos que los demás. Julio sí lloró de alegría y ambos nos sentimos profundamente agradecidos. Yo le agradecí que me escuchara, que me permitiera acompañarlo y le reconocí su esfuerzo, él me agradeció por apoyarlo.

El fin de ese semestre fue complicado, porque a pesar de que conseguimos un maestro que le explicaba los fines de semana a Julio lo que no había entendido bien de matemáticas, yo tenía que seguir al lado de él acompañándolo y mis estrategias de enseñanza eran poco funcionales. Lo mismo sucedía con la materia de química, era muy complicado y desgastante, pero siempre pudimos.

Muchas veces me pregunto cómo hacen los maestros para que con grupos tan grandes y diversos las niñas y los niños les entiendan; cómo logran sacar adelante

a grupos enteros año tras año; pienso que son héroes y que son poco valorados y yo les agradezco su gran labor.

Julio terminó sintiéndose capaz ese semestre y yo lo veo con otros ojos ahora. Ya inició el segundo semestre y decidió continuar con el sistema escolarizado, sí, a veces se levanta con nervios, le da miedo no aguantar todo el horario todavía, o que le dejen mucha tarea y se frustre y se bloquee.

Se ha hecho de un amigo, se llama Samuel y él conoce la condición de Julio, cuando lo nota ansioso le escribe un mensaje; se escogen como compañeros para exponer juntos y cuando Julio se traba explicando algo, Samuel lo apoya. Sus maestros son pacientes con él y lo animan para que siga participando, además de haberles dicho que este semestre no dejaran tanta tarea. Yo todavía sigo como en estado de alerta con él, al pendiente desde mi habitación; tenemos estrategias de contención. Todavía me pide que me sienta con él en matemáticas y química, pero la verdad es que ya no tengo que explicarle mucho, solo resuelvo sus dudas; en cuanto a las otras materias es muy raro que me pida apoyo para algo, parece que está tomando su camino; cuando está nervioso toma un peluche en forma de tortuga con aromaterapia que tiene para relajarse y a veces me pide estar a su lado, me siento un rato cerca de él y luego le digo —sigo contigo desde mi habitación.

Ahora procuro salir de casa a realizar alguna actividad necesaria cuando Julio está en clases, porque pienso que cuando yo regrese a trabajar y él ya asista a clases presenciales, tendrá que poner en práctica solo sus estrategias. La semana pasada fue la mejor semana de clases, no hubo ansiedad, solo lo acompañé en matemáticas y química, no se desesperó, está terminando su jornada escolar completa y aplicando técnicas de contención. Yo estoy menos estresada, sí tengo ansiedad; sin embargo y a pesar de todo lo que ha sucedido con la pandemia, yo estoy profundamente agradecida porque este tiempo me ha servido para acompañarlo. Y he aprendido que los momentos de crisis siempre nos traen la posibilidad de ser mejores.

Gracias por leerme, creo que escribir es profundamente sanador.

De mamá villana a maestra heroína durante la pandemia

“Gaby”



Mi nombre es Gaby, tengo veintisiete años y no saben cómo me costó acordarme de cuántos años tengo pero sigo pensando que tengo dieciocho y estoy segura que a ustedes también les ha pasado, resulta difícil darte cuenta que el tiempo no te espera y que sin duda lo que hiciste a los dieciocho nunca se olvidará.

Tengo una familia amorosa; mi hija, mi esposo, nuestra mascota y yo. Somos una familia que intenta modernizarse pero que tiene bases y principios un tanto pasados de moda sin olvidar que todos colaboramos para ser una familia feliz y unida. Mi hija tiene seis años, es una niña muy creativa, valiente y tenaz, admiro su valentía y seguridad al defender sus ideas; le gusta bailar, jugar al aire libre, tiene una gran imaginación y es muy comunicativa, para ser sincera, a veces hace tantas preguntas o dice tanto diálogo que si no me encierro unos minutos en el baño no sería capaz de seguirle el paso en su conversación, es chistoso porque creo que le pasa lo mismo a mi esposo cuando yo platico con él, y si, ya lo están descubriendo creo que mi hija ha heredado algo de mí.

Mi esposo es un hombre trabajador, inteligente, responsable, en ocasiones muy reservado pero sin duda con un corazón de pollo, estoy muy orgullosa de él y de la superación laboral y personal que ha tenido en estos años juntos.

Y yo, Gaby, soy una mujer inteligente y creativa, me fascina bailar, cantar y aunque no lo hago seguido también me gusta escribir, lo disfruto mucho.

Creo en Dios y en sus enseñanzas, soy noble, sensible, honesta, responsable y a veces controladora, lo reconozco, me gusta tener el control de muchas cosas, pero no se preocupen también tengo mis límites.

Ahora nos conocemos un poco y ya tengo personalidad en ese dibujo que suele aparecer cuando leemos; espero que no solo a mí me pase, porque yo leo algo y automáticamente imagino las escenas, les pongo un rostro a los personajes y a veces hasta música, lo hago desde pequeña y me encanta; no sé si es un defecto o una virtud pero quiero seguir haciéndolo.

Saben, siempre he creído que cada año te hace mejor, no importa si fue sólo un pequeño detalle, cada año eres un ser renovado y el 2020 vaya que nos transformó a todos y convirtió en un reto más complicado el tema de la salud, la educación y el ser mamá. Apareció un virus que fue como un terremoto en nuestras vidas; aunque en el país de origen apareció en 2019, en México no teníamos idea de que llegaría a nosotros y que tendría esa magnitud, considero que negativamente nos caracterizamos por ser irresponsables o “dejados” con nuestra salud y tenemos la falsa creencia de que a nosotros no nos va a tocar y en esta pandemia no ha sido la excepción.

Como ya mencioné, la vida nos exigió un cambio radical, desde nuestros hábitos de higiene hasta nuestra forma de socializar y del cual nos dimos cuenta cuando el gobierno decidió actuar y cerrar las escuelas, comercios, iglesias, centros de diversión y demás sitios; fue cuando inició la transformación en muchas áreas y para mi familia los cambios comenzaron desde el primer día de enero.

En enero estaba nerviosa, emocionada y en voz de mi marido más bien estaba preocupada porque ya tenía que preinscribir a mi hija a la primaria y tenía que pensar en tres opciones de escuelas, sabía que una nueva etapa se aproximaba y que mi pequeñita ya estaba creciendo así que con todas esas emociones hice el registro por internet para que le asignaran una escuela primaria. Mientras yo hacía todo eso, las cosas seguían transcurriendo en el preescolar del cual formaba parte en el comité de padres de familia, mi función era ser suplente de la presidenta y vocal del grupo de mi hija.

El tercer año de preescolar emociona a cualquiera, hay muchas cosas que hacer. En el grupo de mi hija empezábamos a organizar todo: la foto de graduación, la comida, la misa de acción de gracias, los ensayos para la escolta y los tambores sin embargo solo nos quedó como recuerdo porque nunca lo llevamos a cabo, la pandemia seguía avanzando y no nos permitió realizar ninguna actividad.

Llegaron a México los primeros casos de COVID-19 y empezamos a tomar ciertas medidas en el preescolar, compramos gel antibacterial, cloro y materiales de limpieza pero no creíamos que los tendríamos que usar, era sólo “por si acaso”. Mi amiga Marlene muy angustiada empezó a comprar cubre bocas de carbón activado pues en ese momento se creía era el único efectivo, incluso estaba agotado y me preguntaba si yo quería algunos, la miraba y muy cómoda decía que no y que de algún modo creía que estaba exagerando pero justo cuando pensaba eso, las noticias nos bombardearon con información de las muertes por COVID-19 en otros países, entonces mi panorama empezó a cambiar y con ello inició la primera semana de encierro.

Estuvimos una semana en casa, después regresamos a la escuela de mi hija con mucha incertidumbre y con mucho desorden pues se implementó un filtro para poder ingresar al preescolar en el cual firmábamos a conciencia sobre la salud de nuestros hijos y realmente no sabía si eso era de ayuda pues como siempre muchos papás fueron irresponsables y sólo firmaban por firmar, aunque se veía claramente que a sus hijos los llevaban con resfriado.

Fue entonces cuando nos dieron indicaciones a corto plazo y material para unas semanas, en realidad me emocioné porque tendría unos días para despertar un poco tarde y porque le ayudaría a mi hija a hacer sus actividades cosa que en ese momento me fascinaba.

Además del material de apoyo que nos dio la maestra, nos sugirieron ver el programa de televisión *Aprende en casa*. Recuerdo el primer día, acondicioné un pequeño escritorio, acomodé su sillita, puse sus materiales y nos dispusimos a iniciar con una canción para hacer activación física tal como en su escuela, prendimos el televisor, puso un poco de atención pero no era de su agrado y había muchas cosas que no entendía. Aun así, el primer día fue maravilloso.

La primera semana fue todo un agasaje, dividimos el tiempo para realizar su tarea y para que pudiera jugar mientras yo preparaba los alimentos o hacía limpieza, olvidé comentarles que no estoy trabajando porque decidí dedicarle tiempo a mi hija y ahora fue un punto a favor de la situación, sin embargo conforme pasaron los días el estrés incrementó de forma abismal, buena parte, por mi personalidad, pues me gusta entregar trabajos bien realizados y con creatividad, aunque olvidaba por completo que mi hija apenas tiene seis años y empezaba a conocer las letras y los números y, otra parte, por la etapa en la que está mi hija; encontrando su temperamento y descubriendo el mundo.

Un día más y añoraba con todo mi ser que todo regresara a la normalidad, veía el sufrimiento de mi hija y sabía que algo tenía que hacer, comencé a cantar con ella a bailar y a tratar de enseñarle de la forma más divertida que existiese pero tristemente nos funcionaba sólo dos días. Noté que incluso ya no le entusiasmaba aprender, odiaba hacer tareas y lo expresaba con llanto y rabieta, eso me entristecía y preocupaba muchísimo.

Toda la casa estaba llena de letras, números, dibujos y poco a poco parecía un salón de clases con la maestra menos paciente y la alumna con más aburrimiento y flojera del mundo. Las clases por televisión le gustaban por lapsos muy cortos y es que los primeros programas eran muy deficientes, sinceramente me aburrían a mí también. Claro todo ese aburrimiento no sólo era por las clases sino también porque dejó de ver a sus amiguitos, a su maestra, dejó de acompañarnos al supermercado, dejó de ir al parque, dejó de ir a comer fuera de casa y en pocas palabras estaba viviendo un duelo y yo no era capaz de ser empática con mi hija hasta mucho tiempo después.

Esta modalidad de aprendizaje no solo hizo actualizar a los niños y maestros si no a nosotros como papás, tan sólo un simple grupo en WhatsApp nos hacía reflejar una falta de comprensión lectora fenomenal, les cuento yo era administradora del grupo de WhatsApp del salón de mi hija y la maestra solo tenía comunicación conmigo pues antes de la pandemia los maestros tenían prohibido realizar grupos de mensajería; pues bueno, la maestra me mandaba los trabajos y recados a mí para que los compartiera con el grupo y era un desastre increíble; estaban los papás que preguntaban si había tarea, los que necesitaban una explicación con manzanas, los que no sabían de qué material estábamos hablando, los que aprovechaban para renegar por todo, los que hablaban mal de la maestra pero siempre le habían llevado su regalito y por último los 30 mensajes diciendo gracias, en fin, todo el día con el celular sonando.

Los maestros, para poder comprobar que los niños realizaban las tareas, nos pedían evidencias, esa palabra ahora está remarcada con letras negritas en el diccionario de todos los papás, evidencia. Prácticamente es el dolor de cabeza que aqueja a los padres de familia, tener que tomarles fotografías o videos a nuestros hijos realizando su tarea es sin duda la cosa más estresante, no sólo porque los niños actúan como niños y si sienten la necesidad de reír mientras está el video o de quedarse mirando una mosca en lugar de realizar el trabajo, lo hacen sin importar las consecuencias, sino también porque implica tener un dispositivo móvil con mucha memoria porque como papás siempre guardaremos cualquier recuerdo y eso no acaba, también debíamos enviarlo todos los días.

Pasaron ya tres meses entre días buenos y días complicados, la graduación llegó pero no hubo ni un recuerdo, mi hija estaba triste y feliz al mismo tiempo, triste porque no les pudo decir adiós a sus amiguitos y sabía que solo podría volver a ver a muy pocos y feliz porque lograba brincar la primera etapa escolar y ahora sería como ella dice “una niña de primaria”, “una niña grande”.

El tiempo siguió pasando y llegaron las muy esperadas vacaciones, esta vez sí fueron para relajarnos. Antes de la pandemia me encargaba de hacer actividades de motricidad o algún material para que mi hija repasara y no tuviera problemas al regresar a clases pero esta ocasión no quisimos recordar la escuela por ningún motivo, esos días de descanso mental fueron la gloria, despertábamos tarde escuchaba otra vez sus risas, vimos películas, bailamos, cantamos, cocinamos y volvimos a amarnos como madre e hija y no como maestra gruñona y alumna traviesa.

Toda esa belleza nos hizo ser mejores para empezar la nueva etapa con mayor entusiasmo y seguir aprendiendo porque a pesar del cambio y el reto que implicó, mi hija ya sabía leer, escribía en tamaño adecuado, derecho y se sentía feliz por descubrir el nombre de los productos o de leer su cuento y eso fue una motivación para ella y sabía que debía cambiar de actitud y poner alegría para poder seguir avanzando y avanzando.

En la televisión anunciaban con bombo y platillos el regreso a clases aunque seguirían siendo en línea, en casa nos preparamos con útiles y algunos ahorros para zapatos pues nunca perdimos la esperanza de que la pandemia estuviera controlada y eliminada de nuestras vidas y nos imaginábamos a nuestra hija con uniforme y zapatos nuevos.

Estaba por iniciar el ciclo escolar, faltaban un par de días y nosotras aún no teníamos ni idea de quién sería su maestra y de cómo sería su forma de trabajo. Mis sobrinas y algunas amigas de mi hija ya tenían su grupo en WhatsApp pero yo sólo tenía una tremenda ansiedad, creía que había escrito mal el número de teléfono o algún dato por lo que casi todos los días con las medidas de higiene iba a la escuela para ver algún anuncio, recado o alguna pista sobre lo que tendría que hacer, sin embargo no encontraba absolutamente nada.

Fue un martes cuando recibí un mensaje de WhatsApp para agregarme a un grupo, mi cuerpo se llenó de emoción, di tres saltos, corrí como loca a decirle a mi hija que su maestra se llamaba Fátima y que pronto la vería por videollamada, al parecer me emocioné más que ella, en serio, me sentía como hace muchos años con el entusiasmo de entrar a la primaria y de estrenar zapatos, mochila y libretas nuevas aunque me entristeció que mi hija no pasara por eso de la misma forma porque sin duda es algo que jamás se olvida.

El día esperado llegó la maestra organizó una videollamada por la aplicación Zoom y los retos empezaban; nunca había usado esa aplicación, no tenía ni idea de que debía oprimir o como ingresar pero no me podía quedar con los brazos cruzados, investigué y vi algunos videos que me ayudaron para tener noción y no ser partícipe de los “osos” que pasaban en las noticias por televisión acerca de estas reuniones. Pero ese fue el primer reto que superamos porque vendrían más; en la reunión la maestra nos indicó el material que necesitábamos y la forma de trabajo que incluía ver el programa de televisión *Aprende en Casa 2* y resolver el material que enviaría por una plataforma llamada Classroom, miré al cielo y dije: “Dios, me siento tan vieja y desactualizada”, suspiré y nuevamente tuve que investigar.

Lo primero que nos pidieron fue un correo electrónico personal y uno que emitía la SEP el que por cierto tardaron como tres días en proporcionarnos. En cuanto los obtuvimos, accedí a la plataforma Classroom, actualicé su perfil y aceptamos unirnos a las clases y gratamente superábamos este otro reto.

Así transcurrían los días, mi hija ya se interesaba en el programa *Aprende en Casa 2*, los programas los hicieron divertidos, más dinámicos y le gustaba participar, lo que se volvió complicado fue realizar todo el trabajo que la maestra de grupo le dejaba. En preescolar solo le dejaban dos actividades por día pero en primaria son mínimo cinco actividades y nuevamente el terror; yo queriendo entregar todo completo e impecable y mi hija cansada, aburrida y con ganas de irse a jugar.

Todo era gris otra vez; llanto, enojo, gritos, más llanto, rabietas, más llanto, gritos, me desesperaba con tanta facilidad, era una gran bomba de mal genio y negatividad. Mi hija me veía como un ogro y yo la veía como un dolor de cabeza, me avergüenza decir que en alguna ocasión le di una nalgada, fue la acción más baja que hice y que no sólo la hacía sufrir a ella si no que a mí también; me sentía tan mal, lloraba de desesperación, quería gritar y salir corriendo, hablaba con mi esposo y le confesaba que incluso no sabía por qué yo era mamá, me sentía la peor madre del mundo y quería mi renuncia efectiva y de inmediato. Mi esposo me abrazaba, me tranquilizaba y de esa forma caía en cuenta que la pandemia y el encierro me estaban transformando en un ser que no quería, me daba cuenta que me estaba descuidando como persona, todo mi tiempo lo invertía en las tareas escolares y había días en los que ni me daba tiempo peinarme, acciones por las cuales mi mala actitud y mal genio estaban aumentando.

Soy una mujer sensible pero también creativa y por tal motivo tenía que resolver la situación, amo a mi hija y sé que merece a la mejor mamá y para lograrlo necesitaba ocuparme primero de mí. Empecé a hacer ejercicio y bailar todos los días, usé mascarillas y cremas que refrescaban mi cara, busqué un libro, algunas películas y

series que disfrutaba ver; después le dediqué por lo menos diez minutos del día a jugar con mi hija, también a abrazarla y a bailar. Todas estas estrategias hicieron la diferencia en la relación madre-hija-tareas escolares.

Los días fueron cambiando de color, ya no eran tan grises, lo que aún le cuesta es poner fecha a todos sus trabajos a eso no le hemos podido quitar lo aburrido. Las actividades del programa *Aprende en Casa* se volvieron parte de sus días, le gustan sus maestros, resolver lo que le proponen y las tareas de la maestra de grupo las realiza con mejor actitud y día con día va adquiriendo mayor conocimiento y habilidades.

El horario de clases de mi pequeña fue aumentando; los lunes tiene clase con su maestra de grupo, el miércoles tiene clase con su maestra de UDEEI , los jueves tiene clase con su maestra de inglés y los viernes con el profesor de educación física, todas ellas por la aplicación Zoom regularmente a las 8 am, y si no fuera por despertar temprano diría que son magníficas, a mi hija le encanta ver a sus compañeros, participar en clase, reír por las ocurrencias que a veces dicen sus amiguitos y a mí también me encantan porque me hace sentir parte de algo; soy la responsable de activar y desactivar el micrófono, de anotar pequeños detalles como la pronunciación en inglés para después repasarla, de instalar el televisor para que tenga una pantalla más grande y sea más fácil su aprendizaje, soy también la que edita los videos o fotos para mandar evidencias y me gusta hacerlo divertido por eso utilizo aplicaciones como Tik-tok y les agrego *stickers* aunque no lo parezca es un trabajo complicado y ahora hago sólo un video pero al principio hacía un video por cada materia, dejé de hacer tantos cuando nos dieron las calificaciones del primer parcial y aunque nunca me han importado mucho los números si creí que mi hija obtendría un 10 de calificación pero no, entonces me decepcioné un poco y decidí solo enviar una evidencia para no estresarnos tanto y enfocarnos más en aprender. Pues así como lo notan, me gusta participar en la educación de mi hija y en sus clases de Zoom porque yo también aprendo nuevas habilidades.

Actualmente estoy más interesada en el aprendizaje de mi hija y en buscar estrategias para una clase y espacio más dinámico. Organicé un salón de clases con una pequeña biblioteca, realizamos honores a la bandera, activación física, después de hacer dos actividades cantamos, realizamos la demás tareas tenemos recreo y hora de salida, con esto, a mi hija le da tiempo para poder jugar toda la tarde y yo tengo tiempo para mí y para las tareas del hogar. Todo funciona mejor aunque de pronto si hay días complicados nos esforzamos por respirar y contar hasta un millón si es posible pero tratamos de no perder el control y son más los buenos momentos los que finalmente quiero que recuerde de toda esta situación.

En conclusión, la pandemia por COVID-19 modificó radicalmente mi vida y la de mi familia, nos obligó a actualizarnos tecnológicamente, a organizar nuestro día a día, a controlar nuestro temperamento, a respirar profundamente, a valorar la sencillez y la vida misma, a “recursar” el primer año de primaria, a reciclar material, a ser diseñadores de salones de clase, a encontrar nuestro lado más creativo, nuestra lado más enérgico, nos mostró nuestro potencial, nos mostró que la enseñanza y el aprendizaje deben ser de calidad más que de cantidad, nos enseñó que la labor de los docentes es insustituible, pero sobre todo nos enseñó a amarnos a pesar de nuestros errores, amarnos por sobre cualquier calificación, amarnos como un gran equipo, amarnos letra por letra.

Sin duda experimentamos muchísimas cosas y sentimientos, no todo es color de rosa pero un color lila es un gran color y comprendí que la perfección es subjetiva. La pandemia en poco tiempo ya nos dio una clase magistral y nosotros seguiremos aprendiendo, luchando, esforzándonos por dar lo mejor, estaremos con la mirada en alto agradeciendo a Dios por nuestra vida y cuidándonos para que pronto la pandemia por COVID-19 nos quede como un recuerdo, oramos para que las escuelas, los alumnos y maestros estén juntos nuevamente generando sonrisas y futuros profesionistas y para que con esta nueva perspectiva los padres estemos más conectados con la educación escolar y anímica de nuestros hijos.

Dos guerreros viviendo la pandemia

Arianna Murillo Arriaga

Buen día tengan todos los que lean este texto, mi nombre es Arianna Murillo y les contaré mi experiencia en las nuevas formas de enseñanza a distancia.

Tengo 32 años y soy madre de tres hermosos niños, Salvador de 8, Baruk de 7 y Alessandra de 6 meses, así que ya se imaginarán que me tengo que dividir en tres. Cuando empezó esto de que tomarían las clases en casa, Salvador iba en segundo de primaria, Baruk en primero de primaria, y yo estaba embarazada de cuatro meses. Al principio de la enseñanza a distancia fue fácil por así decirlo, los poníamos a ver la televisión con el *Aprende en casa*, hacían un resumen de lo que vieron y teníamos que mandar una foto de ese resumen, los niños estaban contentos, estaban en casa, veían unas horas la televisión y ya.

Pensé que sería así toda la pandemia, y fue cuando me empecé a preocupar, sinceramente sentía que no estaban aprendiendo, así que me puse a investigar qué temas tenían que aprender y como pude les empecé a enseñar, obvio no tengo el conocimiento de un docente, así que hacía lo que podía, no saben hoy más que nunca, cuánto respeto y admiración le tengo a los profesores.

Pasaron los meses y terminó el ciclo escolar así, justo cuando nació mi bebé, así que hasta eso tuve un respiro de las clases para poder cuidar a mi nena. Aunque sí fue difícil el cambio de dos a tres hijos. Y bueno agregar el trabajo de la casa.

Cuando pasaron a tercero y segundo de primaria, ahí sí empezó lo bueno, las clases ya eran virtuales, a parte de las clases incluyeron talleres, y llegó algo llamado Classroom, que en mi vida había escuchado, ahora sí todos los profesores ya daban clases, fue cuando dije ¿y ahora cómo le voy a hacer? Recuerdo que la maestra de cómputo le dijo a Baruk, a ver compárteme tu pantalla, y nos quedamos viendo los dos con cara de ¿eso qué es? Le pregunté a la maestra: ¿Cómo? ¿Le tomo una foto a la pantalla y se la mando por WhatsApp? (que era lo que iba a hacer), y muy amable me explico cómo compartir lo que tú estabas haciendo en la computadora para que todos lo pudieran ver, cosa que yo no sabía que se podía hacer.

Tenemos una computadora que yo utilizo para mi trabajo, afortunadamente trabajo por mi cuenta, así que no tengo un horario fijo, así que mi trabajo lo dejé para las noches, pero el asunto es que yo también estoy estudiando la carrera de contaduría en la UNAM, con la modalidad a distancia, actualmente estoy en cuarto semestre, así que también tuve que pasar mi escuela para la noche, sin poder dormir bien y con una beba recién nacida pues así me la aventé.

Hay ocasiones donde les tocan clases al mismo tiempo, y pues pongo a uno en la computadora y otro en el celular, pobre del que le toca en el celular porque se queja de que no ve bien, así que me los voy turnando para que no sufran tanto.

Trato de tenerlos solos en la sala, para que no se distraigan, pero, aun así, tengo que estar ahí con ellos, porque ya se imaginarán con niños chiquitos su atención es de minutos y se distraen fácilmente, así que tengo que estar pendiente para que no se levanten o se pongan a jugar.

Esta también el otro lado de la moneda, los otros veinticuatro niños, que no sé si los dejen solos, pero muchos hacen lo que quieren, el micrófono siempre prendido, las pobres maestras pidiendo que lo apaguen fácil unas 10 veces por sesión, he escuchado que luego están los papás platicando, la televisión con las caricaturas, en fin cada cosa que uno escucha en las clases. Una vez en una clase de Salvador recuerdo que el profesor estaba dando su clase, y abre su micrófono para cantar a todo pulmón, la verdad me dio mucha risa.

No se diga al momento en que el maestro dice, “bueno chicos eso es todo por hoy”, porque empiezan todos a abrir sus micrófonos y decir “adiós maestro”, “nos vemos Angelito”, “nos vemos Manuel” y así 24 veces, si el profesor quería decir algo o dejar tarea creo que muchas veces se quedaron con las ganas porque se ve como ese número de 24 alumnos conectados en línea, repentinamente baja a 1 en cuestión de segundos.

Por otro lado, los padres, que Dios nos libre, si yo como madre me dan ganas de decirles sus cosas, ya me imagino a los pobres maestros, porque cómo son fastidiosos: que si no les gusta la clase, que si no les responden los mensajes que mandan a las 2 de la mañana, etc.

Aunque también hay otros casos de padres de familia, como el de una mami, que no tiene computadora y dice que su celular no es de cámara, muchos otros que dieron de baja a sus hijos, ya que no podían dejar de trabajar para poder ayudar a sus hijos con las clases virtuales, otros más que los cuidan familiares y pues que ellos no saben de ligas para conectarse y esas cosas, la verdad he visto de todo con los papás, que hacen de todo para que sus hijos entreguen sus trabajos y otros que por ejemplo ponen en los famosos grupos de WhatsApp:

“No mandamos evidencias porque mi hijo no las quiso hacer”

Pobres profesores que no les queda más que responder con un “ok”.

Ya que estamos con las evidencias, creo que el sufrir de muchos maestros, alumnos y padres de familia, primero fue aprender a usar el Classroom, que después de muchas quejas de los padres de familia pues ya nos dieron un taller de cómo usarlo,

bueno ya fue de gran ayuda, aunque a veces en las clases escucho como aún les cuesta mucho trabajo entenderlo.

El hacer las tareas con mis hijos ahora es más fácil ya que con lo que ven en la videoclase pues es más fácil explicarles, y bueno pues ya es suerte si toca que manden mucha o poca tarea.

Durante esta pandemia mi esposo no ha dejado de trabajar, y sale todos los días a la calle a ganarse el pan. Todo iba bien hasta que lamentablemente a él le dio Covid-19, de inmediato se aisló aquí en la casa, y como era de esperarse a los tres días me dio a mí también, los síntomas, aunque no fueron graves, gracias a Dios, si me sentía mal, con dolor de cabeza, fiebre, malestar en general y pues con todas las precauciones del mundo seguí en contacto con mis pequeños, ya que yo no me podía aislar, le dije a mi esposo: si me aíslas yo, ¿quién los atiende? Mi bebe tenía ya tres meses en ese entonces, y bueno lamentablemente no tengo quien me apoye.

El aprendizaje en línea lo seguimos haciendo, hubo días que sentía morir, pero pues me motivaban ellos y no quería que dejaran de hacer su escuela por mi culpa. Y así enferma, enfermo mi esposo, y atendiendo a toda la familia, afortunadamente a mis hijos no les dio covid.

Cuando estuve enferma, fue en la temporada de Halloween-Día de muertos, y una de las actividades que nos pidió la maestra de Salvador, fue que iban a desayunar un pan de muerto para convivir padres e hijos, y para celebrar el día de muertos y hacer algo diferente, una vecina me hizo el favor de dejarme pan de muerto en la puerta, ya que no podía salir.

Cuando empezó el convivio le dije a mi hijo:

—Tú come, yo aquí te veo.

Como no me quitaba ni el cubre bocas ni la careta en casa, pues tampoco podía comer con ellos, a mis hijos nunca les dije que yo estaba enferma porque no los quería preocupar, y ya bastante tenían con ver a su papá aislado en su cuarto.

Pasó algo en esa clase, que nunca se me va a olvidar, cuando la maestra les pidió sacar su pan de muerto, una niña desactivó su micrófono y dijo:

—Maestra, a mí no me compraron pan, porque no tuvo dinero mi mamá para comprarlo.

En eso se escuchó que la mamá le gritó, se apagó la cámara de la niña y se desconectó el resto de la clase, solo pudimos ver la cara de angustia de la maestra, que le dijo que no se preocupara, que si no tenían pan no había problema que si tenían otra cosa una galleta, o lo que fuera, el chiste era convivir.

Yo sentí horrible, no sé si era por la situación en que me encontraba, pero sí dije pobre niña, seguramente su mamá la regañó. Si nosotras como mamás, nos sentimos mal al escuchar a esta niña, no quiero pensar cómo se sintió la mamá de esta niña.

Pensé en como nos ha afectado esta pandemia, independientemente en la escuela en general, cuántos padres se quedaron sin su fuente de ingreso, cuántos viven al día.

Dejando al lado lo económico, hay otro factor que está afectando más que las clases en línea, y sin duda es la salud mental de los niños, las maestras y nosotros los padres, los escucho decir a los niños que extrañan a tal amigo, que ya quieren ver a sus maestros o compañeros, en mi caso mis hijos ahora sí ya quieren regresar a la escuela, ahora sí toda la emoción y diversión que vieron al principio se terminó.

Cuando fue Navidad las maestras les preguntaron que le iban a pedir a Santa Claus o a los reyes magos, recuerdo que la mayoría pidió que se terminara ya el coronavirus para poder regresar a la escuela y ver a sus compañeros, para poder estar como antes.

Sin ir más lejos me ha pasado ya dos veces en lo que va desde el comienzo de las clases virtuales, que mis hijos se ponen a llorar en plena clase, porque no entienden lo que la maestra les explica, y en parte siento yo que es por todo este estrés de tener que aprender de esta forma, y también fuera de clase.

Un día Baruk llegó y me abrazó y se puso a llorar, muy desconsoladamente, cuando le pregunté por qué, solo me dijo que extrañaba como era antes del coronavirus.

Como mamá me preocupa mucho este tema, si uno como adulto se siente con ansiedad, miedo, angustia, ¿cómo se sentirán ellos?, pues igual que nosotros, en estos días lamentablemente hemos perdido familiares, de quienes no pudimos despedirnos; explicarles a ellos tan chiquitos es sumamente difícil.

Por eso cuando nos dicen que en la escuela nos darán alguna plática para ayudar a nuestros hijos, me conecto a las mismas y es triste también porque siempre somos pocos. Busco en internet, trato de leer lo que me recomiendan, trato de hacer las actividades divertidas para que se distraigan, y poder sobrellevar con ellos este encierro, quién sabe cuántos kilos llevamos de panes y galletas que nos ponemos hacer, pero bueno, eso no importa con tal de verlos contentos.

Así hemos pasados los días que parecen eternos, vemos cómo vamos de semáforo rojo a naranja y otra vez rojo, así que cada que me preguntan los niños que cuando van a regresar a la escuela, pues solo les contesto que pronto y que no se angustien por eso.

En el caso de las tecnologías que utilizamos en estos días, si bien al principio fue difícil, ya que no teníamos mucha idea, ahora se nos ha facilitado, los he enseñado a que ellos suban solos sus tareas, ya que veo que el problema de muchos niños es ese, que les están haciendo las tareas, cuando las maestras les preguntan se escuchan que ellos les dan la respuesta bajito, los exámenes igual en línea, que es de llenar formularios se puede prestar también para este tipo de situaciones; nos dicen no les ayuden, pero en verdad ¿no les estarán ayudando? Siento que el problema será después, cuando estén ellos solos en las aulas, creo que ahí se verá si fue ayuda o no este tipo de acciones por parte de los padres.

Para nadie ha sido fácil, de eso estoy segura, las instancias correspondientes de la educación, los maestros, los niños, nosotros, que vemos como le vamos hacer para que tengan todo lo que necesitan en sus clases, los maestros para saber cómo preparar sus clases, en preocuparse porque en realidad aprendan, los niños que están inscritos pero que no han mandado nada en el año, y lo veo en los grupos de WhatsApp, cómo los profesores están prácticamente rogando para que los padres manden sus tareas.

Hay muchos peques que están a cargo del hermano, abuelo, tío que igual que los niños tienen mil dudas de cómo hacer el envío de actividades, y que los maestros hacen de todo para ayudarlos, hay una maestra de computación que al principio del ciclo muchos le dijeron que no tenían acceso a una computadora y que solo los podían conectar a la clase de computación con el celular, ella buscó páginas para que lo pudieran hacer sin la necesidad de tener una computadora, ahora sí que hay de todo, a los que les importa y a los que no.

Por mi parte, ya me acostumbré a esta forma de trabajo, pero pues no deja de ser pesado y sobre todo en las mañanas por la falta de sueño, pero sé que esto pasará, que en unos años lo recordaremos como una temporada difícil, y diremos “Qué bueno que ya pasó”.

Me sigue fallando a veces la entrega a tiempo, por las demás cosas que les comenté más arriba, todo se me junta y no me doy abasto, pero trato de apurarme y hacer las cosas lo mejor que puedo.

Apenas me pasó algo muy chistoso, cuando iba a empezar la clase de Baruk a las 9 de la mañana, (trato de estar lista unos minutos antes para cualquier cosa), pues pasó que se quemó un fusible de la caja de electricidad, ¿y ahora?, no había luz, no había internet y para acabarla no tenía datos y a las 10 de la mañana Salvador tenía también clase, así que pues corre a buscar una tlapalería a las 9 de la mañana para comprar unos fusibles para poder tener luz y se pudieran conectar a sus clases, yo la verdad no tengo ni idea de cómo quitar o poner unos fusibles, mi esposo guiándome por teléfono para saber cómo hacerlo, pero bueno me sirvió de lección

para ya tener fusibles de repuesto y aprendí cómo cambiarlos, hoy me da risa pero en ese momento sí sentí el estrés total.

Bueno como esas historias o anécdotas nos han pasado muchas y seguramente en los otros relatos que lean verán un sinfín de historias ya que sin duda todos estamos igual.

En resumen, ha sido difícil, tanto como para los niños, padres y maestros, el tener que adaptarnos, porque no queda de otra, y tenemos que hacer lo mejor que podamos con lo que tenemos.

Los desafíos que enfrentamos, es ver qué va a pasar en un futuro, cuál es el resultado del aprendizaje que llevan hoy, ya que solo son unas horas y días a la semana, ¿Qué va a pasar con todos los niños que se dieron de baja?, ¿Cuánto tiempo estará esta situación? Son muchas preguntas, y aún no hay respuestas, pero no cabe duda que todos ponemos lo mejor de nosotros ya que todo es por beneficio de nuestros pequeños, que ellos no tienen la culpa de todo lo que está pasando en este mundo.

Agradezco que se hayan tomado unos minutos para leer mi historia.

Una madre resiliente en tiempos de covid

“Violeta”

Paola preguntó en junio del 2020 *“Mamá, ¿cuándo se va a terminar el coronavirus? ¿Voy a poder volver a mi escuela pronto? Me quiero despedir de mis amigos de tercero”*. Es difícil responder algo que no sabes y que además detona múltiples emociones en ti.

Le respondí que iba a regresar a la escuela cuando las personas que nos cuidan en nuestro país dijeran que era seguro hacerlo o cuando encontraran la vacuna para protegernos.

Esa noche por primera vez lloré de impotencia, tristeza, miedo y frustración. Habíamos hecho planes para su evento de fin de ciclo ya que terminaba su preescolar ese año. Se había acordado la misa, el evento cívico y estaba en pláticas un convivio para que los niños se despidieran. Todo eso lo sabía mi hija y le daba ilusión, sobre todo porque solo una de sus amigas se iría a la misma primaria que ella y dejaría de frecuentar a sus otros compañeros.

Como mamá me mostraba con buena actitud aunque no la sintiera del todo.

Quería transmitir tranquilidad mientras llevábamos la cuarentena al pie de la letra. Mi hija no salió de casa en seis meses. ¿Cuánta paciencia debe tener una pequeña para cambiar de manera abrupta su rutina de salir a diario y los fines de semana viajar una hora para pasarlos a dejar en casa de la abuela? Pues la dosis necesaria la tenía mi pequeña hija.

Como la gran mayoría de las mujeres que somos madres me las he arreglado para poder trabajar dejando a mi hija en estancias infantiles. Cuando cumplió tres años me vi en la necesidad de inscribir a mi pequeña en un preescolar particular que me apoyaba recibéndola desde las 7:40am (aunque el horario de clases comenzaba a las 9 de la mañana), de esta forma después de dejarla podía trasladarme a mi trabajo y llegar a las 8:00am. Yo concluía la jornada entre 12:30 y 12:50pm y me dirigía por mi hija que salía de la escuela a la 1:00pm. Posteriormente nos dirigíamos al departamento que rentaba, hacíamos nuestras actividades en casa, compras, caminatas vespertinas, tareas y planeaciones para el trabajo al día siguiente y los viernes ya estábamos listas para viajar a casa de mi abuela, pasar ahí el fin de semana, llevarla a sus clases de música y de gimnasia.

Nuestra rutina estaba establecida y fue la misma por casi tres años. Lo único que la alteraba era cuando mi hija se resfriaba o se enfermaba y no podía asistir a la escuela. Entonces me la llevaba al trabajo porque no tenía con quien dejarla. Recuerdo que alguna vez iban a tener cursos los docentes de su preescolar y los niños no tendrían clases, además yo no podía llevarla al trabajo en esos días y se me ocurrió buscar una estancia infantil en donde me apoyaron cuidándola, entre puros bebés.

He sido muy afortunada porque me he encontrado con personas buenas que me han apoyado en ese tipo de situaciones y mi hija ha sido tan comprensiva desde muy pequeña que me aligeraba la preocupación de dejarla en lugares nuevos con personas que no conocía. Nuestra familia aunque es pequeña ha encontrado estructura y estabilidad, la ausencia de una figura paterna no ha repercutido en el desarrollo de mi hija y nos hemos complementado para realizar nuestras actividades.

Con nuestra vida en calma recuerdo perfectamente la conferencia de prensa que hicieron las autoridades el 14 de marzo del 2020 en cadena nacional. Ya se escuchaba con fuerza el incremento de contagios en varios países y la noticia de que se suspenderían clases en México, no me tomó por sorpresa pero sí me preocupó porque confirmaba lo que no quería, que la pandemia había llegado con tal fuerza que iba a cambiar la dinámica del mundo entero.

Y es que el miedo que yo sentía estaba latente cada día porque asumí en mi cabeza que la responsabilidad de cuidar a mi abuela, a mi hija y a mi mamá era más mía que de alguien más. Nos resguardamos en su casa y la visita de cuatro semanas se convirtió en una estadía de diez meses tratando de llevar la situación de la mejor manera, sin embargo esto no fue posible por mucho tiempo.

De marzo a junio fue sumamente difícil adaptarse a estar en casa y traer la escuela y el trabajo a un mismo espacio, además de reaprender a estar nuevamente en un espacio de mi mamá y mi abuela durante todos los días de la semana.

La dinámica para que mi hija siguiera con sus actividades escolares era recibir todos los días a las 9:00am un audio vía WhatsApp por parte de su maestra para indicar lo que se debía realizar durante el día para enviar evidencias antes de las 4:00pm. A estas se sumaban las actividades que enviaba la maestra de inglés, el maestro de educación física y la maestra de computación.

Todos ellos trabajaban por mantener a los niños alcanzando los contenidos que se esperaba, pero éramos las mamás las que teníamos que organizar las tareas con los niños para poder lograrlo. Siempre reconoceré el trabajo que hizo todo el personal del preescolar, un equipo comprometido y muy profesional, pero sobre todo humano. Además, conformado por varias maestras que también son madres y que estaban en una situación similar a muchas otras mamás.

Conforme los días fueron pasando cada vez fue más difícil y estresante continuar atendiendo todo en casa de mi abuela. El agotamiento físico y mental por acompañar a mi pequeña en sus tareas para que cumpliera con lo que tenía que entregar, cumplir con mi trabajo a distancia tratando de hacerlo en el horario que

regularmente manejaba en la modalidad presencial, que fuera un trabajo de calidad y atender las responsabilidades domésticas de todos los días fue complejo.

Para junio sentía que no podía continuar, el estrés comenzó a pasar factura. Comencé a perder cabello, apareció una crisis de ansiedad, llantos a escondidas por la noche, mal humor, poca paciencia y malestares físicos constantes. Las tareas que le enviaba la maestra a mi hija eran realizadas como mero trámite. Ya no le explicaba con paciencia, no había cantos ni juegos para motivarla porque mamá ya no estaba motivada. Y no hay nada peor que perder las ganas y desanimarse ante el aprendizaje de los hijos porque inconscientemente lo transmití a mi niña y manifestó desinterés también.

Con todo esto de por medio confirmé lo que tengo muy claro de nosotras, nuestro sentido de responsabilidad era muy grande. En el fondo sabía que si no mandábamos actividades no pasaría nada, mi hija no reprobaría y no le afectaría en su ingreso a la primaria. Sin embargo algo dentro de mí me decía que no podía darme por vencida y con pesar (porque ya así veía las tareas, como un peso) terminábamos mandándolas.

Obviamente mi hija comenzó a comportarse de acuerdo al modelo que su madre estaba mostrándole. Después de tres meses ya expresaba que no quería hacer tareas y era válido. Comenzaron a hacerse difíciles los días para ambas y el mal humor se hacía presente en las dos la mayoría de los días.

“¿Cómo te ayudas para poder ayudar a quien más te necesita en algún momento? ¿Era más importante cumplir con las tareas que el que mi hija se sintiera feliz?”

Esas preguntas aparecieron en mi cabeza en una noche de insomnio, cuando sentía que el estrés por el trabajo y por la escuela de mi hija me estaba rebasando. Y es que no era que fuera difícil acompañarla en las tareas, sin embargo los tiempos no me cuadraban, era mucha la presión para cumplir con todo en el transcurso de la mañana, no descuidar el desayuno, estar pendiente de mi abuela, tener controlados los distractores cuando estaba en reuniones virtuales, etc.

La llamada de atención de mi cuerpo llegó; una noche de la última semana de junio se me presentó una crisis de ansiedad y pensé que iba a morir ese día, en mis pensamientos creía que estaba teniendo un infarto, me sudaban las manos, me dolía el brazo y el pecho, mi pulso estaba acelerado. En ese momento pensé que mi hija se quedaría sola y ha sido el miedo más grande que he sentido en toda mi vida. Mi hija y yo hemos vivido juntas y soy la única imagen de protección y cuidado que tiene, por tanto había pensamientos irracionales en mi cabeza de que la dejaría desamparada.

Y es que desde que Paola cumplió su primer año de vida me ha acompañado en un proceso de atenciones médicas para controlar algunos desajustes en mi tiroides. Primero un hipertiroidismo que tardó en ser diagnosticado, tratamiento con yodo radioactivo y desde hace 5 años tratamiento para el hipotiroidismo, que ya se ha quedado permanente. En cuestión de salud, hay días buenos y días no tanto, sin embargo he tratado de que lo emocional no impacte de manera negativa en la crianza de mi pequeña. Trato todos los días de identificar mis emociones, ponerles nombre y ser asertiva en su expresión, sobre todo cuando me invade el mal humor producto del cansancio o sueño. En esos momentos me repito constantemente “mi hija no tiene la culpa”, tomo un respiro y continúo el día.

Es por ello que esa noche de junio marcó el inicio de un cambio, comencé con un autocuidado consciente, voluntario y tratando de demostrarme más amor en tiempos de pandemia. Tomé la decisión de convertirme en una mejor mamá para Paola y dejar atrás la figura gris y desesperada que había visto en las últimas semanas.

En este proceso pasó algo singular. Comencé a prepararme para adquirir herramientas y compartirlas con mis compañeros de trabajo y que pudieran sentir mayor bienestar emocional. Comenzó como una encomienda laboral y se convirtió en mi válvula de escape porque lo que les aconsejaba hacer primero lo probaba en mí. Y es que aunque ya tenía contemplado la terapia psicológica intenté ayudarme primero con técnicas de relajación, ejercicios de respiración, guías de meditación, música para mejorar mi estado de ánimo, tés y muchos abrazos a mi hija.

Además hice algo que llevaba años posponiendo. Cuando mi hija tenía tres años se acercó a mí y me dijo: “*mamá, quiero una hermanita o un perrito*” y como no veía posible darle una hermanita le dije que podría tener un perrito cuando pasara a la primaria porque ya sería mayor y podría atenderlo y cuidarlo. Mi respuesta fue pensando que con el paso del tiempo lo iba a olvidar ya que en ese momento no teníamos las condiciones económicas para atender un compromiso más.

Como muchos niños perseverantes de sus sueños no desistió de la idea y en julio del año pasado decidí adoptar un cachorro y dárselo de obsequio a mi pequeña por haber concluido su preescolar. Preparé un pequeño convivio con mi mamá, mi abuela, mi hermana y mis sobrinas, mandé a hacer unos obsequios para ella y en familia reconocimos a las tres niñas de nuestra familia por su esfuerzo para cumplir con las tareas y concluir el ciclo escolar con éxito.

Uno de los sueños de mi hija se volvió realidad y por fin tuvo un perrito. El día que Toby llegó a casa fue un respiro para todas. Las atenciones se volcaron a ese pequeño cachorro que nos llenó de energía para continuar. Cuando Paola o yo nos sentíamos alteradas recurríamos a nuestro pequeño amigo de cuatro patas, le acariciábamos y eso nos reconfortaba. Sus travesuras y accidentes nos distraían de

los deberes escolares y laborales; preparar su comida, limpiar su espacio, sacarlo a jugar, estar pendiente de él y cuidarlo fueron lo que llamo: actividades terapéuticas.

Pero el panorama con Toby no fue positivo todo el tiempo. Una noche de octubre mi mamá le dio bombones de chocolate y al otro día comenzó una nueva preocupación porque Toby había enfermado. El veterinario dijo que era un milagro que hubiera pasado la noche y nos educó sobre los alimentos que no debemos darle. Fueron siete días de tratamiento y fue hasta el quinto día que empezó a demostrar mejoría y comenzó a comer. Cuando lo hizo sentimos que volvió a nacer y nos dimos cuenta que nuestro perrito no solo era una mascota sino que ya era parte importante de la familia y todas lo queríamos.

Es muy simpático reflexionar el cómo adquirí un nuevo compromiso con Toby pero es un compromiso que no siento como tal. Ver a mi hija feliz con su *“hermano perruno”* como ella le dice me hace pensar que era la pieza que faltaba a nuestra pequeña familia de dos. Ahora somos tres y como decimos mi hija y yo: somos una *“familia pequeña pero un gran equipo”*.

Con el paso del tiempo me di cuenta que una de las claves para sentirme bien y sin estrés era la organización. Mi hija y yo logramos tener una rutina para el trabajo y para hacer las tareas sin que ello afectara nuestra relación o provocara mal humor. Y no, no es fácil, sigue siendo muy demandante cumplir con el trabajo, las tareas, las clases virtuales y los quehaceres de la casa, sin embargo hemos mejorado o quizá dicho de otra manera, nos hemos adaptado a esta modalidad.

Hay días que tenemos mayor actividad, incluso ha habido días que tenemos clase y trabajo a la misma hora. Estas situaciones al principio me causaban angustia porque debía cumplir con mi rol de mamá y de profesionista en un mismo tiempo y en un mismo espacio, pero poco a poco mi hija aprendió a activar y desactivar micrófono en las videollamadas y la pude dejar sola en sus clases mientras yo atendía lo mío. Una niña que recién cumplió los siete años se fue haciendo independiente y responsable por sus actividades escolares y esto es uno de los aprendizajes que le ha dejado el confinamiento.

Y es que cuando pasó a primer grado de primaria fue como si todos hubiéramos tomado un nuevo aire. La emoción por ingresar a una escuela nueva nos motivó a dar lo mejor de nosotras, de ella como alumna y de mí como mamá que apoya en casa.

Además, la rutina que implementó su maestra de grupo nos favoreció porque envía actividades para toda la semana y se envían evidencias los miércoles y viernes. Tiene algunas reuniones virtuales por equipos o grupales una o dos veces por semana y no se siente saturada de trabajo.

También toma clases de inglés tres días a la semana y esa clase marcó la diferencia en la motivación de mi hija. Cada día que pasa agradezco a la vida que mi hija tenga una maestra de inglés como la que tiene y creo que todos los niños merecen conocer a alguien como ella alguna vez en su vida. Si algún día la maestra de inglés de Paola lee estas líneas quiero que sepa que alimentó el corazón de mi hija y con su clase le inyectó ganas por aprender. En cada clase de inglés la maestra se toma un tiempo para preguntarle a mi hija cómo está, cómo se siente, qué hizo en su fin de semana, la escucha mientras mi hija le platica de sus primas, de Toby, de los juegos que descarga e infinidad de cosas más. A veces siento que no solo es su maestra sino también su terapeuta y amiga. Y los resultados en el aprendizaje de mi pequeña se notan, hemos comprobado lo que actualmente hace mucho ruido en educación referente a que *“sin emoción no hay aprendizaje”*. La miss de inglés me ayudó a entenderlo a través de mi hija.

Y con más calma, organización y estabilidad económica llegó el momento de tomar la decisión de continuar el confinamiento en nuestro propio espacio y decidí rentar un pequeño departamento ya que desde hace algunos meses conseguí mi cambio laboral a mi ciudad natal. Por tanto pude realizar la mudanza de mis cosas y establecernos en enero en nuestro nuevo hogar. Mi hija se adaptó muy bien al cambio y los viernes que visitamos a mi mamá y abuela nos quedamos a pasar el fin de semana para acompañar a mi abuelita y atenderla.

A veces piensas que todo está perfecto, así lo sentía, lo agradecía y valoraba, me sentía muy afortunada sobre todo porque los casos de contagios por Covid comenzaron a incrementar nuevamente. Pero esa calma duró muy poco. Mi madre comenzó con síntomas la primera semana de febrero, dio positivo en la prueba de Covid y comenzó el aislamiento obligatorio. Mi hija y yo nos regresamos a su casa para cuidar de mi mamá y atender a mi abuela para evitar que se contagiara porque por su hipertensión y su edad temíamos que se complicara su estado de salud.

A los pocos días mi abuela también enfermó y mi hermana y su hija también decidieron venirse a quedar a su casa para apoyar en su cuidado.

¡Qué difícil es mantener la calma cuando está implicada la preocupación por la salud de quienes más amas! Mi hermana y yo tratamos de hacer las cosas lo mejor posible, la familia nos bombardeaba con llamadas y mensajes preguntando por la salud de mi mamá y abuela mientras sentíamos que el tiempo no nos alcanzaba

para todo. Mi hermana trabaja de 7am a 4:00pm y en ese tiempo yo permanecía en casa intentando preparar desayuno, llevárselo a la cama a mi abuela, a mi mamá al cuarto, alimentar a las niñas, estar pendiente de que entraran a sus clases, hacer mi trabajo, preparar la comida, darles de comer, hacer las tareas con mi hija y esperar a mi hermana para que me relevara en la atención de mi abuela y mi mamá.

Y es que el desgaste físico se notaba pero el mental era el que más estragos estaba haciendo. Volví a descuidar a mi hija, en una ocasión se conectó a su clase de inglés sin peinarse porque lo olvidó y yo no me di cuenta. Ese día la abracé tan fuerte y le pedí que antes de conectarse se viera en el espejo para que viera si ya estaba lista para conectarse. En otra ocasión no terminamos las tareas y no las mandamos completas. Ese día le expliqué a su maestra de grupo lo que estábamos pasando y me reconfortó su empatía y comprensión, ella me respondió que no nos preocupáramos por ello y nos dedicáramos a cuidar a las abuelas. Los maestros que muestran su lado humano también merecen reconocimiento total. A veces no se trata de falta de apoyo sino de circunstancias que nos están rebasando en casa.

En mi trabajo no comenté nada. Había reuniones virtuales en donde mi cara reflejaba mucho cansancio pero no fue motivo de preguntas. Y ahora que lo reflexiono con más calma, me doy cuenta que el trabajo me ayudó a distraerme y mantenerme entera. A esto le suma que mi hija fue mi fuerza en los momentos más críticos, sus carcajadas, sus abrazos, su mirada y su compañía fueron lo que me mantuvo de pie.

Y estuve a punto de quebrarme en pedacitos porque cuando entregaron los resultados de la prueba a mi mamá al mismo tiempo operaban a una prima de un tumor y recién me enteraba.

Cuando estábamos en un punto crítico de cuidado de mi mamá y abuela, los resultados de los estudios médicos de mi prima arrojaban que tiene cáncer y debe comenzar su tratamiento. Entonces traté de darle contención emocional a mi tía que en este momento ve la salud de su hija tan delicada y al mismo tiempo está preocupada por no poder cuidar a su mamá. Ahora debo responder con mayor amor hacia ellas, atendiendo bien a mi abuela para que la red de apoyo directa de mi prima esté tranquila y pueda enfrentar su tratamiento con tranquilidad y salir adelante de la enfermedad.

Dentro de todas estas situaciones que estamos atravesando como familia creo que debo sentirme agradecida porque mi mamá está recuperándose favorablemente, mi abuela resistió la enfermedad como una guerrera y tengo fe en que mi prima recuperará su salud. Provengo de una estirpe de mujeres valientes que me siguen

dando ejemplo de resistencia y deseo contribuir a que mi hija aprenda lo mejor de mí, así como lo he hecho yo de mi madre y mi abuelita.

La pandemia por Covid me ha mostrado la versión más oscura de mí misma y ha impactado en mi rol de madre. Escuché un sin fin de veces consejos en redes sociales de cómo aprovechar el confinamiento para aprender nuevas cosas, emprender nuevos proyectos o disfrutar el tiempo en familia y yo me sentía insatisfecha por no cumplirlos en su totalidad. Veía en redes planes de conocidos haciendo ver la cuarentena como un periodo de productividad y yo no había encontrado la forma para replicar esa forma de vivir en tiempos de Covid. Comencé a sentir frustración por no ser una mamá perfecta en cuarentena y sentía la responsabilidad de estar entera emocionalmente para cuidar de mi hija, de mi mamá y de mi abuela de la mejor manera. Sentí presión por continuar mi trabajo a distancia con excelencia. Comencé a identificar ansiedad en mí en las noches y un miedo que crecía cada día en torno a perder mi salud.

Todo lo anterior mejoró cuando trabajé en mis pensamientos la comprensión hacia mí misma y me di la oportunidad de mostrarme débil emocionalmente, me apoyé en mi hermana y reconocí mi vulnerabilidad ante las situaciones que estaba viviendo. Me tomé un par de días alejada del celular, del WhatsApp, del Facebook y de noticias para tener una especie de desintoxicación del bombardeo de novedades en el mundo. Necesitaba un tiempo para tomar impulso y sentirme mejor, primero por mi propia salud mental, después para poder darle una buena versión de mí a mi hija.

Y es que ella se merece todo el reconocimiento, todos los aplausos y todo mi agradecimiento por la niña tan comprensiva, valiente, capaz y brillante que es. Pido al cielo que continúe incrementando su resiliencia para que sea capaz de encontrar luz al final de los caminos oscuros que tenga que enfrentar. Y deseo ser también una madre resiliente capaz de implementar una crianza respetuosa que contribuya a forjar una mujer que se sienta inmensamente feliz, segura, con paz y fuerza en cualquier cosa que emprenda.

Hija: Gracias por sostenerme en momentos en los que me quería quebrar.

Tú en este momento no lo sabes pero mamá, en ocasiones, no es tan fuerte como parece y hay veces que sentía que ya no podía y en esos momentos te veía y tú me ayudabas a sentirme mejor, tú me haces fuerte. Eres una niña increíble, única, con unos sentimientos muy bellos y sumamente inteligente, te amo infinitamente.

Gracias DEMAC por estos espacios en donde la escritura cumple una función catártica e impulsa a continuar después de un desahogo necesario. Las mujeres llevamos en nuestro género varios estereotipos de lo que esperan de nosotras y de las madres también. Ojalá el mundo vea lo vulnerables que podemos ser ante las situaciones y nuestras redes de apoyo continúen creciendo para no pasar los momentos difíciles solas, sobre todo en medio de esta pandemia que tanta preocupación y dolor ha causado.

Ganadoras en la categoría: Maestras

¿Dónde le pico?

Patricia Araujo Ballesteros

A lo largo de estos meses de vivir y trabajar desde casa, descubrí que todos, de cierta manera, hemos tenido que aprender a conjugar más seguido el verbo *“reinventar”*. Y para bien o para mal parece que muchos de estos ajustes, llegaron para quedarse.

Se volvió cotidiano el tener que adaptar prácticamente todo a mi alrededor. Para empezar, mi comedor ya no tiene 6 sillas, ahora sólo se pueden sentar 5, pues la sexta es ya parte del mobiliario de mi nuevo salón. El cuadro de bodas, el de las mandarinas, se guardó detrás del sofá para poder colgar ahora un improvisado pizarrón, que, desde marzo, decora la estancia de mi departamento. Y la mesita del frutero se convirtió en el nuevo escritorio para la miss.

Pero sin duda quienes más han festejado esta nueva normalidad han sido Tom y Gerry, mis perros salchicha.

Después de 37 semanas dando clases en línea, no me queda duda que ellos ahora se saben mejor la tabla del 8, que son más conscientes de la importancia de las “3R” para cuidar el planeta y afortunadamente se volvieron más considerados al no ladrar como locos, cada lunes a las 10:15, cuando tocaba el señor del agua, preguntando cuantos garrafones iba a querer. Definitivamente son mis alumnos más puntuales, pues se acomodan en el tapete en cuanto me ven caminar silenciosamente en pantuflas hacia mi nuevo salón. Son callados testigos de la transformación que se ha vivido en mi casa durante la pandemia.

En enero del año pasado en las noticias se comentaba acerca de un virus que venía de China, el cual me parecía tan lejano y casi imposible de llegar a conocer. Reconozco que me generaba un poco de morbo escuchar en las noticias lo que pasaba en Asia y en Europa.

Ya para febrero, mi compañera de grado, y gracias a su segundo trabajo como miembro de la guardia nacional, me daba el parte día a día de lo serio que se veía venir este asunto.

Por lo pronto, ya desde entonces les ofrecíamos a nuestros alumnos, gel para manos varias veces al día, para ayudar a “controlar los contagios”.

Y llegó a mediados de marzo lo que lejanamente imaginaríamos significaba el

“Quédate en casa”

¿Y ahora? —pensé.

Pues aquí fue donde comenzó lo bueno.

Más allá de lo que ya conté de los ajustes a mi casa y de la participación de mis perros, ahora el balón estaba en mi cancha, me tocaba ingeniármelas para echar a andar mi clase con el bendito uso de la tecnología.

Por lo pronto, en la escuela antes de mandarnos a casa, nos dieron una “embarradita” de Zoom, como esa mamá que te da la bendición en el aire, cuando vas saliendo a toda prisa de casa, pero igual sientes que te vas protegido por todos los santos del cielo. ¡Iqualito!

Así fue mi presentación con Zoom.

— “Miss, ábrete una cuenta”

— “Crea tus dos grupos, y ponle un nombre y una clave que los niños puedan recordar”

— “Piensa en actividades que sean “atractivas” para que estén interesados en tu clase”.

Y como esas indicaciones, recibimos muchas más.

En las primeras semanas, a mis alumnos les emocionaba poder ver a la Miss desde una pantalla. Ya no estaba de carne y hueso, era curioso vernos como en televisión. También pudieron asomarse y explorar todo el espacio donde les transmitía la clase. Conocieron mis plantas, la sala, el comedor y por supuesto a mis mascotas, de las cuales tanto les había platicado en clase.

Al inicio trabajábamos juntos en cuadernos y libros, resolviendo problemas, repasando tablas, y terminando el temario del último trimestre. Pero desde el inicio teníamos un verdugo... el reloj de Zoom. Era implacable, cada 40 minutos “nos sacaba”, y había que reconectarnos y regresar a toda velocidad a clase. Después de algunas semanas me daba cuenta de que, en cada corte del Zoom, algunos de mis niños se tardaban cada vez más en volver a conectarse, y otros a veces no volvían.

Esto era un golpe para mi ego, sentía como si tuviera de esos alumnos universitarios que deciden salirse de clase para irse por un café y dejaban al profesor con su clase y sus comentarios para otro mejor momento. La única diferencia es que mis alumnos apenas cursaban segundo de primaria. Esto me daba vueltas en la cabeza cada noche, repasaba cómo lograr que quisieran quedarse por más tiempo conmigo.

Empecé por quedarme a practicar después de mis clases. Me reconectaba en cuanto todos se iban y sin alumnos me ponía a practicar, para acabar de entender cómo compartirles otro tipo de materiales, el cómo poder proyectarles un video sin que el sonido fallara, o mejor aún, me ponía a buscar aplicaciones o juegos virtuales que pudieran complementar ciertas actividades. Me volví visitante distinguido de App Store y de plataformas que me ayudaran a volver mi clase más atractiva.

Aunque en la escuela usábamos iPads de manera cotidiana, creo que no había tenido la necesidad de explorar ni de explotar tanto en este campo. Pero en realidad, este acercamiento a la tecnología, no eran los únicos ajustes que me propuse hacer para mis clases.

La segunda parte que cambié fue con el festejo del día del niño en plena pandemia. Quería hacerles un regalo, pero no se me ocurría como celebrarlos. Por suerte encontré en el cuarto de mi hija una pijama de Sully, y a Gerry mi perro, también le hice un disfraz, él fue mi compañero, Mike Wazowski. Fue una gran sorpresa, no se lo esperaban, fuimos la pareja sensación. Veía como varios papás se quedaban parados detrás de mis alumnos y como otros de reojo miraban a la Miss forrada de peluche azul. Al final del día, comprendí lo que se puede lograr con el factor sorpresa. Esto lo tendría muy presente para actividades futuras.

Pasaban las semanas, y conforme íbamos llegando al final del ciclo escolar, y agotando el temario, tenía que pensar en temas que mantuvieran el interés de mis alumnos. Así que aparecieron los “temas semanales”.

Los temas eran variados, y mi público muy exigente. Cada semana esperaban para conocer más del tema sorpresa.

Tuvimos la “*semana de las auroras boreales*”, con leche formamos nuestra propia aurora boreal. En nuestras recámaras a oscuras y con ayuda de linternas y papel aluminio reflejábamos en las paredes los destellos luminosos de una verdadera aurora boreal. Para entonces, a los niños les interesaba investigar de los países donde se podía observar con más frecuencia este fenómeno, se preguntaban qué elementos químicos generaban cada color en las auroras y por qué este fenómeno físico se producía únicamente en los polos. Creo que al final de la semana, la mayoría decidimos empezar a ahorrar para poder viajar algún día a Groenlandia, Canadá o Islandia, para no quedarnos con las ganas de verlo en vivo y a todo color.

Este proyecto fue de los que más disfruté ya que quizá en un curso normal, no hubiera tenido oportunidad de proponer estos temas y comprobar lo que se puede lograr cuando a un niño le despiertas el gusto por el conocimiento.

Otro tema semanal fue el de “*Los astronautas*”. Coincidió con el despegue de la nave SpaceX que se lanzó en las semanas de pandemia con rumbo a la Estación Espacial Internacional. Pudimos proyectar el despegue en vivo durante la clase.

Y a partir de este acontecimiento empezamos con nuevas investigaciones: ¿Cómo son los trajes de los astronautas? Un mexicano fue el diseñador de estos trajes, pero ¿cómo lo logro? ¿Cómo se llamó el primer mexicano en viajar al espacio? ¿Cómo llegó a la NASA?

Fue tanta la inspiración que se obtuvo de estas historias de mexicanos exitosos, que el proyecto culminó animándolos a escribir una historia original inventada por ellos, donde pudieran narrar cómo sería un viaje al espacio. Una de las historias que más me conmovió fue la de mi alumno Santiago, quien relataba gran cantidad de detalles de su viaje, describió la vista de la Luna desde la ventana de su nave, la cual dijo que era igualita a una bola de helado de guanábana.

Nuevamente, me sentía muy satisfecha por poder comprobar cuán infinita es la fantasía de los niños. Esta ha sido para mí una fuente de inspiración.

No podía faltar la semana de las mascotas y la semana de los juegos de mesa, para ese entonces Zoom y las demás aplicaciones, eran para mí aliados y compañeros. Realmente lo apreciaba, era todo lo que yo podía necesitar para mantenerme en contacto cercano con mis alumnos.

Y llegaron por fin las vacaciones, pienso que en esos meses ya todos deseábamos desconectarnos, ¡literalmente!

Tuvimos cuatro semanas de descanso, y confieso que en esos días la única pantalla que revisaba era la de mi celular. Nada cambió, seguíamos en casa, sin salir y sin poder distinguir entre un lunes o un domingo.

En ese período de vacaciones, la escuela nos anunció Zoom, el gran aliado, ya no lo sería más, que arrancaríamos el nuevo curso escolar en línea y con un nuevo amigo... ¡Teams!

De nuevo teníamos que ponernos las pilas para entender cómo funcionaba. Lo malo fue que yo sí cumplí mi palabra... ¡Y en esas cuatro semanas que dije que sólo vería mi celular, así fue!

Me parecía una infidelidad de mi parte ahora coquetear con otra plataforma, cuando Zoom y yo nos habíamos vuelto tan cercanos. Pero como dicen que no hay plazo que no se cumpla ni tiempo que no llegue, el inicio del nuevo ciclo escolar llegó. Ahora tenía que ponerme a estudiar una gran cantidad de vocabulario y a descifrar los recovecos que esta plataforma tenía.

Recuerdo las palabras favoritas de mi coordinadora durante las vacaciones:

— “¡Es una plataforma muy robusta, la van a disfrutar muchísimo!”.

¿Disfrutar?

¿Cuándo ha sido disfrutable estar con un desconocido?, que sin importar el tono en que le preguntes algo, nunca contesta nada. Una vez más tenía que aprender de Teams y volverlo mi amigo.

El domingo por la mañana antes de empezar clases, o sea, 24 horas antes de aparecer ante una pantalla, tenía listas mis planeaciones, las fechas de cumpleaños, frases de bienvenida, actividades de integración y la decoración de mi salón virtual. Todo eso no evitaba que sintiera bastante culpa por no haberme dedicado más tiempo a entender que eran los canales, las publicaciones, las tareas, el calendario, los archivos, los equipos, las actividades y demás aplicaciones de la “robusta plataforma” que tanto mencionó mi coordinadora. Y esa mañana tuve un ataque de nervios mientras preparaba el huevo con chilorio para el desayuno. Así que entre lágrimas de angustia calentaba las tortillas. Fueron los abrazos de mi familia lo único que me regresó un poco la calma y ayudó a tranquilizarme, me trataban de convencer que yo era mucho más que una plataforma. Que de una u otra manera iba a poder librar cualquier crisis tecnológica que se presentara en los próximos días.

Esa noche del domingo nos citaron a todas las maestras para hacer un simulacro con la nueva plataforma. Entramos todas puntuales, la emoción de verlas después de cuatro semanas desconectadas, ver a cada una en un cuadrado de la pantalla era emocionante. Aparentemente, todo sería un mero trámite, estaba bajo control. ¡Pero cuando se les ocurre pedirnos que nos cambiáramos de la videollamada al calendario, y que en publicaciones adjuntara el comentario de bienvenida y el link que me acababan de enviar por el chat para que a la mañana siguiente mis alumnos con sólo un clic se unieran a la ceremonia de bienvenida... todo colapsó! Hasta ahí llegó mi tranquilidad, entre las indicaciones, algo no salió bien y ahora estaba perdida en el ciberespacio, escuchando las voces de todas. Yo quería regresar y poder verlas de nuevo a cada una en su cuadrado. Pero no encontraba la manera. Y aunque me bombardeaban con indicaciones de cómo poder volver a ver las caras de todas, nomás no lo logré. Empecé a desesperarme y a llorar de nuevo. Un sentimiento de desamparo me invadía. Era como el naufrago que estira la mano buscando ayuda y no encuentra nada que cambie su condición.

Para ese momento, ya no solo lloraba, sollozaba por sentirme tan vulnerable ante el desastre que se avecinaba para mí a menos de doce horas del inicio del nuevo curso.

De golpe aparecieron todos mis miedos e inseguridades.

¿Y si mañana no puedo entrar? ¿Me irán a ver mis nuevos alumnos que no soy tan hábil con la “compu”? ¿Y si me preguntan algo de Teams y no sé qué contestar?

Y seguramente los padres estarán cerca escuchando qué digo, cómo lo digo, en qué tono lo digo. Todos mis monstruos los veía formados en fila frente a mí. En esa noche jamás se me cruzó por la cabeza consolarme pensando en lo que sí sabía hacer bien. Como, por ejemplo, en que podía ser empática, buena conversadora, cálida, integradora. Y todo esto en cualquier otro año quizá hubiera sido suficiente para el primer día de clases. Esta vez todo era distinto. Todo se resumía a esta pregunta:

¿Sabes usar Teams?

Seguía perdida en el ciberespacio y por más que me preguntaba una y otra vez ¿dónde le pico? no lograba encontrar a mis compañeras.

Alguien se apiadó de mí y me llamó a mi celular; desde ahí me guió para aparecer de nuevo en la pantalla junto a mis compañeras.

Pero cuando me vi en la imagen junto a los 18 cuadritos de las otras maestras, estaba con el rímel escurrido hasta los cachetes y el pelo como si viniera de viajar en un convertible. Era la imagen de una maestra derrotada por una plataforma “bien robusta”.

Al verme todas de regreso, se hizo un silencio total, creo que compadecidas por la crisis que acababa de pasar, de la cual aún no me reponía. Aprovechando su silencio, no sé de dónde me salieron algunas palabras, porque sin duda aún sentía el nudo en la garganta que mientras estaba extraviada en el ciberespacio me impedía actuar.

En esa reunión de simulacro estaba la directora técnica, las coordinadoras y mis demás compañeros. Aún entre lágrimas, les hablé de lo que acababa de vivir.

Mi imagen hablaba más que mis palabras, pero comencé a relatar mi impotencia, lo vulnerable que me sentí y lo injusto que me parecía que una plataforma pudiera juzgar mi desempeño como maestra. Hablé de la imposibilidad de mostrar mi verdadero yo ante una tecnología que no dominaba. Enseguida empecé a recibir por el WhatsApp mensajes de empatía de mis compañeras, donde ellas desde su silencio, me confesaban que sentían lo mismo que yo. Después de eso, la directora amablemente me dijo algunas palabras para reconfortarme, pero nada que me salvara del monstruo con el que a la mañana siguiente tendría una cita. Y así comenzaron las clases del nuevo ciclo escolar, para mi fortuna, con papás quizá igual o más perdidos que yo con la bendita plataforma; con pequeños que por momentos se nos perdían igual que yo en aquella noche en el ciberespacio, pero

que siempre había alguien que acudía a su rescate para meterlos de nuevo en la clase correcta.

Con el paso de las semanas en línea, llegaron solitas las anécdotas: micrófonos que se quedaban abiertos en los momentos menos adecuados, cámaras indiscretas por todas partes, pero también alumnos que me demostraban día con día su habilidad nata hacia la tecnología, así como su infinita bondad y comprensión hacia mí. Ayudándome a adelgazar la brecha generacional que sin querer demostraba con el manejo de estas nuevas tecnologías. Pero no por eso me iba a dejar vencer, por el contrario, cada día yo también estaba dispuesta a aprender algo nuevo.

Para mi sorpresa, no tardé mucho en volver a sentir la confianza que le tenía a la anterior plataforma. Esta vez como que aparte de familiarizarme con Teams, también le estaba perdiendo el miedo a la pantalla y al qué dirán. Olvidaba que podían estarme viendo o escuchando más personas que sólo mi alumno.

Me enfoqué en pensar cómo lograr que mis alumnos se sorprendieran en cada clase. En cómo lograr que lo que aprendieran lo recordaran por más tiempo. Pues al parecer aún nos faltaba bastantes semanas para regresar a la intimidad que maestro-alumno pueden tener en su salón de clases.

Creo que así fue como apareció mi verdadero yo detrás de la pantalla, estaba de vuelta a la que le encantan los disfraces, pero tenía que usar la tecnología para alcanzar sus objetivos.

Así que apareció Aladino, el tapete y su lámpara mágica, aunque algunos de mis alumnos se cuestionaban si traía puesto un verdadero turbante o que acababa de bañarme y tenía aún mi toalla enredada en la cabeza. El pretexto que usé para este disfraz fue platicar acerca de lo que son las diferencias entre los deseos y las necesidades de las personas.

Otro día decidí aparecer con un sombrero de ala ancha y lentes de gato, como modelo de revista, y después de que mis alumnos votaron a favor o en contra de mi vestuario, revisamos el tema de “la moda” en matemáticas.

De los días más divertidos fue un viernes que llegué vestida de pirata con barba y perico al hombro, sólo que al final de la clase me dijeron algunos alumnos que me veía mejor sin barba, así que para darles gusto acordé que el fin de semana me rasuraba para que el lunes ya no tuviera ese bigote y barba.

Cada vez que les aparecía con cambios repentinos de personalidad, veía como se divertían y asumíamos todos un rol diferente, de acuerdo con el tema que tratábamos en clase. También me di cuenta de que, con tantas semanas de encierro, salir a pasear aunque fuera de forma virtual durante las clases era muy entretenido. Por lo que inventamos los viajes y los paseos.

Disfrutamos mucho el paseo que hicimos en Turibus, de nuevo la fantasía nos permitió elegir sentarnos en la parte de arriba del autobús, y al saber esto, corrieron a buscar una gorra para protegernos del sol, mientras tanto, les platicaba de las alcaldías de la Ciudad de México.

Pero sin duda el viaje que más disfrutaron fue cuando paseamos en avión. Los recibí vestida de sobrecargo, les daría las instrucciones para antes de despegar. Ese día al escuchar la actividad, corrieron al cuarto de sus papás a buscar un cinturón para ajustarlo cómodamente durante el viaje, se colocaron el cubrebocas como mascarilla en caso de una despresurización, también señalamos las salidas de emergencia. Y una vez listo, escuchamos el sonido del despegue. Ese viaje nos sirvió para recorrer los estados de la República Mexicana. Tardamos varios días en terminar el viaje, pero sin duda fue una semana que disfrutamos mucho. Sin proponerlo, muchos de ellos pudieron ir a visitar a sus familiares que vivían en alguno de los estados del recorrido. Nos compartieron a quién visitaban, qué les gustaba hacer cuando iban al estado y lo que comían en cada lugar.

Quedarán en mi memoria sin duda infinidad de anécdotas, y no me cabe duda de que hoy lo que más extrañan los niños es poder regresar y correr en el patio de la escuela o jugar con sus amigos. Mientras esos tiempos regresan, y buscando alguna forma de hacer que corran y se muevan un poco de su lugar, en clase aprovechamos repasar las tablas de multiplicar y pedirles que fueran a toda velocidad a buscar objetos comunes de casa como una escoba o una esfera del árbol de navidad o un cepillo de dientes. Y el primero que regresara podía contestar el resultado de la tabla y mostrar el objeto que les había pedido.

Como mencionaba al inicio, me he visto en la necesidad de “*reinventarme*” en estos últimos once meses. Me sorprende todo lo que he incorporado a mi mochila de experiencias como docente. Principalmente la tecnología que ahora soy capaz de manejar en mis clases.

Lo que pudo quedar como experiencias de horror durante la pandemia, se convirtieron en recuerdos satisfactorios. Cuando me vuelva a preguntar ¿dónde le pico? creo que la respuesta será en cualquier acción que me anime a modificar mis métodos de enseñanza, en lo que me obligue a reinventar los recursos que comúnmente uso, pero sobre todo en aquello que me ayude a enfrentar el miedo a la tecnología.

No sé cuándo regresemos a clases presenciales, mientras eso sucede espero seguir teniendo ideas, ideas y más ideas para alimentar los sueños y la imaginación de mis alumnos. De hecho, no sé si en un futuro disfrute igual mis clases

presenciales tanto como hoy disfruto mis clases locuaces desde casa. Y tampoco sé si estaré dispuesta a cambiar el uniforme de la escuela por mis queridos disfraces de pandemia.

*La educación en línea que tenemos y la que nos
merecemos*

Drusila Torres Zúñiga

Todo sigue igual

El 18 de marzo de 2020 fue el día en que mi mundo cambió. En esa fecha estábamos terminando la segunda semana de un curso. En las escuelas donde laboro, que son preparatorias públicas en línea, las y los jóvenes estudian en un sistema modular; a diferencia de las escuelas presenciales donde un estudiante puede llevar hasta diez materias al mismo tiempo y cinco o más clases en un solo día, en la educación en línea, por lo menos en los programas mexicanos, el estudiantado solo cursa una o dos asignaturas durante un periodo de entre cuatro a seis semanas. Entonces, cuando digo que estábamos en la segunda semana, entiéndase también que era la mitad del periodo.

Ya se venía anunciando, en las conferencias vespertinas de la Secretaría de Salud del gobierno de México, que habría unas posibles vacaciones extendidas a causa de la pandemia por el coronavirus SARS-Cov2, que provoca la enfermedad del COVID-19; se decía que el alumnado de escuelas públicas y privadas tendría un mes de vacaciones¹. Recuerdo que pensé para mí: “a mí no me afecta el coronavirus porque de todas formas nunca tengo vacaciones”. Era una manera un tanto sarcástica de decirme a mí misma que, seguramente, conociendo las dinámicas de la educación en línea, este periodo de receso extendido no tendría efecto en quienes trabajamos y estudiamos en esta modalidad.

En este punto, considero importante compartir con las lectoras que en la mayoría de las instituciones de la educación en línea, el concepto de vacaciones o días festivos son relativamente intrascendentes, sobre todo para la parte académica. Las y los docentes en línea no gozamos de vacaciones como una prestación laboral; tampoco descansamos los días festivos. Acaso el empleador en turno puede otorgar algunos periodos oficiales de descanso, como la llamada Semana Santa, la Navidad y el Año Nuevo. Aunque este tipo de receso obedece a un tema administrativo y no tanto con respeto al descanso.

En efecto, aunque los estudiantes comenzaron su receso académico el 20 de marzo, nosotros, las y los profesores en línea, continuamos trabajando en las plataformas tecnológicas el sábado 21 y el domingo 22 y, una vez terminada la Semana Santa, retomamos actividades. En mi caso, continué con la semana tres y la semana cuatro, como estaba agendado desde el inicio, desde antes de tener noticias de la pandemia.

Me considero una persona perceptiva y que pone atención a los detalles. Esta habilidad me funciona en mi ejercicio docente, porque puedo apoyar a los alumnos, preparando materiales didácticos adecuados y contestando dudas de forma

anticipada. Debido a mis estrategias de previsión, desde el 18 de marzo, el día que me enteré de que la epidemia del coronavirus se acercaba a México y que habría un confinamiento, tal como estaba sucediendo en Europaⁱⁱ, pregunté a mis superiores qué pasaría con aquellos que no estudiaban en línea desde casa, sino que acudían a un centro comunitario de cómputo. En ese momento me imaginé que aquellos sitios se mantendrían cerrados, atendiendo a las indicaciones gubernamentales de la sana distancia. La respuesta que obtuve evidenció una falta de estrategia: “Todo seguirá igual hasta recibir indicaciones oficiales”. Eso quería decir que quienes podían estudiar desde su domicilio seguirían avanzando y aquellos que no contaran con internet y computadora en casa tendrían que continuar acudiendo al centro comunitario, quizá arriesgando su salud. “No habrá prórrogas”: es una frase que usamos constantemente en los contextos a distancia para fijar límites necesarios para el cierre de cursos. Uno de los factores más importantes del seguimiento académico en la educación en línea es la eficiencia y la puntualidad. “No habrá prórrogas”, sería la respuesta que tendría que dar a mis estudiantes, incluso ante una emergencia sanitaria mundial, “no habrá prórrogas”.

El grupo que estaba acompañando en ese momento pertenecía a una comunidad en condiciones de vulnerabilidad del estado de Morelos. Ante la llegada del confinamiento y del posterior regreso a clases “normal”, la deserción escolar fue evidente. Aproximadamente, el 30% de los educandos no pudo retomar la materiaⁱⁱⁱ, ya sea porque no contaban con internet en casa y, por lo tanto, no podían enterarse de los horarios de atención del centro comunitario de cómputo, o porque vieron limitado su tiempo de estudio, ya que al estar en aislamiento obligatorio, algunos tuvieron que dedicarse a cuidar a sus familias, a sus padres, hermanos o hijos.

Algunas semanas después de que inició la cuarentena, las autoridades de una de las escuelas donde laboro convocaron a una reunión por Zoom. Creí que sería un excelente momento para compartir mis experiencias con otros colegas, escuchar la suyas y plantear alguna estrategia para recuperación de los alumnos. Me percaté de que la mayoría de mis colegas no estaba notando el mismo fenómeno que yo. Nos preguntaron cómo habían cambiado las dinámicas con los grupos, cómo notábamos el ánimo de las y los jóvenes. En general, las respuestas fueron: “todo sigue igual”, “como ya estamos acostumbrados a la educación en línea, todo fluye normal”, “estoy dando mis clases mejor que nunca”. Me sorprendieron esas respuestas y despertaron mi sospecha. Sentí como si yo estuviera viviendo una realidad distinta en donde el virus ya estaba causando estragos. Por un momento creí que se debía a la disparidad de las poblaciones. Mientras yo me encontraba acompañando a una comunidad socialmente vulnerable, quizá mis colegas estaban compartiendo clase con jóvenes en entornos más cómodos, fenómeno que suele ocurrir en una escuela que, gracias al internet, puede llegar a muchas partes del

territorio mexicano y se brinda tanto en poblaciones de riesgo como a comunidades de elite.

También pensé que esta aparente normalidad se debía a algún tipo de recelo por el ambiente laboral. La necesidad de contratación de los docentes en línea por lo regular pende del hilo de los presupuestos y los caprichos de la administración política. Los profesores de los contextos en línea que trabajamos para instituciones públicas, hemos aprendido a mantener una postura neutral e incluso estoica. Para una maestra o maestro a distancia, cualquier duda, debilidad, preocupación o muestra de falta de certeza se traduce en incapacidad y, a la postre, en exclusión de los puestos de trabajo. En la educación a distancia no hay “despidos”; los organismos únicamente ofrecen contratos temporales y no hay “recontratación”. Simplemente, el correo electrónico deja de recibir “invitaciones” para acompañar el aprendizaje de nuevos grupos. Por eso, en los profesionistas de las clases en línea son consideradas valiosas las cualidades de resiliencia, tolerancia a la frustración y “aguante”.

Con el paso de los meses fueron cada vez más evidentes los retos a los que nos estábamos enfrentando, que pusieron a prueba nuestra paciencia, la capacidad de generar nuevas estrategias pedagógicas, nuestra creatividad e, incluso, nuestra salud mental. En los días sucesivos surgieron estrategias individuales y colectivas que se implementaron para mantener no solo los proyectos educativos en general sino, particularmente, el entusiasmo, esperanza e interés de los estudiantes y docentes. En este relato presentaré algunos ejemplos de nuestras vivencias.

Violencia doméstica y violencia sistémica

Ahora sabemos que uno de los grupos poblacionales más afectados por la pandemia y el confinamiento son las amas de casa. En una cifra que leí a finales de 2020 en *Animal Político*, se evidencia que el 70% de las mujeres que perdieron la vida a causa del SARS-COV2, fueron amas de casa^{iv}. Esta cifra no es fruto de la casualidad o de la saña de un virus, sino reflejo de la realidad de nuestro territorio. La mayoría de las mujeres dedican muchas horas de su tiempo o de forma exclusiva a la atención del hogar, son amas de casa^v. En la educación a distancia se refleja esta situación. En uno de los programas de educación a distancia más populares de los últimos años, de acuerdo con los datos públicos, se puede constatar que el 61% de las inscritas son mujeres^{vi}. Recientemente tuve oportunidad de encuestar a una muestra de esta población para conocer el porcentaje de amas de casa. La cifra contundente fue que de 120 personas encuestadas, solo una de ellas refirió no ser ama de casa^{vii}. En conclusión, con mucha seguridad podríamos afirmar que

casi el 90% de las estudiantes de la educación en línea en México, también dedican gran parte de su tiempo a las labores domésticas, por las cuales no reciben una retribución.

Como fue documentado por varios medios y periodistas con enfoque feminista^{viii} las madres de familia vieron su jornada duplicada o triplicada. Tenían sobre sí la carga del trabajo reproductivo: ser madre de familia, cuidadora del orden y la limpieza del hogar, ayudante de tareas, además de las funciones y responsabilidades de sus propias actividades remuneradas pero ahora con la modalidad de *home office*.

Hay quien sostiene que poder llevar el trabajo al hogar y no haber perdido el empleo, como le ocurrió a un gran número de mujeres^{ix}, es un privilegio. Preferiría no llamarlo así porque **el trabajo es un derecho humano**. En el mundo ideal que hemos fallado en construir, una mujer realizaría *home office* sin perder un peso de su sueldo ni ninguna de sus prestaciones; y aquellas que no pudieran laborar desde casa, gozarían de un seguro para el desempleo o unos meses de licencia con goce de sueldo; pero, como dije, hemos fallado. Las instituciones han fallado en la protección de los derechos de las mujeres, por lo que al inicio de la pandemia no sólo teníamos jornadas de trabajo duplicadas o triplicadas sino también, muchas de nosotras estábamos desempleadas, sin ingresos, sin posibilidad de movilidad ni de autonomía.

La forma más cruenta de violencia contra las mujeres es la que lleva al feminicidio. En los contextos a distancia, a pesar de alumnos y docentes nos encontramos separados físicamente, no vivimos tan alejados como para ser sordos ante este fenómeno que afecta de manera irremediable la vida de las mujeres. Cuando topamos con la violencia feminicida, nuestra vida se detiene y nos invade una profunda impotencia porque, a pesar de las acciones que podamos tomar, aquella mujer ya no regresará. Se ha ido. Se ha terminado una posibilidad. Se ha robado un futuro. Y la justicia en México no brinda ningún tipo de consuelo o enmienda.

En los más de diez años de mi experiencia en las clases en línea, he escuchado de las estudiantes sus experiencias de violencia doméstica. No obstante, fue evidente el incremento de estos testimonios en los primeros meses del confinamiento, durante abril y mayo. Las alumnas me contaban por escrito, por medio de mensajes en la plataforma de estudio o directamente en mi correo electrónico, algún evento doméstico que interrumpía su concentración y disminuía su tiempo dedicado al estudio. Por ejemplo, la estudiante L, una madre de dos niños me dijo estar desesperada por la violencia verbal y física que ejercía su pareja y su deseo por seguir estudiando para, en algún momento, poder separarse del hombre y brindar una mejor vida a sus hijos. Otra joven me pidió unos días más para entregar sus

tareas, pues su novio, después de una discusión que incluyó violencia verbal, se había llevado su computadora y no sabía cuándo la tendría de regreso.

Hacia el mes de agosto, quien se comunicó fue M, un alumno que es adulto mayor (población importante de los estudios en línea en México). Me escribió para disculparse por el retraso en la entrega de sus tareas, me pedía una prórroga. La razón era que había ido a declarar a la Fiscalía del Estado de México, porque su sobrina había sido asesinada por su pareja. No me brindó muchos detalles y, por respeto a su dolor, no quise indagar más allá, pero entendí que el sujeto había sido detenido y que ahora la familia de la mujer (la sobrina de M y él incluido) enfocarían sus energías en el seguimiento del caso y esclarecimiento de los hechos para que se consiguiera algo de justicia para ella.

También encuesté a las estudiantes que siguen en mi página de Facebook para que me comentaran cuál era su percepción personal sobre la violencia doméstica desde que inició la pandemia. El 50 % de ellas percibe que hay violencia doméstica y el 20% considera que esta aumentó a raíz de la pandemia. De las alumnas que han experimentado violencia en la casa, el 25% manifiesta que el agresor fue la pareja^x. Algunas de las encuestadas consideran que el aumento de la violencia se debe al estrés que todos vivimos actualmente. Otras piensan que la violencia que viven se manifiesta ahora de maneras más sutiles, por ejemplo, con la indiferencia y el silencio.

Estos solo son algunos ejemplos del pequeño mundo en el que transcurren mis días, detrás de una computadora, revisando tres plataformas educativas de instituciones públicas y comunicándome con 150 personas diariamente. ¿Cuáles serán las cifras reales allá afuera?

Seguimos en deuda con Ana

Otro de los grupos poblacionales que prefieren una educación en línea son aquellas personas que viven con alguna discapacidad o neurodivergencia que les imposibilita asistir a una escuela presencial. En los bachilleratos en los que colaboro el promedio de alumnado que presenta alguna discapacidad oscila en el 5% de la población total^{xi}.

En mis años como docente he tenido la oportunidad de convivir en las aulas presenciales y a distancia con un buen número de educandos que viven con alguna discapacidad y me doy cuenta de que generalmente su condición no interfiere con su capacidad de estudio. Personas ciegas, sordomudas, con discapacidad motriz o

personas con síndrome de Down que, aunque no es una discapacidad, también requiere un cuidado y atención especial, todas y todos ellos desarrollan capacidades y se enfrentan a desafíos como el resto de los estudiantes. Sin embargo, frecuentemente el obstáculo que detiene su avance académico tiene que ver con la falta de accesibilidad en las plataformas de estudios en línea y la burocracia de las instituciones.

En el 2019 se inscribió a una de las escuelas donde laboro una joven a la que llamaré Ana. Ella se comunicó con uno de los colegas que sube a YouTube sus clases en línea; compartió con el profesor su deseo de inscribirse a la prepa a pesar de que sus padres no estaban de acuerdo. Ellos le decían que no podría solventar ese compromiso, que ella no estaba preparada para el estudio por la condición que padece: parálisis cerebral.

A escondidas de sus padres, Ana, que es una mujer de aproximadamente 30 años, se inscribió a la prepa en la modalidad en línea. Cursó la primera materia que es indispensable aprobar para asegurar su permanencia en el programa. En esa ocasión no la acreditó. Estuvo desanimada y comunicó su sentir a mi colega por medio de mensajes en Facebook.

Ana esperó paciente la siguiente convocatoria, se volvió a inscribir, otra vez sin decirle a sus padres. Esta vez aprobó aquel primer curso definatorio. Cuando recibió el mensaje donde oficialmente le daban la bienvenida al programa educativo se emocionó y consideró, ahora sí, decirle a sus padres que estaba estudiando, a pesar de los comentarios negativos que recibiría y efectivamente, recibió.

El trayecto de Ana por la prepa en la modalidad en línea no ha sido fácil, pues la plataforma tecnológica, las fechas límite y los retos propios del estudio como la concentración, seguir instrucciones y los procesos de análisis y síntesis son habilidades que Ana no ha podido desarrollar plenamente porque, debido a su condición socioeconómica, sus padres no han logrado costear las terapias que ella necesita. El Estado tampoco ha estado ahí para apoyarla, pues Ana comenta que no recibe seguimiento por parte de alguna institución. En el 2020 casualmente Ana fue asignada al grupo donde yo era docente. Conocía la historia de Ana por algunos intercambios con mi colega. Sabía de sus dificultades en el aprendizaje y procedí con ella de manera excepcional, aunque es el trato que merece cada estudiante: estuvimos comunicándonos por llamada telefónica o videollamada cada vez que ella necesitaba una retroalimentación detallada, resolver sus inquietudes o simplemente para darle ánimos o felicitarla por su desempeño. Así como procedí con Ana, debería ser con los demás, sin embargo, con grupos de 70 personas y cientos de tareas por calificar, se dificulta el seguimiento personalizado uno a uno por estos medios más cercanos y cálidos.

Ana concluyó con éxito la asignatura en la que compartimos espacio virtual. Los retos que venían para Ana serían más complejos. La siguiente materia a cursar llevaba por título “Argumentación”. En ella, se requiere que los educandos presenten reflexiones, ensayos y proyectos de investigación. Ana sería capaz de desarrollar todas estas actividades sin ninguna dificultad, si hubiera tenido una práctica constante de ciertas habilidades desde años atrás. Sin embargo, en el presente, para Ana estos ejercicios representan una labor titánica. Por la falta de un acompañamiento empático y terapéutico, Ana suele entrar en episodios de falta de concentración, ansiedad, desánimo y una profunda tristeza que se evidencia con el estado de una de sus redes sociales: “Quiero desaparecer de este mundo”.

La mayoría de las profesoras y profesores de la educación a distancia (y de la educación en general) no contamos con una capacitación o formación psicopedagógica que nos habilite para dar contención y seguimiento adecuado a estudiantes como Ana. Por lo regular nuestro trato hacia ellos surge de manera empírica. Si el docente no es vigilante de sus palabras y acciones, se puede cometer el grave error de ejercer discriminación y revictimización.

Yo misma, aun cuando cuento con cierta formación en psicología^{xii}, al no ser especialista en psicopedagogía, constantemente me pregunto si el trato que doy a los alumnos que viven con discapacidad es 100% empático, incluyente y en estricto apego a sus derechos.

Semanas después del término de nuestro curso, Ana se comunicó en varias ocasiones para pedirme apoyo para las siguientes materias. En cierto momento, consideré necesario recordar a la parte administrativa de la preparatoria la situación de Ana. Informé que ella era una estudiante con parálisis cerebral, que tenía dificultades con ciertas estrategias de aprendizaje y que necesitaba mucho apoyo de tutorías para evitar la frustración y una posible deserción escolar. Las autoridades confirmaron de recibido el correo, comentaron que tomarían nota y darían seguimiento al caso. Han seguido pasando las semanas y los meses. Cada tanto, mi colega o yo recibimos un mensaje de Ana donde, por un lado, nos comunica feliz que ha aprobado otra asignatura y, por el otro, nos cuenta las dificultades por las que atraviesa y lo que ella percibe como falta de empatía por parte de sus maestros y tutores.

Esta situación me lleva a pensar que aún estamos en deuda con Ana y con todos los estudiantes que viven con discapacidad o con alguna neurodivergencia. No se puede cumplir a cabalidad el derecho a la educación en los contextos a distancia si las plataformas educativas no ofrecen opciones de accesibilidad para alumnos con ceguera o con dificultades auditivas. Es humanamente imposible dar seguimiento de forma puntual y personalizada a un grupo con población en condiciones de

vulnerabilidad si un solo un profesor o profesora está a cargo de 45, 70 o hasta 100 personas, y además tiene que calificar cientos de tareas de manera expedita, para cumplir con criterios de eficiencia y permanecer en su trabajo.

No puede haber educación inclusiva si la comunidad estudiantil no cuenta con opciones que se adapten a sus tipos de aprendizaje y sus maneras de comunicar sus saberes.

Por ello, considero que aún estamos en deuda con Ana. Le debemos una plantilla de maestros preparados para contestar sus mensajes, dudas e inquietudes en el momento preciso, de forma empática y asertiva. Le debemos a Ana un plan de estudios en el que ella pueda expresar su creatividad, sus emociones y experiencias y construir con ello el andamiaje que la lleve a la construcción de reflexiones abstractas y conocimientos complejos.

Le debemos a Ana un ambiente virtual de aprendizaje intuitivo que la haga sentir como en un juego donde ella aprecie claramente su avance y logros.

Sin duda, le debemos a Ana una institución que vele por su integridad, su dignidad y su pleno desarrollo físico, mental y emocional en todas las etapas de su camino académico y de vida.

Nueve meses sin salario

Durante el 2020, a raíz de la pandemia por el coronavirus se suspendieron los intercambios sociales que implicaban el otorgar o recibir algún servicio. Se cerraron oficinas de gobierno y ventanillas de atención; estéticas, restaurantes y tiendas departamentales cerraron sus puertas al público por meses. Estas limitantes implicaron la pérdida de muchos empleos, lo cual afectó en gran medida a las mujeres trabajadoras y, en consecuencia, a sus familias. Al día de hoy, a pesar de que las cifras oficiales presumen haber recuperado miles de empleos^{xiii}, por todos lados observo, escucho y percibo madres y otras mujeres que siguen desempleadas y en busca de sustento.

Las únicas actividades que permanecieron activas durante la cuarentena extendida fueron las consideradas esenciales. En este sentido, la educación, al ser un derecho humano, no podía interrumpirse; por ello se optó por las clases en línea y estrategias como *Aprende en casa*. Como ya he mencionado al inicio de este escrito, las maestras y maestros de la educación a distancia continuamos atendiendo a nuestros estudiantes, sin descanso, hasta el día de hoy.

Esto haría pensar a cualquiera, y con razón, que el profesorado de la educación a distancia pertenece a ese pequeño grupo privilegiado que conservó su empleo. Ya

también he mencionado mi postura con respecto a llamar privilegio el derecho humano al trabajo. Este aparente privilegio se desvanece ante las pésimas condiciones de contratación que padecemos las y los profesionistas de la educación a distancia. A pesar de que laboramos para instituciones gubernamentales, no contamos con un contrato digno, nuestro estatus es de “empleado eventual”, por “honorarios”, como “prestador de servicios” e incluso por *outsourcing*, a pesar de que trabajamos más de veinticinco horas a la semana, sin días de descanso explícitos y durante la mayor parte del año. No recibimos prestaciones y corren por nuestra cuenta los gastos por los materiales necesarios para ejecutar nuestras actividades. Además de que no estamos exentos de enfermedades, accidentes o condiciones que requieran atención médica.

Los trabajadores de la educación a distancia de las dependencias públicas, hemos padecido constantemente los recortes presupuestales y retraso en los pagos por nuestros servicios. Cada año tenemos que esperar varios meses para que se eche a andar la burocracia hacendaria y se administre el presupuesto que finalmente se convertiría en nuestro salario. Así fue en 2009 a consecuencia de la epidemia de influenza A (H1N1); en el 2012, por las elecciones federales. En 2018 y 2019 recibimos nuestro primer pago en el mes de junio^{xiv} y en 2020, con la pandemia de Covid-19 más la austeridad aplicada a las instituciones y el recorte del 75% del presupuesto a los programas públicos^{xv}, nuestro pago fue otorgado hasta el mes de septiembre.

Nueve meses sin salario, que para algunos docentes se convirtieron en diez o quizá más, porque el dinero de las arcas públicas salía a cuenta gotas.

No conozco algún intelectual o crítico político que haya argumentado que la educación debería pasar a segundo término. El discurso oficial y de la mayor parte de la población es que la educación es un derecho que debe garantizarse desde el nivel básico hasta el superior. Sin embargo, la educación no es un ente abstracto, una idea o un sentimiento que baste con cultivarse personalmente para que se cumpla. La educación es una institución que se conforma por un conjunto de personas: directores, maestros, estudiantes, administrativos, intendentes, vigilantes, padres y madres de familia; además de toda la infraestructura que se necesita para que todas estas personas puedan ejecutar sus funciones. La educación pública requiere de inversión por parte del Estado para que pueda funcionar. A pesar de que desde las cúpulas políticas se sostiene que las maestras y maestros son respetados y tratados con dignidad, “basado en el respeto a la labor que desempeñan y en la confianza de que en sus manos se ha depositado la formación de nuevas generaciones^{xvi}”, que son defendidos sus derechos como trabajadores, tal como lo anunció la Secretaria de Educación, la maestra Delfina Gómez, por nuestra parte, las y los profesores de la educación en línea y a distancia

percibimos que no somos considerados dentro de ese grupo. No hemos sido considerados desde el 2007, fecha en que comenzó el auge de la educación en línea en México y no fuimos considerados en el 2020 ni en lo que va del 2021. ¿Por cuánto tiempo más será discriminada la educación en línea y a distancia y los derechos de sus trabajadores?

En definitiva, el retraso en la recepción de nuestro salario desde que empezó la emergencia sanitaria, colocó a las y los docentes en una situación más vulnerable. Algunas maestras y maestros no tuvieron otra opción que recurrir a la deuda, al empeño, al empleo informal o, definitivamente, a cambiar su giro porque nadie merece ni puede vivir dignamente nueve meses sin salario.

El cuerpo resiente

Desde hace años estoy acostumbrada a trabajar en la casa. Ha habido períodos en los que combino las clases presenciales con las clases en línea. Ha habido otros momentos en los que solo doy clases en línea. En el 2020 no hubo opción. Todas las escuelas mantuvieron sus actividades por medio de las plataformas tecnológicas debido a la pandemia que aún vivimos. Día con día atiendo por mensaje, videollamada o audios, a los estudiantes. Califico muchísimas tareas a una velocidad como de máquina. Escucho sus inquietudes, experiencias frustraciones y los acompaño poniendo en práctica las estrategias que he venido adquiriendo. Además, también realizo el trabajo del hogar: preparo todos los días la comida, procuro mantener algún tipo de orden en la casa, atiendo las angustias y ansiedades dentro de la familia y las propias.

No tengo hijos y eso a veces me hace sentir alivio y otras veces culpa. Alivio, porque siento que evito el sufrimiento de un ser humano. Culpa, porque veo a mis colegas, madres de familia, resistir ante el embate del incremento del trabajo, la precarización laboral y los asuntos personales con un ánimo y fortaleza que muchas veces no vislumbro para mí. A veces me rindo. Simplemente me quito la ropa del día, me meto debajo de la cobija, cierro los ojos y le digo al mundo “hasta mañana, déjame en paz algunas horas”. Sé que ese descanso muchas de mis colegas y alumnas no se lo permiten. Ellas están presentes y atentas las 24 horas, disponibles para sus hijas e hijos. No solo son sus madres, también son sus tutoras escolares, sus terapeutas, sus enfermeras, quiroprácticas, cocineras y, por supuesto, su sostén económico. Y ellas resisten, siguen de pie, al cien por ciento de sus capacidades, así haya una pandemia asolando las familias, pueblos y países.

En diciembre de 2020 me enfermé de un padecimiento respiratorio no COVID. Me considero una persona con buena salud y condición física, así que esta enfermedad

fue inesperada y producto del cansancio, estrés y descuido de mis vías respiratorias a inicios del invierno. Las personas que me cuidaron directa e indirectamente fueron las mujeres. Mi suegra, que es médica, me atendió gratuitamente y corrió con el gasto de los tratamientos medicinales, ya que no cuento con seguro social. Mi madre me compartió recetas herbolarias por teléfono. Mis amigas me mandaron a descansar cuando vieron mis ojeras en una videollamada. Mis colegas C y H me apoyaron cuando les pedí contención con los estudiantes que necesitaban que calificara rápidamente sus tareas, pero yo necesitaba solo un día de descanso.

Esta es una experiencia muy personal y que no tuvo repercusiones mayores, sin embargo, me llevó a reflexionar sobre cómo las mujeres sabemos organizarnos y apoyarnos, a pesar de un sistema que nos explota y busca destilar de nosotras hasta la última gota de nuestras fuerzas.

¿Queremos ser heroínas?

El llamado a escribir y compartir este testimonio tiene como lema “heroínas durante la era del COVID-19”. Llamar a las y los profesores heroínas o héroes es tentador en contextos de emergencia. En situaciones de creciente incertidumbre, que haya una sola persona que haga algo diferente, cuyas acciones provoquen felicidad o que resuelva un problema, llena de esperanza a los demás. No obstante, cuestiono la postura de llamar “heroínas” a las maestras.

Un héroe o heroína, por definición, es un individuo que actúa solo. Pienso en los héroes o superhéroes más conocidos: Hércules, Batman, Wonder Woman, Capitana Marvel. Son personas individuales que aparecen en ciertos momentos específicos y “arreglan” una situación. Se marchan, se ocultan nuevamente en su mundo y nuevamente aparecen ante el público cuando surge otro problema. Los héroes y heroínas por lo regular andan solos y viven al margen de la comunidad. Batman en su mansión o baticueva, Capitana Marvel, en alguna galaxia lejana. No pertenecen a la comunidad.

En este sentido, me pregunto en qué medida las profesoras queremos ser llamadas heroínas. En primer lugar, nuestra labor no puede consistir en “arreglar” un problema como el de la educación en contextos de emergencia. La continuidad de los aprendizajes en momentos de incertidumbre social, al recaer sobre personas individuales, sobre una docente, por ejemplo, lo único que trae es un cansancio

infinito, un deterioro físico y corporal como el que estamos viviendo la mayoría de las mujeres, maestras, estudiantes, trabajadoras y amas de casa.

El problema de la educación en los contextos de emergencia debería ser resuelto o bien por las instituciones o bien, por la comunidad en su conjunto. Las instituciones públicas a las que están dirigidos todos los impuestos con los que docentes, madres, padres y la sociedad contribuyen, son las que deberían implementar una estrategia para enfrentar las adversidades propias de una crisis. Ante el fallo de las instituciones, entonces, la comunidad en su conjunto debería ser capaz de organizarse para generar ambientes donde los aprendizajes siguieran ocurriendo de forma más o menos espontánea.

Pero algo nos está pasando en la educación en línea que pareciera que sus diferentes miembros están dislocados y mirando cada uno a un punto diferente. Como en aquella película infantil, cuando el muñeco cara de papa, ante cualquier sacudida, se desarma y nunca queda bien al primer intento de volver a tomar forma. Me pregunto si realmente las maestras queremos seguir siendo las heroínas, “salvando” ciclos escolares, “haciendo milagros” con las herramientas que tenemos a nuestro alcance, “resolviendo” superficialmente problemas estructurales. Me pregunto si queremos continuar en ese papel solitario en lugar de dejar los márgenes e integrarnos como cuerpo colegiado, exigiendo que todas las personas que conformamos la institución educativa nos comprometamos a generar las estrategias pertinentes y defendiendo con nuestras habilidades, conocimientos y experiencias el derecho a la educación pública, gratuita y de calidad de cada estudiante.

La educación a distancia que nos merecemos

A través de esta revisión de nuestras experiencias en la educación a distancia comprobamos que aún hay un largo camino por recorrer si en realidad queremos que el derecho a la educación se cumpla plenamente. La educación a distancia en México está lejos de ser cien por ciento gratuita, popular e inclusiva y esto no es una percepción personal. Otros profesores y alumnos con los que he podido conversar también notan los fallos en el sistema.

Aun así, a pesar de sus evidentes defectos, la educación en línea va generando cierta confianza en la población como una opción accesible y de calidad para continuar con la formación académica. Tan solo en la primera convocatoria de este

año se inscribieron 124 mil aspirantes^{xvii} en la Prepa en Línea de la SEP, una de las opciones para cursar el bachillerato en la modalidad en línea en una institución pública y gratuita. Esta cifra implica un reto para la institución educativa que, si quiere superarlo de forma integral, sin recurrir al heroísmo de sus docentes, necesita atender las demandas de su propia comunidad. Aprovecho para compartir algunas de las demandas que fueron expresadas de manera pública en una encuesta realizada en redes sociales.

Estas son las características de la educación en línea que nos merecemos^{xviii}:

1. Clases expositivas e interactivas en línea, no solo asesorías
2. Variedad de opciones para exponer los aprendizajes y saberes, no solo por medio de textos y cuestionarios
3. Reforzamiento de los aprendizajes, sobre todo en el área de matemáticas
4. Seguimiento académico puntual y empático por parte de profesores, tutores y administrativos
5. Regularización académica y tecnológica para las personas que llevan muchos años sin estudiar
6. Plataformas tecnológicas y recursos de aprendizaje adecuados a las necesidades de estudiantes con discapacidad
7. Integración a la comunidad estudiantil por medio de foros y chats de convivencia, no precisamente académicos, pero sí regulados por la Institución
8. Estímulos educativos, becas, apoyo para pagar el internet y equipo de cómputo
9. Capacidad tecnológica y de recursos humanos para atender la demanda estudiantil y la brecha educativa

10. Reconocimiento y respeto de los derechos laborales del cuerpo docente de la educación en línea

Seguramente hay aspectos que faltó considerar y en los que se podría profundizar. Invito a mis colegas a continuar la reflexión de forma colectiva.

ⁱ “SEP adelanta vacaciones de Semana Santa por Covid-19: durarán un mes” (14 marzo 2020). *Aristegui Noticias*. Disponible en <https://aristeguinoticias.com/1403/mexico/sep-adelanta-vacaciones-de-semanasanta-por-covid-19-duraran-1-mes-del-20-de-marzo-al-20-de-abril/>

ⁱⁱ El primer país europeo en entrar a un periodo de confinamiento fue Italia, ocurrió el 23 de febrero de 2020. Con información de NIUS: https://www.niusdiario.es/internacional/europa/medidas-aislamiento-italiadrasticas-progresivas_18_2914020339.html

ⁱⁱⁱ De acuerdo con los reportes que realizo al final de cada curso. En el que impartí del 9 de marzo al 5 de abril, donde estaba acompañando a un total de 25 estudiantes, el nivel de acreditación fue de 68%, lo cual indica que 8 estudiantes no lograron concluir sus actividades ni presentar su examen final. En un curso impartido en febrero de 2020, antes del confinamiento, para una población similar, el nivel de acreditación fue del 80%.

^{iv} “Amas de casa y adultos entre 40 y 69 años, las principales víctimas de COVID-19 en México”. (30 diciembre 2020). *Animal Político*. Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/2020/12/amas-casa-adultosvictimas-covid-19/>

^v En el 2019, solo 2% de las mujeres podían deslindarse por completo de las actividades del hogar. Con información de *El Economista*: <https://www.eleconomista.com.mx/economia/En-Mexico-solo-2-de-lasmujeres-puede-deslindarse-de-las-labores-domesticas-20190818-0002.html>

En el 2020 las cifras apuntaban que las mujeres dedicaban 76% más tiempo a las labores del hogar que los hombres. Con información de *Sin Embargo*: <https://www.sinembargo.mx/22-01-2020/3717017>

^{vi} *Numeralia Prepa en Línea SEP 2019*. Disponible en: https://prepaenlinea.sep.gob.mx/wpcontent/uploads/2020/10/Numeralia_2019.pdf

^{vii} Encuesta realizada por Facebook el 13 de febrero de 2021. Disponible en <http://bit.ly/3dNcokl>

^{viii} “¿A qué nos referimos con la “doble jornada laboral para las mujeres”?” (29 octubre 2020) *La izquierda diario*. Disponible en: <http://www.laizquierdadiario.mx/A-que-nos-referimos-con-la-doble-jornada-laboral-para-las-mujeres>

^{ix} De cada tres trabajos perdidos en México, durante el periodo de marzo a agosto de 2020, 2 correspondían a trabajos ejercidos por mujeres. Con información de *El Financiero*: <https://www.elfinanciero.com.mx/economia/las-mujeres-en-mexico-son-las-mas-afectadas-por-desempleoante-pandemia-de-covid-19>

^x Los datos estadísticos de la encuesta se pueden ver aquí: <http://bit.ly/37PN8WV>

- ^{xi} Véase *Numeralia 2019 Prepa en Línea*. Nota vi.
- ^{xii} Tengo estudios de maestría en Psicología Sistémica por el CUDEC.
- ^{xiii} El subgobernador de Banxico, Gerardo Esquivel, pronostica una recuperación pronta de los trabajos perdidos. Con información de *El Universal*: <https://www.eluniversal.com.mx/cartera/gerardo-esquivel-verecuperacion-del-empleo-en-segundo-semester-de-2021>
- ^{xiv} “SEP quita prestaciones a maestros de Prepa en Línea; no les pagan desde hace 6 meses” (17 junio 2019). *Animal Político*. Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/2019/06/maestros-prepa-linea-sepprestaciones-adeudos/>
- ^{xv} “Docentes de Prepa en Línea, con 8 meses sin sueldo; SEP dice que les pagarán en septiembre” (4 agosto 2020). *Animal Político*. Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/2020/08/ocho-meses-maestrosprepa-linea-pago/>
- ^{xvi} Primer mensaje de la maestra Delfina Gómez, al asumir el cargo como Secretaria de Educación, el 15 de febrero de 2021. Disponible en: https://youtu.be/fJ_7aSiHbHM
- ^{xvii} “Se registran más de 124 mil aspirantes a la Prepa en Línea” (7 febrero 2021) *La Jornada*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/02/07/sociedad/se-registran-mas-de-124-mil-aspirantes-a-laprepa-en-linea/>
- ^{xviii} Reflexiones obtenidas de una encuesta realizada en Facebook a estudiantes y docentes. Disponible en: <http://bit.ly/3aRwAQh>

A través de la pantalla

Teresita de Jesús García-Cortés

Siete treinta de la mañana, un sábado y ya estoy frente a mi computadora, con mi luz encendida, mi café, haciendo pruebas de sonido y de conexión. Entro en línea en tres, dos, uno... ahora. Me siento como artista de televisión.

He sido maestra durante treinta y cuatro años. Enseñé en primaria, a los pequeños, sus primeras letras y números, sus primeros colores y sus primeras frases escritas. A los alumnos de secundaria, tuve el privilegio de enamorarlos de la educación artística, de mostrarles el lenguaje del color, de la música y del teatro. A los jóvenes la vida me permitió compartir con ellos la expresión oral y escrita, la pasión por la lectura y la escritura, herramientas necesarias para su formación y su desempeño como profesionistas.

Uno de los ámbitos en el que más me gusta incursionar es entre los docentes. Enseñar de docente a docente es un reto. Desde que tuve diez años de servicio, la vida me presentó la oportunidad de involucrarme en los procesos de actualización del magisterio. Materias de análisis como diseño curricular, política educativa o historia de la educación; o materias prácticas como diseño de proyectos, planeación o evaluación de los aprendizajes hasta asesorías de titulación o proyectos de tesis he compartido con compañeros docentes. La vida ha sido generosa conmigo.

En 1988 inicié mi vida docente. En formato de lápiz, papel y tiza con pizarrón de aquellos verdes o negros, cuando se te llenaban los dedos, las manos y todo, de polvo de gis. Transité por cambios de gobierno, de planes y programas, de enfoques, de mobiliario, de uniformes, de cuaderno a computadora, y cambios de todo tipo a lo largo de treinta y cuatro años.... Y justo cuando me retiré ... en el mundo se presenta una pandemia y regresé a la enseñanza.

Como sabemos, a finales del 2019 en el mundo se desata la epidemia conocida como COVID-19, provocada por el virus SARS-Cov2, infección respiratoria con consecuencias fatales para los seres humanos, que se contagia por vía aérea. La Organización Mundial de la Salud toma medidas y sugiere a los países cuarentena y medidas de sana distancia. En marzo de 2020 la Secretaría de Educación Pública en México dictamina la suspensión de actividades en las escuelas para trabajar desde los hogares, como medida para evitar contagios y salvaguardar la salud de niños y maestros, lanzando un programa innovador denominado *Aprende en Casa*, donde las televisoras toman el protagonismo para llevar a las casas el contenido de aprendizaje de los diferentes niveles educativos por medio de la señal abierta de sus canales.

Pues estando ya en mi casa, sin sufrir tanto el encierro obligado por esta situación, porque ya estaba jubilada, pasaba mi tiempo leyendo, escribiendo, tejiendo, pintando, buscando trabajo para mis familiares y amigos, cuando mi bella amiga Carolina me llamó para invitarme a revisar algunos trabajos de tesis de maestría de

alumnos de la Escuela Normal Superior donde ella labora. Y claro, me gustó la idea de activarme de nuevo y saber en que trabajan los maestros en estos tiempos modernos.

En cuestión de una semana, me entrevistaron vía plataforma Zoom, (¿qué es eso?), donde, en tiempo real y por medio de la pantalla de la computadora, conocí a varios docentes y ya me habían asignado grupos y dos materias diferentes, unas en mi ciudad natal y otros a cien kilómetros de distancia. Docentes-estudiantes, que no vería físicamente, pero que interactuaría con ellos, por medios digitales. Todo ello, sin ver físicamente a nadie, sin conocer a las autoridades de la Escuela Normal ni a ninguno de los otros catedráticos. Que tiempos tan locos.

Debo confesar que anteriormente ya había trabajado en línea. Pero en la modalidad de educación a distancia, por medio de plataforma virtual, donde sólo se revisan los trabajos y tareas enviados por estudiantes a los cuales solo ves en fotografía y con los cuales interactúas con uno o dos mensajes por medio de la plataforma, pero nunca los ves ni hablas con ellos. Por lo cual, esta propuesta de trabajo no era tan desconocida para mí.

Pero, quienes somos docentes, sabemos que el elemento emocional es esencial en las relaciones entre los maestros. El lenguaje no verbal, las miradas, la solidaridad, las situaciones que se presentan en clase y compartirlas con tus compañeros, es lo que nutre las relaciones informales de enseñanza-aprendizaje en el mundo escolar.

Gracias a los medios digitales, al mismo tiempo, me encontré participando en un grupo de *Talladoras de palabras*, con mujeres hermosas de Xalapa, Veracruz, viviendo yo en la ciudad de Chihuahua; primera experiencia vivencial de interactuar con temas emotivos y en tiempo real con persona físicamente distantes pero muy cercanas durante cuatro meses. Gracias a Olga Beatriz Cuéllar Gaxiola que aceptó el reto de guiarme por este camino de la autobiografía y del mundo virtual en la enseñanza-aprendizaje.

Gracias a la experiencia con Olga y mis compañeras talladoras de palabras, y con las fallas y dificultades técnicas que experimenté con ellas, las semanas previas al inicio de las clases, me la pasé averiguando toda clase de consejos para mejorar la transmisión.

Conseguí un soporte para el teléfono celular, una lámpara para tener más luz, unos audífonos de Jacobo Zabludovsky, llamé por medios digitales a mis hijas, que viven una en Cancún, Quintana Roo y la otra en San Francisco, California EU, a diferentes horas del día y de diferentes lugares de mi casa, para encontrar el mejor lugar y la mejor señal, para que el día de la clase, mis docentes-estudiantes no tuvieran ninguna dificultad.

De repente tenía cuarenta docentes-estudiantes de primer año, en un grupo y cuarenta de tercero en otro, en una pantalla de computadora, mirándome al mismo tiempo, esperando de mí, no sé qué cosa. Estaba más nerviosa que cuando me paré en una aula por primera vez.

La sesión Google-Meet es solamente de una hora y media un sábado al mes, pero por medio de la plataforma Moodle hay una tarea por semana que los docentes-estudiantes deben realizar y subir para acreditar la materia. En total 10 tareas y 7 sesiones Meet donde también elaboran alguna evidencia de trabajo. El total del semestre es de 17 semanas, tomando en cuenta que es un posgrado con énfasis en práctica docente, donde al final cursan una maestría.

Una de mis primeras sorpresas fue que la mayoría de los docentes estudiantes solo tienen menos de tres años de servicio, y que su proceso de admisión al servicio fue mediante examen de oposición. Que grato que los nuevos maestros piensen en prepararse más y fortalecer su práctica en beneficio de sus alumnos. Porque el ser maestro en los tiempos modernos no es muy alentador.

Pero en medio de este confinamiento, y tomando en cuenta que esto sucedió en el mes de septiembre, algunos de ellos no conocían su centro de trabajo, a sus directivos, a sus compañeros maestros y menos a sus alumnos o los padres de estos. ¡Qué gran reto es para ellos y para mí, hablarles de un diagnóstico del grupo, si no conocen a sus niños ni a sus padres!

Fue difícil hablar con ellos de alternativas de atención a la diversidad, cuando se dan se percatan que sus alumnos y sus familias no cuentan con computadora ni dispositivo ni siquiera teléfono con conexión a internet para enviar las tareas por WhatsApp o con televisión para seguir la programación de *Aprende en casa*. O cuando van a buscar a sus alumnos en sus comunidades, y los encuentran trabajando para apoyar a sus familias económicamente para salir adelante, y lo menos importante es enviar las evidencias de la escuela. Esto me lo contó Flor, una de mis docentes estudiantes en una de sus tareas.

La brecha digital, cultural y económica se hizo evidente para ellos durante esta pandemia, al evidenciar la situación de cada uno de sus estudiantes, en sus casas, en su realidad y obligando a cada maestro a “verla” al momento de llevar el avance de cada uno de sus alumnos en la modalidad de trabajo a distancia. No es lo mismo que cada uno trabaje en su casa como pueda, a que asista a la escuela y ahí, el maestro se ocupe de compartir materiales y condiciones para que el alumno construya su conocimiento y avance.

“Como quisiera, me dijo Fernanda, llevarles mis cuadernos o prestarles mi teléfono para que me envíen la tarea, porque sé que fulanito, sí la hace.”

Este tema de la brecha digital se presentó también entre los docentes-estudiantes. Los que se ubican en la región serrana, tienen mucha dificultad con la señal de internet, no solo en las sesiones semi-presenciales, si no en las fechas en las que se cierran las actividades en la plataforma. Por lo que con frecuencia tuvieron que recurrir a solicitar prórroga de envío; igual que sus alumnos. Como le pasó a Trini. “Ahora ya se lo que se siente, me dijo”

Erick me contó, que contrató un servicio de internet satelital muy caro donde fue necesario instalar una pequeña antena en su casa, en la comunidad donde trabaja, y que decidió compartir la señal con todas las personas que lo necesitaban, porque ahí había estudiantes de todos los niveles, especialmente de preparatoria, que no podían enviar sus evidencias por falta de señal. Me contó conmovido hasta las lágrimas, que una madre de familia colocó un bote en la puerta de su casa, con una etiqueta que decía: “pa ayudar al profe”. Yo también lloré, pero fuera de cámara.

En otra ocasión una de mis docentes-estudiantes, Magaly, que siempre estaba muy atenta y con su cámara encendida, aparecía en pantalla solo con su inicial y muy callada. En el momento que le tocó participar, comentó que estaba en su carro, porque le habían cortado la luz y se había trasladado a buscar un lugar con servicio gratuito de internet y solo podía escuchar la clase. Esas son ganas de aprender.

Como parte de mis locas ideas por interactuar con ellos, como si estuviéramos en vivo en el mismo lugar, siempre dirijo una actividad que hoy denominan pausa activa. Consiste en una canción con movimiento o coreografía para levantarse, moverse, oxigenar el cerebro y despejarse para tomar nuevas fuerzas. La implementé desde la primera clase por Meet. Como una de mis especialidades es educación artística, fue una gran apuesta incitarlos a una actividad tan fuera de serie, en un posgrado, pero funcionó. A la tercera sesión Meet, ya tenía en la pantalla, gran cantidad de “alumnos invitados” para esta sección de la clase; hijos, sobrinos, esposos y demás personas que se encontraban en el ambiente familiar del docente-estudiante que querían participar en este momento. Como soy ochentera, pues les tocó desde Lorenzo Antonio, “con la mano izquierda va adelante y la derecha para atrás”; hasta “sigan al líder”. Yo me divertí y creo que les mostré en que consiste crear ambientes de aprendizaje, a pesar de tener una pantalla de por medio.

Soy maestra de las que camina en el salón de clase. Me gusta acercarme a cada lugar, observar que están haciendo, platicar “en corto” con mis estudiantes, despejar dudas, escuchar sus comentarios y que me cuenten su sentir y eso me costó mucho trabajo, porque la pantalla de la computadora no me lo permitió. En un aula virtual, todos pueden escucharme al mismo tiempo.

Esta modalidad me dio la oportunidad de entrar a la intimidad de las casas de los docentes-estudiantes. Les sugerí, además que permitieran que sus hijos

participaran al momento de pausa activa, que les dejaran que se “asomaran” a la cámara y observaran por ellos mismos en que se ocupan sus padres o madres, en un día en que se supone que deben prestarles atención a ellos. Creo que con el ejemplo de verlos estudiar y superarse, les inculca más la cultura del esfuerzo.

Me tocó conocer y ver crecer al pequeño bebé de Francisco, que lo acunaba y le daba de comer, mientras participaba en las discusiones de los temas de la clase. Y alentar a Cristina a amamantar a su bebé, obvio con la cámara apagada, durante la clase, pues el hambre no espera.

Estos momentos no los habría podido disfrutar sin esta pandemia, pues la modalidad del posgrado es presencial, y muchos de ellos tienen que recorrer grandes distancias para llegar a las instalaciones de la Escuela Normal Superior, hasta 50 kilómetros o más, así que también hay cosas muy buenas.

Aquí en Chihuahua durante el invierno el clima es muy extremo, llegando a menos 5 o menos 10 grados todas las madrugadas. Al inicio de la pandemia, se creía que el clima frío no permitía que el virus se transmitiera, pero no fue así. De pronto ya no eran casos aislados o lejanos o del primo de un amigo que se había contagiado. Durante el semestre agosto-diciembre 2020 se presentó el brote más severo de la enfermedad en mi estado. Se contagiaron personas de mi familia muy cercanas que perdieron la batalla, pero que siempre me enseñaron que debemos honrar la vida y seguir adelante. En total perdí cuatro miembros en un mes. Uno de ellos, mi tío Francisco, falleció un día antes de la clase Meet. Me disculpé con el grupo, por motivos personales y de salud y repusimos la clase otro día entre semana. Aunque no nos conocemos físicamente, mis estudiantes y compañeros catedráticos estuvieron pendientes de mi salud emocional vía WhatsApp y mensajes en plataforma. Tuve miedo, estuve triste pero la vida sigue.

También se presentaron situaciones de docentes-estudiantes que contrajeron la enfermedad del Covid-19. Con la salvedad, de que, gracias a su edad, no necesitaron intubación, pero si descanso y reposo. En mis grupos tuve seis casos de este tipo. Por supuesto que se les otorgaron todas las facilidades para que enviaran los trabajos en fechas posteriores y me tomé el tiempo para estar pendiente de su evolución y salud.

Cuando terminó el semestre, como parte del cierre de este, y en una única ocasión, se nos solicitó asistir físicamente a la Institución a entregar documentos necesarios para el cierre oficial y algunas firmas finales, todo por medio de cita.

Debo contar una anécdota muy graciosa. Cuando me tocó mi turno, pues no conocía ni las instalaciones, por lo cual se me dificultó localizar el edificio, ingresé y anduve preguntando donde estaban las oficinas de control escolar y la dirección. Pues me

topé con una persona que me indicó el último edificio, en el camino, de nuevo me encontré a un individuo que me preguntó muy amable que se me ofrecía:

—Vengo a firmar unos papeles, le dije, el profesor Francisco Rocha me está esperando.

—¿Quién lo busca? Me miró asombrado.

—La doctora García, le contesté.

—¿Doctora Teresita García? dijo. ¡Mucho gusto, yo soy el maestro Rocha!

¡Qué pena! Era el director, mi jefe, se había terminado el semestre y ¡yo no lo conocía! Tiempos modernos.

El principal reto para mí fue infundir ánimo y fuerza a los docentes para que no desistan en su vocación y transformar la realidad de sus alumnos. El “atravesar” la pantalla de la computadora y despertar en ellos la fuerza necesaria para brindar opciones de futuro a sus alumnos por medio de la enseñanza y la importancia del crecimiento personal al cursar un posgrado fue mi misión.

Creo que voy por buen camino. Mis estudiantes me evaluaron bien en mi desempeño docente y me solicitaron como su catedrática para un siguiente semestre. Espero que con la vacuna termine pronto el confinamiento y podamos conocernos físicamente, porque virtualmente, en lo personal, ya los conozco a todos.

6 por 8 igual a 7 por 8

Martha Gutiérrez Álvarez

Planeación del 20 al 24 de enero de 2020. El lunes 20 de enero había revisado con mis alumnos el tema: "El periódico y sus secciones". El martes quise presentarles alguna noticia periodística, no elegí la de primera plana de ese día porque el tema era el de los migrantes centroamericanos en su cruce por Ciudad Hidalgo, Chiapas, y las fotos de la portada resultaban violentas y, como el tema lo estaríamos viendo toda la semana preferí una nota menos cruda, que fuera más neutra. Elegí, de la sección de internacional, una noticia referente a salud, "Nuevo coronavirus en un hospital de la provincia china de Wuhan", finalmente, "China está re lejos" me dijo uno de mis alumnos.

Les presenté la nota en fotocopias, uno a uno de los alumnos y alumnas la fueron leyendo en voz alta, incluía palabras un poco difíciles para alumnos de 3er. grado de primaria, eso de coronavirus, Wuhan, adenovirus, SARS-CoV-2, pero había una ventaja, la foto que la ilustraba era llamativa; hombres con trajes parecidos a los de los astronautas empujando una camilla con un hombre dentro de una cápsula. También pensé que era la oportunidad para hablar acerca de los virus, de las vacunas, las medidas higiénicas, tocar el tema de las siglas y de China, que, como comentó una alumna cuando les mostraba un mapamundi ubicando a ese país, "está debajo de nosotros", —mientras señalaba el piso—, y otro alumno dijo: "mi abuelito dice que los chinos son cochinos porque escupen en el piso", en fin, la clase se desarrolló, aclarando que escupir en el piso no es higiénico.

A mí me pareció exagerada una línea de la nota: "*La OMS convoca a reunión para determinar si el brote representa una emergencia mundial*". Sólo eran poco más de 200 infectados y cuatro muertos y luego en China donde son más de mil millones de habitantes, "primero llegarían los migrantes a Tijuana que el dichoso virus a Ciudad Nezahualcóyotl". En ese momento era sólo una actividad para aprender qué es una noticia en el periódico: sus secciones, identificar fecha, tema, agencia informativa o reportero.

Reafirmación de contenido. Los días transcurrieron. El tema fue cobrando presencia en los diarios, la radio, la televisión e Internet, y aumentaron día a día las cifras de contagios y muertes, hasta que, el 27 de febrero se dio la noticia del primer caso en México. El virus logró viajar por avión y cruzó las fronteras como sin nada, no respetó las garitas ni los controles burocráticos. El nuevo coronavirus ya no fue ajeno en la vida de mis alumnos y alumnas y cada día que pasaba, se les reafirmaba el contenido del tema de esa noticia.

Antes del anuncio de la emergencia sanitaria. Las dos primeras semanas de marzo fueron tensas. Recepción de niños con gel al 75% de alcohol en manos, responsiva firmada por madre/padre o tutor de que el alumno/a estuviera en perfecto estado de salud, lavado constante de manos (divertido para los alumnos que se

acababan el jabón líquido en un dos por tres), horarios de recreos escalonados para evitar acercamientos, nada de saludos y despedidas de beso. Después, el alumnado empezó a ausentarse, hasta que el 23 de marzo se dio la orden de trabajar a distancia.

Trabajo a distancia. Para mí el primer referente del tipo de educación a distancia que tendríamos que realizar fue el programa de televisión de los años 60, llamado *Skippy el canguro*, sabía que tendría que hacer algo parecido a lo que hacían los docentes australianos a través de una radio de onda corta para que los niños protagonistas de la serie tomaran clases porque estaban en un Parque Nacional muy alejado de los centros escolares. Cuando lo pensé, me dije: “qué exagerada soy”. Sin embargo no fue muy diferente porque a mis estrategias sólo les agregué el componente visual. Es fecha que todavía mantengo comunicación con un alumno, que aprendió a leer en dos meses con clases nocturnas diarias y cuyo celular no cuenta con la capacidad para instalar las aplicaciones de Meet y Classroom y, por llamada telefónica escucha la clase que transmitió en vivo por Internet sin ver imágenes ni a sus compañeros, además, a él y otros dos alumnos, les mando una guía de estudio por WhatsApp para que la impriman y la resuelvan, la devolución de éstas no ha sido posible.

El confinamiento. Cuando escuché la palabra confinamiento pensé en Ana Frank, en su escondite, había leído su diario en las vacaciones de diciembre de 2019. No estaremos tan mal pensé. Tendríamos luz y por ende Internet, habría gas y cocinaríamos sin preocupaciones, podríamos ir a las compras e incluso mandar pedir por línea lo urgente y en una caja recibiríamos el pedido; todo lo necesario por tener un sueldo fijo para vivir, eso así fue para mí, pero no para millones de mexicanos y mexicanas que tuvieron que jugarse la vida saliendo de casa para conseguir el sustento.

El encierro visibilizó todo lo inimaginable: la pobreza y vulnerabilidad ocultada por sexenios, ésta salió a la luz con todo y cubre boca. Aparecieron arribistas y mala entraña llenos de resentimiento y poder objetando toda idea e iniciativa. En la corporeidad de cada animal pensante, se albergó la montaña rusa con su variopinta de emociones, sentimientos y conductas. Al paso de los meses esto sigue. Unas veces el volantín se alía con la rueda de la desfortuna y otras con las sillas y platos voladores.

No deja de moverse como si fuera aguja de un electrocardiógrafo o de un sismógrafo.

Nueva normalidad. Sin embargo, nadie vislumbró lo que significaría una "nueva normalidad" ni lo que esto implicaría para la pequeña unidad doméstica, las comunidades, un país y la humanidad entera. Eso de la nueva normalidad, no sé si

la retomaron del “*todo fluye*” de Heráclito; de la dialéctica de Hegel, del desapego del budismo, del pensamiento complejo o de la teoría del caos pero la verdad es algo que a la fecha no logro entender. Porque para las profesoras que nos integramos a la docencia a distancia es una nueva normalidad normalizada por el doble y tripe trabajo, sí, atender con el mismo orden de prioridad los quehaceres domésticos, las tareas de los críos, el trabajo docente en línea y el estrés que causa la higienización de todo lo que entra a la casa; la mayor de las veces consumiendo más tiempo de lo programado.

Los días de la semana. Dejé de necesitar calendario, sé que es lunes porque ese día lavo la ropa; martes, porque les toca riego a las plantas; miércoles, porque es el día que llega mi vecina a venderme el probiótico; jueves, porque ese día pasa el carro de la basura; viernes porque veo una película por la noche; sábado, el día que se almuerza con chilaquiles y domingo porque comemos pollo con mole y arroz como si fuera día de fiesta.

La nueva agenda diaria escolar. Tampoco uso reloj, mi biología se adaptó y se relaciona con hechos externos. Hora de levantarse, cuando empieza el primer noticiario matutino y cantan los cenizotes en el jardín; tiempo del almuerzo, al inicio del programa *Diálogos en Confianza* en el canal 11; subir al WhatsApp las actividades y tareas, antes de que termine ese programa; revisar tareas, mientras se lava la ropa en la lavadora y se cocina la comida; contestar dudas a alumnado y padres y madres de familia, a cualquier hora; buscar imágenes, ejercicios adecuados en las redes sociales para la siguiente clase, cuando algún profesor o profesora subió al Facebook una interesante; hora de comer, cuando hagan ruidos los intestinos por mucha hambre; tiempo de lavar los trastes, cuando ya no quepan en el fregadero; servicio de planchando, suspendido, porque da igual ponerse ropa arrugada que no.

Observaciones: ¡Lávate las manos!

Consejo Técnico Escolar casero. Antes del primer Consejo Técnico Escolar virtual reflexioné y, en lo que seguramente la mayoría de los docentes del país coincidimos: la educación presencial es menos excluyente que la virtual o la nombrada a distancia. Somos los profesores y profesoras quienes fomentamos la socialización y la equidad en las aulas, quienes ofrecemos a cada niño y niña y a cada joven de este país una atención de acuerdo a sus necesidades y de sus familias; somos el factor de cambio.

No es la tecnología la que diluye desigualdades, ésta sólo las evidenció con la pandemia del Covid-19. Seguimos luchando contra programaciones televisivas desarticuladas, parcializadas o no congruentes con la realidad y, en algunos casos

antipedagógicas o fuera de la realidad, con ritmos de trabajo intermitentes que dependen de la conectividad del alumnado.

Es, el cuerpo docente, quien en la cotidianidad lleva el pulso de las condiciones de vida de la comunidad y de cada niño o niña, somos quienes hoy por hoy tenemos instalada en nuestras casas una aula virtual para que, desde ahí, acerquemos el conocimiento, empleando todos los recursos a nuestro alcance, muchas veces en circunstancias iguales a las de los padres de familia: sin equipos tecnológicos de última generación, en espacios reducidos y adaptando todo lo que se puede para brindar calidad y calidez a los alumnos y alumnas. Lo cierto es que la estrategia de educación a distancia para los pequeños que nunca habían aprendido de esta manera les está orillando a abandonar la escuela, por supuesto que los índices de conclusión serán los esperados para las autoridades pero la calidad de los aprendizajes se observarán en el siguiente y en el siguiente ciclo escolar, es entonces cuando tendremos que redoblar esfuerzos para cumplir con los objetivos y metas que nos pidan.

Las mejores prácticas. Pese a todo, cada docente de mi plantel implementó sus mejores estrategias: guías descargadas de Internet, actividades en el libro de texto, instrucciones por chat, correo electrónico, Facebook, y los más versados en las tecnologías digitales, las tareas en su Blog o alguna plataforma educativa. Todas las comunicaciones con los directivos y padres y madres de familia por WhatsApp y por teléfono. Los niños sólo guardarían sus trabajos para revisarlos una vez que acabara la cuarentena pero en mayo tuvimos que mentalizarnos para seguir trabajando desde casa porque nunca regresamos a las aulas en ese ciclo escolar ni creo que en este.

Tecnologías de la Información y la Comunicación. El primer cambio tecnológico urgente que hice fue adquirir un nuevo celular. Llegó un momento que ya no le cupo información, ni pensar salir a comprar uno. Afortunadamente un experto en tecnología, un chico de la generación Z, de 14 años vino en mi auxilio, me enseñó a hacer transferencias bancarias, a comprar en línea, bajar aplicaciones, fue en ese momento cuando me di cuenta que tenía un atraso tecnológico de 46 años, la diferencia entre nuestras edades. Elegimos el mejor teléfono y el pedido llegó a los dos días a través de una empresa mundial en mensajería, una de las que aumentaron enormemente sus ganancias a partir de este padecer. El siguiente cambio, instalarle a la computadora de escritorio todo los paquetes necesarios y aplicaciones para hacer eficiente mi tarea docente porque eso de mandar los mensajes por WhatsApp escribiendo de a “*dedito*” por el teléfono móvil resultaba una tarea interminable y engorrosa. Le siguió comprar una silla de oficina giratoria con su respectivo cojín anatómico porque no aguanté más de ocho horas sentada

en una silla del comedor; más que gozo por la docencia, era un castigo inquisitorio por afirmar que la tierra gira alrededor del sol .

Curso urgente de Educación Física para la docente. En la primera etapa de la emergencia, mediados de abril, salí por primera vez al banco. Para entonces la pandemia estaba en aumento, decidí caminar en lugar de tomar un transporte público, sólo alcance a llegar a la primera esquina porque mi respiración estaba muy agitada por el cubre boca y nariz pero más por el miedo que cargaba, tuve que detenerme para tomar aire y valor para llegar a mi destino. Antes de la pandemia estaba acostumbrada a caminar tres kilómetros diarios pero ese día, unos cuantos pasos me provocaron taquicardia y entumecimiento de mis piernas, mi cuerpo evidenciaba el sedentarismo pandémico de la cuarentena; el temor al virus me había atrofiado algunas partes de mi cuerpo y mi alma.

Seriaciones matemáticas. Dos meses después del primer caso de la Covid19 en México, el 30 de abril, el número de enfermos aumentó exponencialmente, alcanzó un total de 19,224 casos y 1,859 fallecimientos. Ni para cuándo regresar a las aulas.

Fue entonces que empecé a marcar en un calendario el número de personas contagiadas y lamentables defunciones (bueno así lo sigue diciendo el Dr. Hugo López-Gatell en sus conferencias sobre salud), tratando de encontrar una lógica, un patrón de aumento, una media, una moda o por lo menos el consuelo de que pudieran declinar las líneas de las gráficas. No obstante, como en las seriaciones que les enseñamos a los niños para agilizar su cálculo mental y aprender a sumar en función de un número de manera mecánica, éstas iba de más a más, no había algoritmo alguno, sólo estadísticas en incremento. Eso sí, recordé las lecciones de probabilidad y estadística estudiadas años atrás en la universidad y, aproveche el repaso de 19:00 a 20:00 h. para aprender epidemiología. Ilusorio consuelo para evadir la desoladora realidad. Después deserté de esa asignatura y ahora tomo clase de baile durante esa hora.

Actividades cívicas y sociales. No celebramos el día de la Nacionalización del Petróleo, no hubo bailables para festejar la entrada de la primavera ni vacaciones de Semana Santa en alguna playa, tampoco día del niño y la niña. La pandemia me robó todo el mes de abril, al estilo de Joaquín Sabina. Tampoco festejamos el día del trabajo, mi cumpleaños ni el día de la Santa Cruz (bueno este no, porque la escuela pública es laica), menos recordamos el festejo de la Batalla de Puebla. El 10 de mayo, valió, el día del maestro y la maestra también. Lo que más resentí fue no asistir al evento que organiza el Sindicato de Maestros del Estado de México cada año, sólo me quedé pensando: ¿dónde fue a parar el dinero que se ahorró al no realizar la super fiesta con motivo de nuestro día?, además, el sindicato me quitó el chance de sacarme un auto en la rifa, ¿cómo pudo sucederme a mi...?

Aprende en Casa I. El programa *Aprende en Casa I* se produjo con conductores, actores y músicos con acento español de España, voiceo argentino y chileno, con vocablos peruanos o cubanos. Bastante tenemos con nuestra diversidad lingüística y regionalismo y todavía lidiar con palabras como vídeo para video o coger para referirse a acercarse algún objeto; gamba, pillo, grifo, tiza, pegatina, bus, zapallito, cola refiriéndose al pegamento blanco. No creo que el alumnado las haya entendido menos consultado el diccionario para saber a qué se referían; en ese desacierto se perdieron tres meses.

Calificaciones y cierre de libros. Evaluar a las alumnas y alumnos para el tercer trimestre bajo una pandemia resultó complicado. Me pregunté, con la emergencia sanitaria encima y el fin de cursos después, los alumnos y alumnas, ¿estarán en condiciones de atender los temas sólo con videos y animadores tipo coaching?, ¿los chicos entendieron los contenidos que se les presentaron a través de la televisión? Luego, evaluar aprendizajes, ¿qué?, ¿cómo?, ¿para quién?

Ciclos solares y lunares. Sólo me di cuenta que había cambiado la estación cuando necesité sustituir las chanclas de baño por sandalias y más tarde por zapatos bajos de casa, remplazar el bermudas por una falda y en noviembre por pantalones deportivos y calcetas. El tiempo no se detiene aunque se perciba relativo, el calendario escolar cambió, la temperatura, las mudas de ropa y junto con ello todos nosotros aunque no nos hayamos dado cuenta. Eso sí, esto va para largo. Tampoco ahora hay certezas ni siquiera de cuándo los docentes recibiremos la vacuna, lo que sí está cerca es la segunda primavera de esta pandemia, esa llegará sin que nadie se lo impida.

Cifras y más cifras. El dato de 40 mil defunciones llegó en junio al igual que el término del Ciclo Escolar 2019-2020, contra toda predicción de que este número sería el pico más alto; los contagios y muertes siguieron aumentando. Para completar el cuadro, un temblor de 2.9 escala de Richter nos obligó a salir de nuestras casas o departamentos atendiendo la sana distancia, entre todos los vecinos nos reunimos en las canchas, en bata de baño, pijama, descalzos o con chanclas pero eso sí, con cubre boca y nariz.

Lo único que me consoló fue que mi hijo terminó su tercer año de secundaria satisfactoriamente, yo concluí un pendiente de una segunda carrera pero sin ceremonias. Eso sí con pérdidas monetarias referentes al adelanto dado para la graduación.

Preparativos para el nuevo Ciclo Escolar. Inspirada en las decoraciones de aula-hogar que hicimos todos los profesores para recibir a nuestros alumnos al Ciclo escolar 2020-2021, se me ocurrió cambiar de lugar mi pizarrón y mi tablero de notas del estudio. Calculé milimétricamente cómo podría sostenerse la cámara del celular

y la digital de mi hijo para hacer las grabaciones. Recorté las letras: Bienvenidos “bien” grandes y grabé un caluroso discurso de inicio de clases a distancia del Ciclo Escolar 2020-2021. Hasta me puse faja y un vestido que ya tenía más de un año guardado y no había tenido ocasión de estrenar.

La indicación que dieron las autoridades educativas fue continuar con el mismo grupo del ciclo anterior; sus pros y sus contras, sobre todo cuando hay algún niño o niña que, por alguna circunstancia no pudimos superar el reto de que lograra los aprendizajes esperados. Así fue, el destino me alcanzó, entonces me convertí en alumna que tenía que repetir grado hasta alcanzar la enseñanza esperada.

Aprende en Casa II. Fue histórico empezar un ciclo escolar a distancia, todo mundo expectante con mucho ánimo y también con limitaciones tecnológicas pero le entramos. Más de un millón de docentes y más de 30 millones de estudiantes, los de educación básica y educación media apoyados en el Programa de *Aprende en Casa II*, remasterizado.

La mascota del grupo. En el salón de clases de la escuela se me quedaron todos los personajes de *Toy Story*, muñecos que me servían para llamar la atención de los niños y niñas o para incentivarlos cuando andaban bajos de energía y pudieran llevarse alguno a su casa el viernes si le ponían empeño en la semana. Para este año escolar me conseguí una nueva mascota del grupo, el Po Yoyo, un muñeco de peluche obtenido en una tómbola de la kermés de la iglesia de mi barrio, un joven gallo, al que le até en una ala un maravilloso yoyo de madera de Michoacán y quedó rete chulo, le saqué foto y se convirtió en la imagen para el chat del grupo y del Facebook.

Al Po Yoyo, le conseguí su ajuar, bolsa, gorros, bufanda, cubre pico y zapatos, objetos que tenía guardados de mi hijo cuando era bebé. El pollo ha participado para hacer varios videos: Cómo usar el "cubre pico", cómo seguir el protocolo de higiene antes de entrar a la casa, reflexiones acerca de las emociones y vida saludable. El Po Yoyo aparece cuando veo que los niños y niñas están callados, porque se les enfermó o murió algún familiar, cuando no han visto a su papá o mamá durante tiempo o cuando se quedan solos mucho tiempo en casa y requieren de una broma que les saque una sonrisa. Yo soy parte del grupo y también he necesitado de Po Yoyo para reírme un poco de lo que digo.

Formación docente. Al inicio del confinamiento pensamos que sería una cuarentena atravesada por días festivos, vacaciones y podríamos aprovechar para tomar cursos y conferencias en línea. Debo reconocer que los primeros meses entré con mucho entusiasmo a los cursos de formación, era como tener meses sabáticos, en casa y con sueldo pagado, después, los cursos fueron obligatorios, unos con

carácter formativo como *Aprendizaje en línea*, *Neurodidáctica*, *Manejo de plataformas educativas*, pero después, fueron obligatorios como si quisieran especializarnos en Covid-19 o tal vez pensaron que con ello los docentes podríamos, a distancia, aminorar lo inminente, bueno todos sabemos que éstos formaron parte de las estadísticas de las autoridades educativas: tantos y cuántos profesores capacitados.

Vino el hartazgo ya no queríamos más cursos y cuanta vez que pude los evadí, para qué me servía *Administración* o *Gestión directiva*. Todos sabemos que lo urgente fue y es contener las emociones de nuestro alumnado y que ellos tengan la conectividad, no saber administrar una escuela. En fin, así las cosas. Eso no significó que me metiera a conferencias de excelentes docentes, mujeres y hombres destacados, críticos y comprometidos, incluso profesores míos en la maestría.

Honores a la bandera. Para el mes patrio, encontré una bandera grande arrugada dentro de un cajón del trinchador. Ni siquiera logro acordarme cuándo o por qué la compré, a mí ni me gusta el fútbol, pero al lado del pizarrón, ya planchada, quedó como si fuera el lábaro patrio que está en la Dirección del plantel y adornó muy bien el tema patrio. Un día lunes les reproduje en audio el Himno Nacional a mis alumnos y alumnas, muy lindos, vi como saludaron a la bandera.

Enseñanza situada. En cada familia ha habido contagios y pérdidas por la Covid-19, nadie estamos exentos de ello. En mi grupo de niños se ha dado por periodos, sus madres y padres son más jóvenes que yo y han salido adelante, cuándo mis alumnos y alumnas lo han mencionado en tiempo pretérito me da gusto que reconozcan la victoria de los cuerpos y mentes de sus seres queridos, eso habla de que en esas familias hubo ejemplo de fortaleza y celebrarán la vida cada vez que festejen algo. En otras no ha sido así y se nota cuando se ausentan, no entregan sus trabajos y les escucho apagados, es entonces que me esfuerzo por encontrar algún punto del tema para animarles, sacar lo mejor de ellos para que sigan su proceso o mínimamente que se den cuenta que en la adversidad están aprendiendo algo y se reconozcan valiosos o valiosas.

Educación socioemocional. Algún día de esos buscando una foto para ilustrar temas de español e historia, recordé que tenía fotografías junto a la pirámide de Calixtlahuaca en el Estado de México, cuando a mis 23 años me dio por viajar sola "de a mochilazo". Estaba segura que estarían en una carpeta que decía soltera-viajes, sí, ahí estaba el álbum y también algunos familiares, amigos y conocidos que la pandemia se los llevó. Sí, mis contemporáneos, los que ya murieron y yo viva. Esa noche fue la más oscura, sí, cuando el insomnio me apretó y no me dejó descansar, nada tenía sentido. Levanté el teléfono, marqué a los servicios de emergencia psicológica, estaba desesperanzada, no fue sorpresa, traía pesares

que no podía decir a nadie, era incertidumbre de no saber cuándo terminaría esto. Preguntas existenciales como: ¿Qué les va pasar a mis alumnos?, ¿qué va pasar con los jóvenes, con sus ganas de salir adelante?, ¿qué destino le espera a la humanidad?, esa madrugada lloré, lloré desconsoladamente, todavía recuerdo la voz de la joven que me atendió, puse mis palabras en sus oídos, escuchó pacientemente hasta que saqué el dolor emocional guardado por tres meses, fueron cerca de tres horas.

Fiestas decembrinas. Para la temporada navideña utilicé otro objeto escondido, coloqué una piñata pequeña que nos habían dado a los maestros en 2019 en un restaurante de los tecolotes, bueno eso de que nos dieron fue un decir. Una profesora concluía su interinato en la escuela y se le festejó, por acuerdo pedimos chamorro de cerdo y unas bebidas, de regalo nos entregaron una piñata pequeña, muy lindo todo pero la cuenta que pagamos cada uno con su respectivo 16 % de propina a la mesera, fue cerca de \$700.00 cada uno, éramos más de 20 personas, salimos con la sensación de que habíamos pagado el equivalente a poco más de dos días de salario o la despensa semanal de nuestra familia. El chamorro y piñata más caros de mi vida. Creo que por eso escondí la piñata para no ver el despilfarro y amargo sabor de boca de ese convivio. La piñata se hizo presente para decorar mi "salón de clases", cada vez que la veía intentaba cobrarle algo de dinero. El último día del año de coraje la rompí; sólo fue utilería como muchas cosas inútiles de la vida.

Aprende en Casa III. Ya en enero empecé a ver algo de mejora en los programas televisivos. No cabe duda que somos un pueblo con mucha creatividad que está en proceso de hacer visible a sus pueblos indígenas y afromexicanos. Existen muchos compañeros docentes con cualidades extraordinarias y con prácticas docentes que han tenido la oportunidad de compartir al magisterio del todo el país sus mejores estrategias al asistir a los programas de televisión. Sobre todo en Historia, Geografía, Formación Cívica, Educación Física y en las clases de Artes, bastante mejor que las de la primera temporada, nos han acercado, a lo que por tantos años nos habían negado los anteriores gobiernos, nuestra identidad. Ahora a través de los programas de televisión podemos vernos como un México multicultural, plurilingüe y con una riqueza cultural inigualable; un ejemplo para el mundo. Gastar en educación realmente es la mejor inversión inmaterial y material. Espero que nuestros alumnos y alumnas les recuerden como quienes se preocuparon por mostrar un México que no le tiene miedo a los colores, a los sonidos, a las formas, a los olores, sabores ni a las palabras.

Operaciones mixtas. Reto 1. Si una familia de cuatro integrantes tiene ya 10 meses en distanciamiento social y sólo un integrante sale todos los días para ir a trabajar; otro cada tres semanas para ir a sacar dinero del cajero; otro sale una vez cada

cuatro semanas al médico y, uno más sale cada quince días para comprar alimentos; ¿Cuántas veces han cruzado el umbral de su casa? Reto 2. Si seis integrantes de una familia antes de la pandemia se lavaban las manos 6 veces al día y ahora se las lavan en promedio 14 veces al día cada uno, ¿cuántas veces se han lavado las manos en 10 meses? Reto 3. Si antes, a una familia, el recibo de luz les llegaba de \$450 cada bimestre y ahora les llega de 970 pesos ¿cuánto les aumentó la luz? y ¿cuánto han pagado de más en cinco bimestres?, ¿quién tendría que asumir ese costo de más? Operaciones mixtas con problemas complejos que da para reflexionar la economía, los hábitos, todo lo que trastocó la Covid-19 en las familias mexicanas y docentes, no sólo para practicar las sumas y las multiplicaciones.

Historia. Todos los profesores y profesoras sabemos que hay infinidad de videos en YouTube pero recurrir a ellos no es promover aprendizajes ni debemos dejar que quien lo produjo sea quien deba explicarles a nuestro alumnado, eso es ilustrar visualmente un tema. Es así que me di a la tarea de realizar mis propios videos. Un día necesitaba ubicar geográficamente las zonas culturales de Mesoamérica, se me ocurrió tomar un viejo y gran mapa, colocar encima las réplicas de figurillas de barro coleccionadas desde hace años en mis viajes a centros arqueológicos, correctamente en el lugar, con sus rótulos y fechas, inicié mi video de las distintas zonas. En Tabasco y Veracruz quedó la pequeña gran cabeza Olmeca que compré junto con una carita sonriente totonaca en el Tajín, lista quedó la gran cultura Olmeca. También encontré una figura de un Atlante de Tula de piedra caliza, quedó perfecta para la cultura Tolteca; una cabeza de mono, un chamán y unas cabezas con tocado de mis viajes a Oaxaca, correctamente colocadas, ilustraron las culturas Zapoteca y Mixteca; me encontré un perrillo colimense, esa para la zona del centro oriente y para los tarascos unas piedritas simulando un centro ceremonial; una pirámide vieja de yeso, de esas que se gana una en el tiro al blanco en las ferias, imitó muy bien a Chichen Itzá, de la cultura Maya en su gran esplendor; una daga de obsidiana que tenía para abrir cartas, resultó perfecta para mostrar la cultura Teotihuacana, para que no se viera simple le puse un silbato de jaguar hecho de barro de mi colección de juguetes mexicanos; las réplicas de guerreros y mujeres en relieve que había comprado afuera del Museo del Templo Mayor, sirvió para la cultura Mexica, claro le puse el calendario azteca que estaba dentro de un cenicero de cobre para que se mirara más representativo. Como tenía un llavero de un príncipe de Cacaxtla, pues adornó un hueco que quedaba por Tlaxcala. El video tomado con celular quedó muy conveniente para el tema, las modulaciones de voz le imprimieron emoción, sobre todo cuando dije que yo conozco esos lugares (bueno menos La Venta y el sureste porque el plan era ir el año pasado y no se pudo). En verdad me divertí mucho de hacer ese recorrido.

Ciencias naturales. El Reino Animal. Con la pandemia llegaron hasta la puerta de mi casa infinidad de insectos, mantis, grillos, abejorros, abejas, mariposas, escarabajos, pajaritos, que, atrapados, en el pasillo, hubo ocasión de sacarles foto, una nunca sabe para qué puede servir una fotografía de esos chiquitines. Algunas las utilice para saludar a los niños y niñas, para sorprenderlos al inicio de la clase para que vieran cómo son sus patas, para decirles que en algunos lugares se comen o son endémicos del Cerro de la Estrella que tengo a la vista.

Regularmente mostramos la naturaleza al alumnado a través de fotos que vienen en los libros de texto pero, mostrar una foto cerca de un bote de basura doméstico o tener como fondo el tabique de una barda o el mantel de la mesa del comedor es el realismo en pleno, y no tiene que competir con *National Geographic*.

También fue oportunidad para contarles que yo aprendí acerca de los animales y las plantas a través de las estampitas de los álbumes que vendían en la tienda de en frente de la escuela donde estudiaba y que llenaba con tanto asombro al descubrir especies insólitas y extrañas, así fue como conocí los reinos animal, vegetal, fungi y unicelular. Sin lugar a dudas la mayoría de los y las profesoras recurrimos a la creatividad, a la improvisación si no tenemos los medios, eso sí, con mucha pasión.

Ciencias naturales. El Reino Vegetal. Vivo en una Unidad Habitacional, de esas que todavía las hicieron con grandes espacios comunes: cancha, estacionamiento y áreas verdes. Todos los condóminos sabemos que las áreas comunes son de todos, algunos vecinos se toman muy en serio eso de que la tierra es de quien la trabaja y tienen sus sembradíos de jitomate, diversas variedades de chiles, hierbas para remedio y para condimentar, árboles frutales de manzana, durazno, higo, guayaba, limón, naranja, mandarina, magueyes, nopales y hasta una biznaga. Claro también plantas de ornato. Recuerdo bien que en una ocasión que no salí a la calle durante un mes, cuando bajé de mi departamento me encontré con una reforestación sorprendente, una vecina, de esas que canalizó su angustia por la pandemia hacia el reino vegetal, sembró semillas de calabaza, frijoles, chiles y maíz, resembró tubérculos y esquejes de todo tipo. Quedando muy bonitos todos los jardines de la Unidad. También saqué un par de videos mostrando los ingredientes para la sopa de milpa, para la clase de vida saludable; el complemento vegetal para un plato de frijoles; ensalada de nopales con pico de gallo, hasta para ilustré los problemas matemáticos como: ¿cuánto cuesta por persona un platillo vegetariano que incluye 5 ingredientes y el kilo de... cuesta...? Está de más decirlo, pero el conocimiento de las ciencias naturales, la historia, las matemáticas se transversaliza, y el bien comer puede ser barato.

Mamaestra. “Mamaestra”, así nos dicen las y los niños cuando sabemos que nos quieren, cuando sus palabras confunden el objeto de su afecto. Sabemos el amor que les tienes a sus madres, abuelas o cuidadoras pero también es por cariño que nos dicen así, es muy parecido y se les agradece. Aún a la distancia mis niños y niñas me han llegado a decir mamaestra, pero este mote lo asumí a la inversa cuando mi hijo de 14 años empezó a preparar su examen de ingreso a bachillerato, yo mamá-maestra le ayudé con su estudio, aplicándole exámenes, comentando temas y buscándole guías de estudio que le ayudaran a integrar conocimientos. Y más todavía, cuando hubo de entregar decenas de productos de aprendizaje que le pidieron a distancia para calificarlo. Me coloqué en el papel de madre y pensé qué profes tan desconsiderados, cómo les dejan tanta tarea a los chicos y cómo los van a evaluar con estos trabajos a distancia. Me pasé horas y días enviando hojas y hojas escaneadas al correo de sus profesores y profesoras. Llegué a decir: “Yo trabajando y ellos cobrando” , igual como dijeron de mí algunas mamás de mis alumnos.

Los atuendos. En las clases —según se preste el tema— salgo con algún tipo de sombrero. Durante la pandemia lo he hecho con uno de exploradora acompañado de un chaleco color caqui estilo paleontóloga, cuando llegué al tema de las fuentes históricas y los petroglifos del Norte de México; de tipo norteño con rebozo el 15 de septiembre para dar el Grito de Independencia; de boina parisina y pulóver de cuello tortuga en la clase de artes plásticas con el tema de la pintura; otro con listón atrás acompañado de blusa bordada para la monografía de los mazahuas; en diciembre, un día que de plano tenía las orejas muy frías, use un gorro de borla y suéter de lana de Chiconcuac; un sombrero indefinido que me costó \$15.00, seguro era chino, con otra blusa bordada pero en punto de cruz para el 20 de noviembre; un gorro aplanado negro que imitaba muy bien al que usaba Cristóbal Colón y un tubo como catalejo, para el tema del Descubrimiento de América; una cinta de telar de cintura en la frente y un traje rarámuri para el Día de las Lenguas Indígenas; en la celebración Navideña un gorrito de Santa Claus con su respectiva bufanda blanca y; para fomentar la amistad el 14 de febrero, sólo con un vestido rojo. Nada fue disfraz ni ridículo, fueron atuendos, una debe mantener expectación en los niños y niñas, se emocionan, esperan que se les platique la historia no que se las lea, ellos quieren que se les actúe las historias y los cuentos no los duerman. Ya estoy pensando que atuendo me pondré el 8 de marzo, tal vez un sombrero de cubo recordando a las sufragistas o simplemente dejarme crecer el pelo y que me salgan las canas para que puedan reconocer que la vejez no es vergüenza, y que sólo estoy llena de experiencia.

"De pinta". Encerrados, ¿cómo irse "de pinta"? Tal vez los primeros seis meses de educación a distancia no se me ocurrió hacerlo, esos meses fueron de adaptación

pero los siguientes ya no. Todo tomó estructura, los horarios de entrada en línea, el tiempo destinado para revisar las actividades de los niños en la plataforma educativa o en las aplicaciones y las rutinas de las tareas domésticas. ¿Cómo no entrar a las clases sin poder salir de casa? Pues, lo hice. Mientras planeaba alguna actividad para mis alumnos y alumnas cambiaba de pantalla o entraba a otra ventana de Windows, viendo lo que fuera en Internet, pasear por los sitios donde se puede comprar en línea, recorrer los diversos "departamentos" de productos, y, para no gastar tanto me dio por jugar a comprar, finalmente si la oferta era por horas, al rato ya ni chance había de subirlo al carrito y en tanto me había divertido. Encontré una nueva manera de irme "de pinta", y para no hacerlo tan sin chiste, localicé sitios de viajes ecoturísticos, me dio por visitar lugares a los que seguramente nunca iré pero mis ojos se llenaron de distintos tonos de verde o azul, paisajes exuberantes con trinos de distintas aves. Otras veces me fui a los museos interactivos, nacionales y extranjeros, todo de manera segura, al de Louvre en París, viajé por las calles de Praga y Ámsterdam, fui a visitar un día completo el museo de Antropología en Chapultepec; hallé en línea películas que siempre había tenido ganas de ver y "asistí" a conciertos, galas o festivales musicales en cualquier parte del mundo. Una locura que me ha ayudado a lidiar con este confinamiento.

El patio de la escuela o la sala de la casa. Cuando mi hijo recibió su certificado de secundaria, la graduación fue en la sala de casa, ahí fue la felicitación, los abrazos y la comida casera especial para celebrar el promedio alcanzado. También sirvió de pista de baile para el vals de sus 15 años y escenario para la foto del recuerdo. Sentados sobre los sillones, lo he tenido cerca, muy cerca, conociéndole y reconociéndole todas sus capacidades, viendo series en Netflix de interés para ambos y compartiendo lo que su hormona le permite al momento. En ese ambiente fue donde le di ánimos días previos a su examen de ingreso al bachillerato, también donde lanzamos gritos de júbilo cuando le asignaron la prepa 6 de la UNAM. En tiempos de guardarse no se requieren más de nueve metros cuadrados porque la alegría y la felicidad se acomodan en cualquier espacio.

Educación musical. La música no ha faltado como telón de fondo en las clases. Cuando correspondió la cultura Mexica, Jorge Reyes con su música prehispánica; para el descubrimiento de América, música de la Edad Media; para el 15 de septiembre un popurrí de música mexicana; para el 20 de noviembre corridos de la Revolución y, para cuando veamos el Virreinato, no se me ocurre nada mejor que los videos que ya existen de eventos en grabados en el Museo del Virreinato en Tepetzotlán.

El ciclo de los seres vivos, la muerte. Murió solo, sin nadie que le tomara de la mano, sin nadie que alumbrara su camino con una palabra. El 20 de enero del 2021 murió mi vecino puerta junto a la de mi departamento, con él platicaba por las

mañanas, nos saludábamos o por lo menos sabía que estaba haciendo *home office* por las voces que alcanzaba escuchar tras la ventana. Ambos salíamos al balcón para tomar mejor la señal del celular y poder contestar las llamadas. Fue doloroso darme cuenta que uno puede estar bien a la mañana y en la tarde tendido en el piso, rígido llenando de angustia el ambiente. Ese día, su hermano, cuando estaba yo por entrar a una clase, llamó a mi puerta, ver a un hombre llorar ya dice todo, me pidió que verificara el hecho. El hermano en shock, luego yo y más tarde los demás vecinos. La presencia de la patrulla, el par de policías, esperar a la ambulancia y la funeraria, todo como radiación que se expande, los sentimientos rotos y la gran, gran preocupación de un posible contagio por la Covid-19. Esa noche la muerte llegó a mi puerta a avisar que el vecino había llegado al último tramo de su vida.

Empatía. A raíz de la muerte de mi vecino, como atestigüé su muerte y no hubo necropsia ni prueba de Covid-19, tuve que seguir todo el protocolo de confinamiento cuando se entra en contacto con persona sospechosa de Covid-19. Aunque mi hijo y yo tomamos todas las medidas para el caso, nos aislamos durante 10 días, nos mantuvimos atentos a todos los síntomas y después, a hacerse la prueba para no contagiar a nadie. Durante ese tiempo no salimos ni a tirar la basura. No dormí en varias noches, las pesadillas me atormentaron, me salió herpes en los labios, me dio un tic en un párpado. Mis emociones muy encontradas, por un lado, satisfecha de haber hecho lo humanamente correcto y por otro haberme puesto en riesgo.

Uno llora por quien se fue pero también por una misma ante la posibilidad de irse pronto de este mundo y no querer irse. Aunque desde los primeros días de la pandemia empecé a dejar todos mis asuntos y papeles arreglados, esos días no fueron los mismos a los anteriores. De manera intensa reflexioné sobre la vida, la muerte, lo bueno y no tanto que he hecho en la vida, la gente a la que he ofendido y no le he pedido su perdón; 10 días y sus 10 noches de retiro necesario de cuarentena en enero. Entendí un poquito por lo que han pasado miles de personas en este tiempo tan oscuro.

Efemérides. Para el Día Internacional de las Mujeres y la Niñas en la Ciencia, 11 de febrero, les presenté al grupo una serie de fotografías de mujeres científicas mexicanas, expliqué la efeméride y organicé grabar con las niñas una felicitación a las científicas mexicanas. Mis niñas lo hicieron de manera sencilla pero con la sincera idea de que es posible seguir estudiando y, que cabe la posibilidad de dedicarse a ese campo laboral. Se me ocurrió que podría escribir a los respectivos departamentos de investigación, promoción y difusión de la ciencia o de género de la UNAM, UAM, IPN y CONACYT, comunicando que mi grupo escolar había hecho una felicitación para las científicas y un video que queríamos enviárselos, así lo hice. ¡Oh sorpresa! Nos respondieron de la UNAM y el IPN, a ambas instituciones les envié el video y una carta, el Politécnico nos invitó a su semana de mujeres en la

ciencia en un *webinar* en vivo, en medio de la pandemia, sí, se puede ser docente diferente y acercarse a las instituciones formadoras o promotoras de la ciencia para conectar a mis alumnas con una expectativa de vida diferente. Reprodujeron nuestro modesto video, fue una contribución de Ciudad Neza para el mundo científico y el ejemplo de las científicas en nuestras casas, en nuestras vidas.

Uno, dos, tres, por mí y mis compañeros. Esta convivencia a la distancia, me ha dado la oportunidad de conocer de qué están hechos varios compañeros y compañeras docentes, de saber más aspectos de sus vidas. Sé que tengo algunas compañeras que se esfuerzan pese a que han pasado por situaciones difíciles y trágicas, por trances personales complicados y amenazadores y un compañero que reflexiona más allá de lo que mira en la pantalla de la computadora.

Sé que no se han doblegado y han cumplido con su vocación magisterial de manera comprometida. Han hecho lo posible y lo imposible por acercar el conocimiento a sus alumnos y alumnas, han dado lo mejor de sí, incluyendo recursos personales económicos, su tiempo y su ejemplo. Los resultados se reflejarán sin duda, y, el recuerdo de sus alumnos los hará eternos, estoy segura, por ellas y ellos, ¡salvadas y salvados! En el camino se nos adelantó una maestra de mi plantel, a ella, en el pase de lista un: "Presente".

Evaluación formativa. En el mes diez de distanciamiento social, empecé a ver que mis amigas subían en su perfil de Facebook moños negros en señal de que algún pariente había fallecido, también los había en los perfiles de las madres y padres de mis alumnos y alumnas. Sin duda, el nombre de muchos conocidos y contemporáneos estaba tras esa imagen. Tuve la sensación de que todo sobraba, los libros en el estante, los CD, la ropa en el closet, los zapatos, sí, esos que se pone una sólo para las galas y que acaban por nunca más pisar el suelo y no resultan útiles para pasar "al otro lado del río" cuando se hace el viaje que cada quien sabe a dónde. De nada valen los trastos de cocina recién comprados porque en el 2021 tampoco hubo cena de Navidad ni de Feliz Año Nuevo en familia extensa. Me empezó a dar pesadumbre saber que varias amigas del alma se habían enfermado y estuvieron librando dura batalla contra la enfermedad o quedaron con secuelas. Empecé a querer tener el virus dentro de mi cuerpo para demostrarme que una vez conmigo ya no volvería hacerme daño, pero eso no sucedió; sigo con la zozobra.

Evaluación sumativa. Ahora once meses de confinamiento, se me han borrado los callos de los dedos de los pies al dejar de usar ciertos zapatos; se me desaparecieron las manchas de sol de la cara, como por arte de magia; me la he pasado más cómoda al usar corpiños; aprendí a cortarme el cabello y a usar la máquina de corte de cabello con la navaja del 3 para hacerle su modelito de brócoli

a mi hijo; como más verduras, tengo la práctica de reciclar todo cuanto sea posible. No dejo de asombrarme cuan consumistas somos en este sistema neoliberal y globalizado. Si antes había una normalidad de consumo, la verdad que no me gustaría regresar a ella teniendo el anterior grado de irracionalidad.

Las tablas de multiplicar y las equivalencias. Los profesores sabemos que no es preciso que los niños y niñas aprendan las tablas de multiplicar de memoria, sin embargo sí les ayuda a agilizar el cálculo mental cuando tienen que realizar alguna operación sin necesidad de escribirla. Lo más ilustrativo es enseñarle al alumnado el porqué es más rápido multiplicar un número por otro en lugar de sumar varias veces el primero, o, cómo es que 4 por 5 es igual a 5 por 4, eso es fácil enseñar. Sin embargo tuve problemas cuando no me salieron los resultados en las equivalencias, traté de recordar cuánto medía mi salón de clases, afortunadamente la mayoría de las aulas en el país tienen las mismas dimensiones, es un estándar que se maneja desde hace años pensando en las condiciones adecuadas para un determinado número de alumnos en un espacio que les resulte cómodo y visualmente aceptable para ver el pizarrón. Recordé que el piso tenía cuatro cuadros de aproximadamente dos metros cada uno de ancho y tres cuadrados de 2 metros de largo; es decir, seis por ocho metros, 48 metros cuadrados. En esas dimensiones nos movemos, es el espacio donde se coloca en las paredes las normas de la clase, las imágenes con el tema del mes, alguna consigna valoral, mapas u otro recurso necesario para el tema semanal, incluyendo trabajos del alumnado, pero ahora mi departamento, todo él sirve de aula. En la estufa de la cocina se ha producido el ciclo del agua y la higiene de los alimentos y la preparación de comida saludable; la mesa del comedor es el soporte para cuanto foto saco de ilustraciones y objetos; producir mis videos como aquel cuando explique cómo cruzaron por el estrecho de Bering hacia el continente Americano los primeros pobladores americanos; un tapete de Oaxaca ilustró muy bien el arte contemporáneo con un reproducción en lana del cuadro "Perro frente al sol" de Miró y una acuarela de Beatriz Gaminde para el arte abstracto. Y qué decir del baño, para la descripción del lavado de manos, la necesidad de usar el cortauñas, el cepillo de dientes y el baño corporal lo más seguido posible. La recámara como ejemplo de espacio para la relajación en tiempo de ansiedad o angustia y dormir ocho horas mínimo, la alcoba que me sirve de estudio, donde están mis libros y materiales didácticos, mi laboratorio didáctico, ahí tengo el teléfono fijo, el móvil, la computadora, la impresora, la cajas de materiales y de papelería, el tablero, el planificador y el pizarrón con todos sus útiles escolares, sin faltar marcadores de colores para pizarrón blanco y el borrador.

Pero, sigo teniendo un problema, las cuentas no me salen, mi salón de clases mide seis por ocho y mi departamento mide siete por ocho, sin embargo, ambos son mi aula. La pandemia desafió cualquier tabla de multiplicar e igualó lo inimaginable.

La maestra que llegó por donde no pasó Dios

Carmen Llamilet Martínez Ruiz

Hola, mi nombre es Carmen Llamilet Martínez Ruiz, tengo 24 años, actualmente presto mis servicios educativos en dos comunidades de extrema marginación en el estado de Oaxaca, así mismo estudio en la modalidad a distancia la carrera de “ingeniería en Agricultura Sustentable y Protegida”, aunado a diplomados que estoy tomando mediante el programa de becas de “Santander”, “CONDUSEF”, “Fundación Carlos Slim” y FIRA (Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura).

Oaxaca es un estado en donde la educación es escasa, debido a las múltiples suspensiones y “paros” que se llegan a presentar durante todo el ciclo escolar de un alumno, al comenzar la pandemia, la suspensión de actividades escolares en todo el estado de Oaxaca estaba por marcar un “antes” y un “después” bastante devastador para las comunidades estudiantiles, ya que aunque las clases se fueran a transmitir “en línea o programas televisivos”, Oaxaca se estaba enfrentando a un rezago que nadie estaba tomando en cuenta en sus 570 municipios, en donde la mayoría de ellos no cuentan con luz y agua, mucho menos iban a contar con un servicio de “internet” o “televisión”. Fue así como tomé la decisión de dividir mi tiempo entre la universidad, mis certificaciones y las comunidades que pensaba atender.

El miedo a viajar en plena pandemia y llegar a contagiarme era muy grande, pero eran más las ganas que tenía de compartir mis conocimientos con los jóvenes de nivel secundaria, de ayudarlos a no quedarse en el olvido, a motivarlos para perseguir sus sueños y metas a pesar de la pandemia. Al iniciar del ciclo escolar 2020-2021 tomé la comunidad de “Campo Nuevo” perteneciente al municipio de San Miguel Coitan del Distrito de Miahuatlán en el estado de Oaxaca. El primer día estaba muy emocionada de conocer a mis futuros alumnos, conocía sus nombres y respectivos grados escolares, pero no conocía los rostros de la generación del mañana, estaba tan emocionada que no me asusté cuando mencionaron que no había transporte directo para llegar a la comunidad, inmediatamente pensé:

–Tengo pies y puedo caminar, si no hay transporte–. Pedí por favor que me mostraran el camino que debía de seguir para llegar, y pregunté un aproximado de horas que tendría que caminar, las personas del municipio me miraban con desaprobación y reían, porque decían:

“–No maestra mejor regrésese a la ciudad, este no es un lugar para usted–

Pero sus comentarios no me detuvieron, empecé a caminar y conforme transcurría la primera hora me adentraba al camino más profundo y solitario que se puedan imaginar, mi alegría comenzaba a desaparecer poco a poco, y las dudas comenzaban a invadirme, preguntándome seriamente si estaba yendo en la dirección correcta, las horas se me hicieron lentas, dos horas parecían una

eternidad, así transcurrieron tres, luego cinco, luego siete; la noche comenzaba a caer, el cielo se estremecía, la noche se estaba aproximando, el cambio era tan solitario que en todas esas horas de camino no vi una sola casa, me preguntaba si realmente había escogido el camino correcto. Había contado ocho horas aproximadas, cuando de repente llegué a un río sin puente, el miedo comenzó a invadirme ya que noté, que no había puente alguno y si quería seguir el camino tenía que cruzar el río, sin embargo no sé nadar y el miedo a cruzarlo a oscuras y no saber que animales pudieran vivir en las aguas, me hicieron comenzar a temblar, pero solamente tenía un pensamiento y era “tengo que llegar, tengo que llegar“. Me saqué mi ropa y comencé a cruzar el río con ayuda de un bambuco el cual me sostenía, sentía sobre mis pies como los cangrejos me mordían, al cruzar al otro lado del río, mi satisfacción fue muy grande, por fin estaba del otro lado, lista para seguir emprendiendo mi camino.

Sin embargo, estaba agotada, tenía ampollas en los pies, el estómago me lloraba de hambre y me sentía perdida, no había a quien yo pudiera preguntarle si iba por el camino correcto, mientras seguían transcurriendo las horas se volvía más oscura la noche, así que seguí caminando más de prisa, cuando entre las faldas de un cerro a la distancia se observaban pequeñas luces, y fue ahí donde pensé: “he llegado”.

Apresuré más mi andar, olvidé el dolor de las plantas de mis pies por las ampollas reventadas, hasta que comencé a correr. Al aproximarme, encontré una pequeña casa, donde alegremente grité: –Buenazas jocheéis– Hasta que salió una señora muy joven y guapa y me preguntó que deseaba, le comenté que era la maestra que iba a enseñar en la comunidad, se le formó una gran sonrisa en su rostro moreno y me invitó a pasar, amablemente se ofreció a darme de cenar y me dijo que aún faltaba tiempo para poder llegar a la comunidad, en donde se encontraba la escuelita y mis alumnos; me invitó a pasar la noche en su humilde casa a lo que accedí de forma rápida, por el agotamiento que cargaba. Había olvidado lo que era comer con hambre, había olvidado lo que era sentir frío, había olvidado lo que era saborear la comida, había olvidado el olor a tierra mojada, había tantas cosas que había olvidado en la ciudad y que en un solo día recordé.

Al siguiente día me levanté muy temprano, aún estaba oscuro, quería llegar puntual a la comunidad para comenzar las clases con mis alumnos, la señora muy amablemente me preparó un “itacate” para el camino. Al llegar a la comunidad, me presenté con los padres que me encontraba en el camino, la noticia que había una maestra en la comunidad se había esparcido muy rápido y en menos de lo que canta un gallo mis alumnos ya se encontraban en la escuelita, aseados, contentos, con unas ganas inmensas de aprender. Era tanta mi sorpresa, mi alegría y una combinación de sentimientos que no recordaba que no había señal telefónica, el tiempo se detuvo, no recordaba que tenía que avisar a mi casa que estaba con bien.

Esa fue mi primer semana en la comunidad, lejos de la señal telefónica y el internet, lejos del smog de la ciudad, de la contaminación auditiva, levantándome con el cantar de las aves, con la música de la lluvia, comiendo tortillas recién salidas del comal. Esa semana dormía hasta tarde intentando dibujar, crear juegos, dinámicas para que mis alumnos se interesaran en las matemáticas que tanto odiaban, fue una semana muy alegre donde creció con más fuerza mis ganas de poner un granito de arena a su educación.

Al llegar el día viernes, empecé a hacer memoria del camino que había recorrido para llegar a la comunidad, ya que era el mismo que tenía que recorrer para llegar al punto donde había comenzado mi travesía. Un padre de familia muy amablemente se ofreció a hacerme compañía durante el camino, para mostrarme el mismo camino que tenía que recorrer, en caso que decidiera regresar a la semana siguiente. Antes de irme mis alumnos decían: “maestra, no nos vaya a olvidar”, “por favor maestra, regrese la semana siguiente”. Me despidieron en medio de abrazos y elotes. A lo que yo les prometí “regresar”, no les miento el camino era bastante agotador, el padre de familia solo pudo acompañarme durante tres horas de camino, ya que era bastante mayor y se notaba en su rostro que el agotamiento lo estaba matando, así que proseguí sola en mi andar, me tiraba en medio del camino a descansar, cada ruido que escuchaba decía “no es nada, tú sigue caminando”, me invocaba a Dios y a los mismísimos ángeles para que no me sucediera nada; lloré y lloré por todas las emociones que se estaban mezclando en ese momento en mi pecho, pero limpié mis lágrimas y seguí, seguí en medio de la lluvia, seguí en medio de la soledad, seguí en medio del frío, seguí en medio de la noche, hasta que encontré una pequeña cueva donde pasé la noche, el sueño me venció, el frío me invadió aquella noche, pero era tanto mi agotamiento que lo recuerdo por escasos momentos, a la mañana siguiente escuché ruidos de un carro cercano, empecé a caminar más rápido y en efecto, había un carro de la Comisión de Luz. Ahí, mis ojos se llenaron de alegría, mi corazón palpitaba demasiado rápido, y grité al señor que por favor me esperara. Él se había asustado porque el camino era bastante desierto y nunca se imaginó encontrarme en él. Decía que en ese lugar “no paso Dios”, amablemente accedió a llevarme y durante el camino platicamos muy amablemente que había encontrado al cruzar esos cerros que se miraban en el horizonte tan lejano.

No les voy a mentir, más de una vez tuve ganas de darme por vencida, pero fueron más las veces que me levanté y dije “voy a regresar”. Cada día que tenía que viajar era agotador, pero me llenaba de satisfacción saber que mis alumnos estaban agradecidos de verme regresar cada vez. Al llegar agotada a la ciudad, veía mis clases grabadas de la universidad, reponía todas y cada una de mis tareas, avanzaba con las que me faltaban por entregar, estudiaba para la clase siguiente,

investigaba, mientras algunos dormían a mí me tocaba estudiar tres veces más, para entender, para no perder mi clase, para seguir haciendo lo que tanto me gustaba. Y así pasaron seis meses, medio año ya, desde que me encaminé por primera vez a “Campo Nuevo” con once alumnos con historias que contar.

Mientras algunos maestros se las ingeniaban para hacer que sus alumnos se conectaran a sus clases en línea mediante su celular, su tabletas, computadora o su laptop, yo me las tenía que ingeniar para que nada malo me sucediera durante mi camino, yo me invocaba ante un Dios para que me protegiera, yo me las ingeniaba para cargar el material que iba a ocupar durante mi estancia en la comunidad.

A veces mis alumnos no podían ir al escuela por la lejanía de sus casas, porque el clima no lo permitía, pero nunca me rendí, durante estos seis meses, nunca ha estado en mi mente abandonarlos, rendirme y no regresar. Siempre he buscado una motivación para seguir. Fueron muchos los días de miedo, por cruzar el río, cuando las torrenciales lluvias llegaron, me preocupaba que mis alumnos tuvieran que ser los que cruzaran el río y me pregunté ¿una vida por diez? ¿O, diez vidas por una? Así que me armé con todo el valor que podía haber en 1.38 cm de vida y le dije a mis alumnos: “si mañana amanece lloviendo no vengán, no se desesperen por la hora, seré yo la que llegue a sus casas, les prometo que me verán llegar”. Y no les fallé, ahí estuve, en once casas diferentes. Empezando a caminar a las 6 de la mañana para llegar a la primera casa y culminando aproximadamente a las 8 de la noche con mi último alumno. Durante seis meses, sus ganas por salir adelante han alimentado y nutrido mis ganas por seguir aportándoles mis conocimientos; cada domingo que tenía que partir de casa era difícil por mis padres, pero siempre los convencía que el sábado de la semana siguiente estaría de vuelta con ellos, sana y salva. Ellos dicen que me han notado sin miedo, que admiran mi valentía, lo que ellos no saben es que no ha habido ni un solo segundo de mi vida que no tenga miedo, quizás a contagiarme y contagiarlos a ellos, a pesar de todas las medidas de higiene que tomo para cuidarme, ellos no han notado esos centímetros de miedo en mi rostro, por ser “una más, que no regrese a casa”, pero el miedo siempre ha estado ahí, lo he disfrazado, lo he maquillado pero no lo he disuelto.

Todos mis alumnos tienen nombres que he grabado en mi mente, he grabado las profesiones que desean ejercer, grabado sus gustos y disgustos, sus canciones favoritas, sus sobrenombres, he grabado sus comidas favoritas, he grabado sus risas he grabado sus palabras de agradecimiento, he grabado esas ganas que tienen de comerse un libro, de saber más y más.

Cada una de esas cosas, recuerdos, momentos, experiencias, las he grabado y las he tatuado en mi mente, en mi corazón, para tener la valentía de regresar la semana siguiente.

Durante los viajes que emprendo cada semana, me ha tocado ver y conocer la perspectiva de las personas que voy encontrando en mi camino, personas que no cuentan con una televisión, con un celular, con luz, con agua o lo indispensable para sobrevivir, me ha tocado sentarme en el piso, dormir en el frío en una pequeña casa de carrizo, pero también me ha tocado irme con el corazón contento, porque si ustedes vieran a mis alumnos como los veo yo, entenderían de dónde sale esa fortaleza para caminar más de nueve horas para llegar a mi comunidad, saben, incluso yo, a veces no entiendo el raro poder que ejercen sobre mí esas once vidas que me han confiado sus ganas de salir adelante, a veces a mitad del camino, del cansancio, me llego a preguntar ¿cómo le he hecho para aguantar tanto tiempo? Y es que el tiempo se ha ido como agua.

Aún recuerdo cada detalle del primer día en que llegué, recuerdo todos y cada uno de los días que me ha tocado caminar, recuerdo fechas y lugares que me ha tocado crear, he llegado a la conclusión que a mis 24 años yo no soy su maestra, son ellos mis once maestros que me han enseñado más de lo que esperaba poder enseñarles a ellos.

Estamos a cuatro meses de concluir un ciclo escolar que ellos ya daban por perdido, estamos a cuatro meses de concluir un ciclo escolar que nos convirtió en personas diferentes, con modos de vida totalmente nuevos a los que estábamos acostumbrados; mis once maestros pensaban, que no llegarían a tener un maestro y a pesar que no ha sido fácil, puedo decir que no hay un solo día de mi vida en el que haya decidido arrepentirme, estoy segura que el día de mañana, cuando estén recordando el ciclo escolar 2020-2021, se les vendrá a la mente el nombre de la maestra, que nunca se quedó a medio camino, que siguió caminando y caminando para poder llegar hasta ellos.

A pesar de que ya transcurrieron seis cortos meses, las personas del municipio siguen viéndome con desaprobación, porque se preguntan: ¿Qué hace una joven de 24 años oriunda de la ciudad, pasando carencias para llegar a la comunidad más alejada? Y aunque he intentado responderles esa pregunta con mis acciones, estoy segura que se lo siguen preguntando cada vez que me ven pasar.

Mis pequeños once maestros se asustan cuando escuchan hablar del covid-19, porque, aunque “Dios” no pasó por su comunidad, el coronavirus sí lo hizo, el coronavirus llegó para enseñarles las cosas importantes que realmente valen en esta vida, y yo, yo llegué ahí para aprender a valorar mis pies que me han llevado hasta ellos, mis manos que han sido una herramienta más en su enseñanza, he

aprendido a valorar las fuentes de conocimiento que me han rodeado a lo largo de mi vida estudiantil. Ellos me enseñaron el verdadero significado de la palabra “extrañar” y “enseñar”, porque algunos pueden pensar que es muy fácil caminar y pararse frente a ellos, pero la realidad es que me ha costado horas de sueño, horas de camino, horas y horas y horas del tiempo que no volverá.

Mundialmente todos tuvimos que buscar nuevas formas de vida para acoplarnos al virus que es parte de nuestros días; mis alumnos, sus padres, mis padres, tus padres, y los padres de tus padres. Sin embargo, durante esta pandemia aprendí a seguir mis metas y sueños aun con todos los miedos del mundo. Esta pandemia me demostró que lo que me proponga lo puedo lograr, algunos piensan que estoy un poco loca por arriesgarme a tanto, porque si bien hacemos cuentas son aproximadamente doce horas de viaje las que tengo que seguir desde que salgo de casa hasta que llego con ellos, y al regresar a casa, a la semana siguiente, no me esperaba una cama cálida y una comida exquisita, me esperaban tareas, trabajos, clases grabadas y menos horas de sueño. En ocasiones me pregunto que me hubiera sucedido en esta pandemia si no hubiera tomado la decisión de enseñar, porque bien sé que no soy la mejor maestra del mundo, pero cada día en todas mis clases pongo el corazón y mis conocimientos para transmitírselos a ellos.

Me he llegado a preguntar qué hubiera sucedido si a la siguiente semana no hubiera regresado, porque era el miedo de ellos y aun a pesar de que ya pasaron seis meses que decidí ser su maestra, aún tienen miedo que yo no regrese, pero estoy dando todo mi potencial y el que me falta para seguir con ellos.

A mí también me da miedo el covid, a mí también me da miedo cuando empiezo a estornudar, a mí también me preocupa, pero estoy convencida totalmente que si llegara a enfermarme, sería porque decidí “no quedarme en casa y salir a enseñarle a los niños”, no porque me encontraba de fiesta, no porque me encontraba viajando, no porque no usaba cubre bocas... No, yo salí de casa, para enseñarle a los niños y para enseñarme a mí que una pandemia no puede frenar la educación.

Algunos pensarán que “los maestros no hacen anda” pero también hay “maestros que hacemos de todo” para llevar una gota de conocimiento a su sed de aprendizaje. A pesar que en las comunidades de extrema marginación no hay cobertura ni acceso a la comunicación, hay maestros que nos pusimos la camiseta y decidimos dejar “la comodidad del hogar a un lado”. Lo único bueno que podemos dejarles a las futuras generaciones es la educación, una pandemia no nos podía detener, quizás mucho, quizás poco, pero este ciclo escolar 2020-2021 lo recordaré toda mi vida, como el ciclo en que me puse a prueba a mí, a mis habilidades, a mis conocimientos y destrezas.

Oaxaca es un estado que es criticado fuertemente por los sindicatos que existen en el gremio magisterial, yo tenía miedo y aún sigo teniendo miedo del futuro que

depare a próximas generaciones por la poca educación que se ha recibido, por las múltiples suspensiones que han transcurrido, pero estoy convencida que el día de mañana, serán once vidas las que querrán seguir adelante, las que al ayudarlas no se dejarán vencer, y en diez años cuando me pregunten como viví la pandemia del 2020, pasará ante mi mente una película de recuerdos y los que me faltan por agregar en los cuatro meses que aún faltan para que culmine un ciclo escolar muy diferente a los anteriores.

Dicen que todos los alumnos tienen maestros que recuerdan por lo que han marcado y dejado en su vida y yo espero haber marcado un antes y un después en la vida de mis once alumnos, que algunas personas dirán que no son muchos a comparación de las escuelas que llegan a tener 30, 40 o quizás hasta 50 alumnos. Pero estos once alumnos me llevaron a querer ser mejor cada día, a cultivarme más, a aprender cada día algo nuevo para llegar a contarles, los nombres de cada uno de mis alumnos son la fuente de inspiración por la que sigo aguantando cada domingo y cada viernes doce horas de camino aproximadamente.

La pandemia por Covid-19 –estoy 100% segura– nos deja pocos o muchos aprendizajes a todos, yo pensaba que no podía ser maestra y alumna a la vez, pensaba que quizás mis esfuerzos no valdrían la pena, que solamente podrías ser “alumna” o maestra, pero que difícilmente podrías ser ambas, hoy que me encuentro escribiendo este texto, me atrevo a decir que sí se puede, que yo pude y si yo pude todos pueden, porque decidí ser amiga, alumna, hija, tía, mamá y maestra a la vez.

Aprendí que no hay sueño que esté tan lejos cuando tus ganas de ayudar son más grandes.

*Aventuras de aprendizaje y enseñanza durante el
COVID-19*

Ana Yantzin Pérez Cortés

Lo nunca antes pensado

Corría el mes de enero del año 2020, comenzaría el nuevo semestre, como siempre hice la calendarización del curso, imprimí mis listas de alumnos. En aquel momento, me percaté de que muchos chicos ya habían sido mis alumnos, la verdad esto me emocionó mucho, porque de nuevo compartiría con ellos otro curso, dentro de una licenciatura es raro tomar clase más de una vez con el mismo profesor, sin embargo, existe esa posibilidad conmigo, porque tengo la fortuna de impartir dos materias diferentes.

Llegó el primer día de clases, conocí a mis nuevos alumnos y también saludé a quienes ya conocía, comenzamos a trabajar, porque la química con los grupos fue muy buena, la sistematización con que cuento sobre los cursos me ayuda mucho, también la comprensión de ellos, pues al ser grupos de 60 o más alumnos es difícil calificar, dar seguimiento a cada uno, pero siempre tengo la fortuna de contar con la comprensión de los muchachos quienes sabes que al ser 240 personas, es muy complicado y pesado.

Ya teníamos un poco más de un mes de clases, también existía una buena dinámica en cada grupo; el trabajo también marchaba muy bien, sin embargo, comenzaron a escucharse rumores de paros de otras facultades, pensé que tal vez en algún momento nosotros también nos uniríamos a esto, no obstante, no ocurrió.

Se aproximaba una fecha muy esperada por los estudiantes el primer puente del semestre, sí un rico y merecido descanso de cuatro días, “¡qué bien, podré ir a mi pueblo y comer la comida que hace mi mamá”, escuché decir a un alumno, todo señalaba que serían unos días de asueto increíbles, en los cuales algunos disfrutarían con sus amigos y otros en compañía de su familia. Llegó el día jueves y nos despedimos, les deseé un excelente puente y para aquellos que regresarían a su casa les dije que se cuidaran mucho en su ida y su regreso. Después de eso ocurrió lo nunca antes pensado...

El inicio de una nueva realidad

El 10 de marzo del 2020 la Universidad de Harvard y la UCLA, cerraron sus aulas a las clases presenciales para cambiarlas por clases virtuales, debido a la pandemia provocada por el SARS-CoV-2, esta noticia apareció en distintos noticieros de la televisión abierta, así como en los encabezados de los periódicos. Ese hecho hacía cada vez más latente el destino de la educación en México.

El 16 de marzo del 2020 (corría el semestre 2020-2), fue un día feriado, de hecho un puente muy esperado por muchos. Ese día marcó un cambio radical en nuestra manera de impartir clases y de relacionarnos con alumnos o colegas. Por la tarde, llegó por correo electrónico un comunicado por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el cual se nos informó a alumnos y profesores la suspensión de labores presenciales no esenciales dentro de las instalaciones. No se nos indicó nada más. Todo era un caos. Me comuniqué con algunos colegas, por medio de Facebook, para saber si tenían más información, nadie sabía nada.

Mientras tanto, las horas corrían, los alumnos comenzaron a comunicarse conmigo, porque buscaban respuestas ante esta situación, claro, era imposible darles respuestas, cuando yo misma no las tenía. Todo lo anterior, ocasionó que la actividad académica fuera una situación aterradora y desorganizada, porque durante las dos semanas siguientes la facultad no emitía ningún comunicado sobre cómo íbamos a seguir con el trabajo, pese a esto yo sabía que debía continuar con el trabajo en mis grupos, pues creo firmemente que en estas situaciones se debe mantener la calma y mientras exista salud seguir con el trabajo, claro ahora debía buscar opciones para poder hacerlo.

Responder a la emergencia

Yo tenía previamente los correos electrónicos de todos mis alumnos (siempre hago esto para tener un medio, por el cual poder contactarlos por si ocurre algo inesperado a lo largo del semestre, ya sea a los alumnos o a mí), así que les escribí para pedirles que continuáramos con el trabajo de las asignaturas por este medio, ya que era la forma más rápida porque ya tenía registrados a todos los alumnos.

Tuve que pensar otros medios de comunicación para tratar de dar una atención más rápida y oportuna, les comenté esto por correo electrónico a todos mis alumnos, entonces algunos dieron la opción de grupos de WhatsApp, de hecho, amablemente, me ayudaron a crear los grupos en cada una de las asignaturas. Por mi parte, establecí horarios específicos dentro de las horas de clase para aclarar dudas de la siguiente manera: la primera hora de la sesión los alumnos mandarían dudas específicas sobre sus textos por correo electrónico y la segunda hora yo contestaría a las dudas.

Siempre me rebasó el número de dudas y correos recibidos, no me alcanzaba la hora destinada para dar respuesta a ellos, sin embargo, los alumnos comprendieron el gran esfuerzo que yo hacía siempre para poder atenderlos y fueron pacientes.

Debo de ser sincera, me sentía muy presionada, y tenía la sensación de no estar haciendo lo mejor, pero no sabía qué más hacer.

Entonces pensé que si surgían más dudas, después de terminado el tiempo para mandar preguntas por correo electrónico, me las podían mandar por WhatsApp, pues era un medio mucho más rápido para dar respuesta. Esta manera de comunicación funcionó bien para aquellos que tenían esta aplicación en sus celulares; en el caso de los alumnos sin acceso a este medio de comunicación, lo hicieron mediante mensajes de texto o vía celular, algunos otros por llamada telefónica de número local, lo importante era tener comunicación con todos los alumnos.

El desgaste que me ocasionó esto fue tremendo, pues primero debía hacer todos los materiales escritos, posteriormente mandarlos para que los alumnos pudieran expresar sus dudas al respecto de los temas tratados.

Para el mes de abril la facultad anunció que se impartiría un curso virtual sobre el uso de plataformas para todo el personal académico y administrativo, pero este daría inicio hasta el periodo intersemestral en el mes de agosto, pues la facultad necesitaba tiempo para poder crear un plan de acción ante esta situación. Con lo anterior, me quedó claro que ciertamente tendría que seguir pensando en cómo tratar de mejorar la comunicación con mis alumnos por mi cuenta, porque no tendríamos apoyo alguno de las autoridades en esos precisos momentos, la verdad, me dio mucho miedo y me hizo sentirme en una orfandad tremenda.

La institución proporcionó cuenta de correo institucional a todos los profesores de la dependencia para hacer uso de plataformas y así continuar con el curso, pero cada profesor era responsable de saber usarlas. En mi caso, durante mi estancia en el posgrado usé Moodle, así que pensé que podría utilizarlo. Esto me hizo muy feliz, porque pensé que tendría un medio más para acercarme a mis alumnos.

El fin de semana posterior a que nos proporcionaran la cuenta de correo institucional me di a la tarea de crear mi aula virtual. Estaba muy emocionada, trabajé durante 48 horas de forma continua, subí ejercicios, hice apuntes, hice dinámicas para trabajar por equipos, en fin, muchas cosas, yo seguía emocionada, pero de pronto desaparecieron. No supe cómo o qué hice, borré todo mi trabajo. Lo busqué por todos lados, investigué en internet qué había hecho, pero no encontré respuesta.

La verdad, me sentí enojada, frustrada y muy tonta. Además, en ese momento me di cuenta de que estaba sola. Recordé los viejos tiempos, cuando caminaba por los pasillos de la facultad, saludaba a ex alumnos, alumnos y a mis colegas. Podíamos platicar, aunque sea cinco minutos antes de comenzar mis clases, preguntar mis dudas a otras personas, en fin compartir breves charlas, pero grandes momentos.

Después de lo sucedido decidí no usar ninguna plataforma para continuar con mis cursos de ese semestre, no podía volver a invertir tanto tiempo y tal vez volver a perderlo, pues debía continuar con otras actividades como la revisión de los trabajos, crear los materiales restantes, pasar las calificaciones a mis listas, revisar quienes entregaban en tiempo y forma, quienes ya no daban señales de vida para comunicarme con ellos, pues quería saber qué pasaba con ellos.

Pese a todo el trabajo que tenía, me daba ciertos tiempos para comenzar a estudiar por mi cuenta distintas plataformas como Zoom, Meet, y Microsoft Team. No sé cuántas horas le dediqué a esto, sólo sé que fue de abril a septiembre, todos los días sin descanso alguno, porque en mi cabeza sonaba lo siguiente: “debo de dar un mejor curso para mis alumnos. Cuando estamos en modalidad presencial los observaba y detectaba si estaban tristes, enojados o distraídos, ahora, pero ahora no puedo hacerlo. No puedo seguir las redacciones que les solicito, ya sea en el ámbito literario o especializado. Cada día estoy más cansada, no obstante, nunca es suficiente lo que hago. En cuanto a las asesorías que imparto no pude continuarlas, porque eran presenciales y ahora no sabía cómo continuar esta actividad. Tenía que pensar rápidamente en qué iba a hacer. De nuevo el miedo y la frustración se apoderaron de mí.

En este viaje de aprendizaje que decidí emprender tuve descubrimientos y frustraciones, por ejemplo, dentro de los primeros estuvieron: 1) para Zoom se requiere más banda ancha de la cual tengo contratada y puedo contratar, así que no me funcionó para dar clases, pues se congelaba a cada rato, lo que ocasionaba que las lecciones terminaran por no entenderse bien; 2) en el caso de Microsoft Team, hacía cosas raras con mi computadora, posteriormente se congelaba, luego debía volver a reiniciarla para lograr que volviera a funcionar, así pues tampoco fue una opción para poder trabajar.

Finalmente, llegué al uso de Google Meet. Cuando comencé a explorarlo mediante tutoriales. Después de un tiempo me decidí por él. La teoría ya la sabía, pues ya la había estudiado, ahora necesitaba enfrentar la realidad, así pues decidí impartir un curso de 18 horas para ver cómo me iba. Lo promocioné en mi cuenta de Facebook dedicada a ex alumnos y colegas, esto lo hice para obligarme a trabajar en tiempo real sobre esta plataforma y aprenderla a utilizar en la realidad y no sólo desde un aspecto teórico, puesto que me quedó claro que no podía comenzar el otro semestre (2021-1), con las mismas carencias de conocimiento al respecto del uso de Nuevas Tecnologías (TIC).

Mientras se reunía la gente para este curso pasaron otras cosas: terminé el semestre con mis alumnos, concluimos en mayo como se había planeado antes de la pandemia, aunque el semestre se alargó hasta el mes de julio para dar tiempo a

que los temarios fueran cubiertos, si es que los profesores se habían atrasado debido a la situación inusual, en la cual nos encontrábamos.

Durante un mes del 3 de agosto al 3 de septiembre tomé el curso impartido por la Facultad de Ingeniería sobre el uso de plataformas, titulado *Programa de Capacitación para la Educación en Línea*. Fue una serie de cursos, los cuales la verdad fueron sumamente pesados, pues en pocas horas se tocaron demasiados temas, ello ocasionó poco tiempo para aprender, practicar y procesar la información, sin embargo, agradezco el gran esfuerzo por parte de los expositores y organizadores de este proyecto, pues tuvieron que enfrentar por un lado la premura para poder preparar todo el contenido, y por otro lado por muchos de los participantes la poca empatía hacia los expositores y los expositores.

En cuanto a las tareas solicitadas por cada sesión fueron muy largas y pesadas. Si te retrasabas en alguna, pobre de ti, porque se multiplicaba el trabajo, llegaba el fin de semana y no terminabas, pero debías ya de subir tu actividad a la plataforma, pues el tiempo se terminaba. Sumado a ello, debíamos evaluar el trabajo de 5 compañeros por cada tarea presentada. Esto último me generó mucho más estrés, porque también era contra reloj, pues se cerraba el sistema, además muchas veces las actividades a evaluar eran diferentes a las mías, esto me generaba dudas, pero no había con quien comentarlas.

Por fin, terminó el Programa de Capacitación, yo fui muy feliz, pero poco me duró, ya que se nos pidió el informe de actividades del semestre, así como la entrega de las evidencias por grupo solicitadas por la facultad cada semestre; estas dos situaciones me generaron mucho más estrés, porque el tiempo para entregar fue muy corto, además yo ya estaba sumamente cansada tanto físicamente como anímicamente, pues además de las cuestiones laborales y académicas para entonces ya llevábamos un tiempo encerrados por lo de la pandemia, aproximadamente cinco meses, durante los cuales, mi trabajo no era considerado como importante por parte de mi abuela, a quien cuido desde hace 22 años, pues según su lógica si no tenía que salir a trabajar entonces no era trabajo, sólo era sentarme frente a la computadora por horas, sin hacer nada. Sólo la desatendía durante esos largos momentos.

Después de grandes discusiones al respecto del tiempo que yo empleaba para estudiar y prepararme para trabajar en línea opté por seguir con esto, pero toda vez que mi abuela se fuera a dormir para evitar tener más confrontaciones. En el día haría las labores del hogar, como siempre las hago, por las noches estudiaría y trabajaría en mi capacitación para dar una mejor enseñanza el semestre siguiente, sólo dormiría unas pocas horas por la madrugada.

Durante este periodo también comencé el taller para ex alumnos, a partir de ello practiqué en tiempo real sobre la plataforma Google Meet. Esta actividad marcó para mí un antes y un después con respecto del uso de las TIC, pues ahí conocí a un alumno, Miguel.

Recuerdo que comencé mi primera sesión ¡qué nervios!, no podía proyectar en la pantalla, no usé un micrófono o audífonos, sólo usé el audio de la computadora, pero durante la sesión mi voz se distorsionó y no se comprendía. La primera sesión fue todo un caos. Miguel se esperó hasta ser el último en estar en la sesión conectado para poder hablar conmigo. Me ofreció su ayuda para enseñarme a manejar adecuadamente Google Meet y mi computadora. Esa tarde y parte de la noche estuvimos en un curso exprés sobre todo esto.

Al día siguiente, se vio un cambio favorable de mi parte. Me sentía más segura, porque ya sabía más cosas sobre las plataformas, asimismo sobre mi computadora, también porque estaba ahí Miguel y sabía que si tenía alguna duda o problema él me ayudaría.

En cada uno de los cursos que he dado siempre me llevo muchos aprendizajes, pero en este en particular, aprendí algo muy importante: a no tenerle miedo a lo nuevo y tampoco a reconocer que soy ignorante en muchos aspectos, pero eso no me debe limitar, el límite lo pones tú cuando decides callar por miedo y no pides ayuda, porque nadie nace sabiendo hacer las cosas, es el estudio y la práctica lo que te puede hacer mejor o no las cosas, ahí recordé una frase de Juana Inés de la Cruz que dice más o menos así: “Así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa: porque es consecuencia del ser más”. Creo que es más complejo para un profesor, quien tiene a su cargo la sesión aceptar esta situación, porque siempre existe ese miedo de “¿qué van a decir los alumnos si les digo que no sé cómo hacer alguna cosa?, tal vez eso descalificaría mi enseñanza”. Crear un ambiente de empatía y confianza entre un grupo y su profesor no es nada sencillo, pero yo lo logré y me siento muy afortunada por ello.

A partir de ese momento Miguel ha sido mi bote salvavidas cada vez que no encuentro cómo hacer algo en el ámbito de las TIC, pero no es el único, otros alumnos también me han enseñado cosas como programación básica. Primero inicié con alguien en particular, luego cuando por cuestiones laborales ya no pudo hacerlo otro ex alumno tomó su lugar y continuó. Otros me han ayudado en otros momentos. Mis alumnos y ex alumnos han sido un gran apoyo para mí durante esta época de pandemia, debo de decir que desde antes lo han sido. Ahora, no soy una experta en el uso de las tecnologías, pero por lo menos tengo una idea más clara de cómo usarlas, lo cual me ha permitido trasladar mi enseñanza presencial a una enseñanza en línea.

Por fin terminamos el curso mis ex alumnos y yo, el viernes. Para el lunes siguiente comencé otro curso, pero ahora para profesores de la UNAM, pues cada semestre imparto algunas sesiones dentro del Programa de la Dirección General de Personal a nivel licenciatura (DGAPA).

Ese curso taller titulado *De la hoja en blanco al texto*, fue todo un reto por varios aspectos. En primer lugar, fue el primer curso en línea que impartía para profesores, por tanto no sabía si funcionaría lo planeado. En segundo lugar, sólo cuatro profesores de 40 sabían usar plataformas, así pues en la primera sesión tuve que enseñarles a los participantes, aunque esta no fuera mi labor, cómo usar Google Meet y Google Drive, dos herramientas, las cuales utilizaríamos.

Esto fue muy complicado porque los profesores querían ser atendidos todos al mismo tiempo y de manera individual, esto era indispensable. Entonces, decidí ejemplificar, asimismo pedir a los participantes me siguieran. Algunos pudieron hacerlo, otros no. En este grupo estaba un profesor con serios problemas de salud, entre las afectaciones que tenía, estaba su vista. La verdad yo nunca pensé en este tipo de situaciones cuando planifiqué mi curso. Sentí que esta situación me rebasaba, pero no podía dar marcha atrás.

Tomé otra decisión, pedir a los profesores su apoyo para quienes no habían podido seguir las ejemplificaciones para el uso de Google Drive y Google Meet volvería a dar de nuevo esa parte, pero primero debían dejarme avanzar en el programa del curso, porque si no yo sería reportada por no cumplir con el contenido establecido. Casi para concluir solicité a las personas que lo necesitaran si podían quedarse media hora extra para repetir el uso de las herramientas.

Algunos se quedaron, otros pidieron si podían trabajarlo al día siguiente antes de la hora del curso, así lo hicimos. Recuerdo que ese día terminé exhausta, pero no pude dormir esa noche, pues estaba muy preocupada por lo sucedido, por primera vez en los siete años que llevo impartiendo este tipo de cursos, me pregunté si podría dar un buen curso.

Poco a poco nos adaptamos a trabajar con las nuevas tecnologías, en el caso del profesor antes mencionado aprendió a usar Google Meet, la demás información o materiales se los envíe por correo electrónico, pues era el medio que él conocía y manejaba. Recuerdo que él se emocionó mucho cuando vio sus avances ante uso de esta plataforma, de hecho planeaba usarla durante el próximo semestre con sus alumnos. Lamentablemente, esto no sucedió, pues el profesor falleció días antes de que iniciara el semestre.

Cada sesión de este curso para profesores me recordó las clases con mis alumnos de la facultad, por ejemplo, cuando trabajábamos en Google Drive en un documento

compartido, pero en el cual cada uno tenía su propia diapositiva, algunos se hacían travesuras, como borrar la del compañero, mover el documento, mientras tanto, los otros participantes reclamaban, fue toda una experiencia y también un adelanto de lo que me esperaba el semestre por iniciar (2021-1). Finalmente, terminamos el curso de una semana, fue terriblemente agotador, porque para dar un curso de 24 horas, invertí unas 40 horas adicionales, como resultado de todo el estrés tuve una crisis de gastritis y colitis.

El nuevo semestre estaba por comenzar en una semana, en esta ocasión sólo tuve una semana de vacaciones entre el curso para profesores y el inicio del nuevo semestre (2021-1), tiempo que ocupé para pensar en las estrategias, las cuales emplearía para trabajar con mis grupos y también con mis asesorías.

Recuerdo que entre mis pensamientos estaba: “Este nuevo semestre será diferente a lo vivido en el anterior, pues en el semestre atrás conocí a mis alumnos en persona y luego terminamos el ciclo en línea, pero ahora no los tendría frente a mí en ningún momento. Algunas veces prenderíamos las cámaras, sin embargo, no será lo mismo”.

Trabajar la enseñanza en línea es difícil porque creo que es importante transmitir cuestiones emotivas como gesticulaciones del cuerpo y el rostro. Por ejemplo, cuando doy una clase presencial observo la cara de mis alumnos o participantes, ese aspecto me ayuda para saber si me van siguiendo, si hablo muy fuerte o muy quedito, si están aburridos y debo cambiar de dinámica, en fin, verlos me ayuda mucho. Ahora, no podría hacerlo, solamente podría confiar en que están ahí y no sólo habían dejado sus equipos conectados.

También tenía que pensar en un lugar para poder dar mis clases, porque no cuento con un escritorio o un lugar propiamente para ello. Al final mi cuarto, en donde duermo, se convirtió en mi salón de clases y mi cama en el escritorio, junto con una pequeña mesita plegable y una silla *gamer*, pues debía elegir entre meter una silla o un escritorio porque ambas cosas no caben, al final me decidí por mi espalda.

Durante este tiempo también pensé detenidamente cómo adaptar mi forma de enseñanza, mis estrategias didácticas y cómo buscar una relación uno a uno con mis alumnos, para mí eso es sumamente importante, pues necesito saber lo que hace o no hace de trabajo cada uno de ellos, ya que si no lo hago no sé cómo ayudarlos. No importa que sean 180 o 250 alumnos, todos son igualmente importantes y requieren la misma atención, claro eso pienso yo, así que la pregunta era ¿cómo lo iba a lograr?

Después de las prácticas que tuve gracias a los dos cursos que di, una para ex alumnos y el otro para profesores, ambos en línea, llegué a la conclusión de que

mediante el uso de Google Drive podría ver en tiempo real el trabajo de cada uno de mis alumnos, la verdad sería muy pesado, ya que requeriría de mi parte mucha concentración y agilidad tanto motriz, pues debería abrir rápidamente 42 archivos lo más rápido posible (o un archivo por cada alumno), como cognitiva, pues debía dar mi clase y atender dudas, además de seguir el trabajo de cada alumno durante la sesión, acabaría muy cansada de cada clase, pero creo que podría funcionar. Los alumnos sabrían que estoy ahí, se sentirían acompañados y eso me alentaba a intentarlo.

Sé que pueden ser muy exigentes y demandantes, porque al igual que los profesores de mi curso DGAPA, algunas veces solicitan mayor atención de la prestada, creo que hasta se ponen celosos de otros (tal vez es parte de nuestra humanidad) cuando paso al documento siguiente para leerlo y dejo de atender el suyo, pero sé que cuando reciben la aprobación ante su trabajo se motivan, lo que usualmente ocasiona un aprendizaje significativo para ellos y también una invitación abierta a que sigan investigando y escribiendo. De esta forma todo quedó listo para dar inicio al semestre, no sé si funcionaría o no, pero yo lo intentaría, además haría todo lo que dependiera de mí para lograrlo.

Un nuevo comienzo, ¡allá vamos!

Bajo el panorama antes mencionado inicié el nuevo semestre con cuatro grupos. Uno de ellos con alumnos de primer ingreso y los tres restantes con chicos de semestres posteriores. Yo estaba a la expectativa, quería que todo saliera lo mejor posible, todas las sesiones, desde la primera rogaba a los cielos que no se fuera la luz, fallara la conexión o hubiera alguna situación extraordinaria, eso me ponía muy nerviosa.

Mi primer acercamiento con ellos fue mediante correo electrónico, tres días antes de nuestra primera sesión, para poder darles instrucciones de cómo trabajaríamos, qué requería que hiciera cada uno de ellos.

Llegó nuestra primera clase, todos los alumnos prendieron sus cámaras, pero al ser grupos grandes, no podía ver a todos, eso es una de las limitaciones a las cuales me enfrento, la verdad no me gusta, pero no podía hacer nada. Comenzamos con una breve presentación del curso también me presenté. Después utilizamos Google Drive para que crearan sus carpetas y lleváramos a cabo la primera actividad, una breve presentación por escrito, les di 15 minutos para ello. Posteriormente, entré a sus carpetas para revisar lo que habían hecho, pues previamente les solicité me la compartieran, así que comencé a hacerles comentarios por escrito a sus

redacciones y luego hice comentarios generales a toda la clase. Ellos quedaron muy sorprendidos porque nunca habían utilizado Google Drive de esta forma. La primera sesión fue todo un éxito, yo me sentía muy feliz y tranquila, pues al parecer iba a funcionar la manera en que planeé dar el curso.

Usamos Google Meet para las sesiones, dos a la semana, Google Drive para compartir documentos y el correo electrónico para mantenernos en comunicación. La facultad nos solicitó que siempre hubiera comunicación con los alumnos, pero mediante medios de corte educativo, evitáramos las redes sociales o el uso de WhatsApp.

Videollamadas, una nueva forma de acercar distancias

Además de las sesiones en vivo, las lecturas, las discusiones, las pláticas, decidí reactivar la visita de especialistas en el ámbito de la búsqueda de información en bases de datos, así que durante el semestre invité a una gran amiga a que me apoyara en este ámbito, aproveché la tecnología para que estuvieran presentes pese a estar a la distancia. Estas sesiones estuvieron llenas de muchas preguntas, intercambio de ideas y comentarios, nadie faltó a las sesiones.

Comenzamos la sesión, primero la presenté, luego ella tomó la palabra para comenzar a hablar sobre el uso de bases de datos. La sesión avanzó, los alumnos hacían preguntas durante esta, ella las contestaba, pero de repente falló la conexión a Internet de Gaby, no pudo volverse a conectar durante esta sesión. En ese momento, sentí muchos nervios, pero proseguí con la sesión, por supuesto no lo hice como la especialista lo habría hecho, pero saqué avante la situación.

En el otro grupo de la misma asignatura, también invité a la maestra Gaby. Al igual que en el anterior comenzó todo bien, sin embargo, a la mitad de la sesión se fue la luz en casa de la ponente. Inmediatamente, me llamó muy alarmada para decirme esta situación y que no podría proseguir con la sesión. Yo estaba muy preocupada, pero claro, debía mantener la calma, así que le dije a Gaby que no se preocupara, no pasaba nada, yo podía continuar la sesión, en cuanto regresara la luz se podría reincorporar y proseguir. Cuando faltaban 10 minutos para terminar la hora de la clase ella se reincorporó, para dar término a la sesión de bases de datos, ¡qué felicidad sentí, cuando la vi!

Me sentí muy satisfecha de estas dos sesiones, pues pese a los inconvenientes se cumplió el cometido de enseñar a los alumnos el uso de bases de datos, asimismo

la importancia de estas, aunque yo quedé exhausta y sólo iba a la mitad de mi jornada laboral, aun me restaba toda una tarde de clases con otros grupos. Además de nuevo regresó mi malestar provocado por la colitis.

Otra actividad llevada a cabo con mis alumnos de los grupos vespertinos fue el trabajo en equipo, sí en equipo, yo quería que experimentaran el poder hablar y también escuchar a otros para llegar a un fin común, en el caso de dos grupos el trabajo consistió en la creación de un cuento y en los otros grupos fue el trabajar con un par para revisar el artículo que escribió cada uno. Toda vez que los integrantes de los equipos o los pares terminaron de revisar y comentar el trabajo llevado a cabo, yo ingresé en las carpetas de Google Drive que contenían los documentos trabajados para poder ver qué habían hecho y poder comentar los textos.

La verdad, no sabía si iba a funcionar esto de trabajar en equipos o por pares, pero fue un éxito, los alumnos que no se conocían, porque pertenecen a carreras diferentes pese a estar en una misma facultad, pudieron interactuar, hablar sobre su cotidianidad, esto les permitió ver que no son los únicos que están estresados, se sienten vulnerables y solos porque no pueden verse con sus amigos. Fue una nueva forma de hacer amigos, de compartir problemas, de crear conocimientos nuevos o llegar a fines comunes para obtener una evaluación favorable.

Cumpleaños virtuales

Yo quería seguir con esta dinámica de la creación de un ambiente de empatía, compañerismo, pero sobre todo de un lugar, el cual aunque no fuera físico los hiciera sentir cómodos y con ganas por acceder cada sesión a la videollamada. Aunado a esto me di cuenta que los ánimos comenzaban a decaer, pues cada vez más alumnos o sus seres queridos se contagiaban con el COVID-19, con ello obviamente sus vidas sufrían en la mayoría de los casos giros de 180°, en otros casos también hubo muchas familias en donde hubo pérdidas de empleos o de seres queridos, pero ¿qué podía hacer al respecto? Ese día me fui a dormir con una tarea, pensar qué podía hacer.

Cuando estaba a punto de dormirme se me ocurrió celebrar los cumpleaños de los muchachos. Ahora tenía que pensar cómo indagar las fechas de sus cumpleaños para que no se dieran cuenta de mis intenciones, quería que fuera una sorpresa. Se me ocurrió formular un cuestionario, en el cual les pregunté además de sus fechas de nacimiento, otras cosas, por fin tenía la información necesaria para organizar la

primera celebración virtual. Mientras lo organizaba me di cuenta que sería muy injusto sólo celebrar a quienes cumplían años ese mes. ¿Qué pasaba con los chicos que debido a la pandemia ya no habían podido celebrar sus cumpleaños en compañía de sus amigos? Entonces decidí comenzar las celebraciones de cumpleaños de manera virtual de aquellos quienes nacieron durante los meses de marzo a septiembre. A la semana siguiente, mencioné a los que nacieron en el mes en que estábamos, así subsecuentemente lo hice hasta el término del semestre.

Recuerdo, que al principio se les hizo muy rara esta actividad, también les sorprendió, porque a sus demás profesores no les importaba siquiera si estaban bien o no, así que celebrar los cumpleaños, era algo inusual, eso lo celebras con tu familia o tus amigos, pero como les dije ahora somos una familia, todos incluyéndome estamos solos, o por lo menos así nos sentimos en algunos momentos, pese a estar rodeados por otras personas de nuestra familia. Extrañamos las pláticas con los amigos, el ir a comer o reír con otros, así que demos 10 minutos cada inicio de mes para celebrar un año más de vida de algunos de ustedes. Esta actividad funcionó muy bien, cada mes nos dimos la oportunidad de reír, de conocernos un poco y de sentirnos acompañados.

Se aproxima el final

Durante nuestro último mes de clases este semestre yo cumplí años, yo no lo dije, sin embargo, en los cuatro grupos se enteraron y también celebramos mi cumpleaños, fue algo muy inusual, por un lado porque yo no celebro mis cumpleaños y por otro lado porque escuché por primera vez cantar a 40 o 50 voces a capela las mañanitas (porque los grupos oscilaron entre ese número) y tuve cuatro pasteles virtuales. Pese a no tener a nadie cerca de mí, de manera presencial, debo decir que sentí una calidez tremenda, emitida por cada uno de los alumnos. Será uno de los cumpleaños memorables en mi vida.

Casi al término del curso tuvimos función de cine. Mediante esta actividad les ejemplifiqué elementos de una corriente literaria en particular, así como teoría cinematográfica y narrativa. Pensé que tal vez esta actividad se les haría un tanto aburrida o insulsa, pero no, resultó todo lo opuesto, a partir de esto mis alumnos comenzaron a pedir material de películas sobre esta corriente literaria, algunos las vieron inmediatamente el fin de semana que siguió a la sesión y otros al otro fin de semana, lo supe porque se esperaban al final de las sesiones para preguntar o comentar conmigo. Aquí también debo de decir que otros alumnos comenzaron a leer otras obras de los escritores vistos en clase, eso me causa mucha alegría, sobre

todo en estos momentos, en los cuales creo muy necesario mantener la cabeza ocupada en otra cosa que no sean únicamente malas noticias.

Después de esto tuvimos nuestra penúltima sesión, en una de las asignaturas trabajamos algunas ideas sobre el papel de la ingeniería, la identidad de cada uno de los alumnos y el papel de la literatura, en la otra asignatura trabajamos las ideas sobre leer, escribir y el conocimiento científico. Fueron sesiones increíbles, en las cuales cada alumno tuvo 5 minutos para hablar al respecto de las ideas señaladas para cada asignatura, pero desde sus propias experiencias. Surgieron discursos inteligentes y bien sustentados. Me sentí tan orgullosa de escucharlos.

Finalmente, llegó nuestra última sesión. También fue muy emotiva, en cada grupo organizaron una forma de dar las gracias, con pancartas, con una canción, con frases hermosas que escribieron, en fin, cada grupo se las ingenió de diferentes maneras. Después de esto, uno de los alumnos pidió la palabra para expresar un comentario que jamás olvidaré: “maestra, quiero darle las gracias a nombre de mi papá, quien está en este momento aquí a mi lado. Él enfermó de COVID algunos meses atrás, ahora está en recuperación. Durante el proceso vivido aquí en casa, él estuvo con oxígeno postrado en un sillón, sin poder moverse, porque estaba muy cansado, cuando teníamos las sesiones con usted él oía las lecturas que usted hacía, así como las clases, de hecho tomó todo su curso, y esto le hizo más llevadera esta situación tan terrible, por eso queremos darle las gracias por compartir con nosotros todo su trabajo y esfuerzo”. Al momento de escuchar estas palabras, la verdad, no sabía que decir, terminé por decir: “no hay de qué, me da gusto saber que pude hacer algo por alguien. De todo corazón espero que se recupere en su totalidad”.

Para cerrar nuestras aventuras, ¡claro por este momento!

En definitiva, no ha sido nada sencillo trasladar el impartir las clases de forma presencial a una modalidad en línea, ha sido muy pesado en todos los sentidos, físico (tras pasar 10 horas de forma continua dando clases y por lo menos unas 40 horas preparando una semana de clases), emocional (siempre con el temor de que algo falle mientras estoy dando clase). También ha exigido muchas horas extras, primero para poder aprender a usar la tecnología, después para pensar cómo hacer uso de ella, para crear actividades específicas a desarrollar en cada una de mis materias, también para crear, revisar y comentar todos los trabajos o actividades realizadas por cada alumno o para contestar alguna duda extra fuera del horario de

clases, pero que sabes que si no la contestas el alumno se estresará más de lo que posiblemente ya está.

Asimismo, debo decir que trabajar bajo la nueva realidad traída por la pandemia provocada por el SARS-CoV-2 no es nada sencilla ni para alumnos ni para profesores. Para los alumnos si tenían a alguien enfermo en casa o ellos eran los enfermos la vida cambiaba radicalmente. En el caso de los profesores aplica el mismo panorama.

En mi caso particular, el escuchar todos los días que algún colega ha enfermado o saber que algún conocido ha fallecido hace que mi corazón sufra mucho, también cuando alguno de mis alumnos o ex alumnos me comunican esta situación me causa un gran dolor y angustia, yo misma hace días estuve muy preocupada porque un familiar muy cercano enfermó y estuvo intubado durante días, ahora ya está en casa, pero comienza la larga y lenta recuperación, sé que la realidad de mi familia ha cambiado, al igual que la de muchos, pero también sé que mientras haya vida hay esperanzas de que las cosas mejoren, así que no podemos ver nada de esto como limitaciones, sino como grandes retos, nuevas oportunidades, nuevos aprendizajes, también como nuevas frustraciones y problemas que deberemos resolver, pero ¿qué sería la vida sin todo esto?

Ahora preparo el nuevo curso, el cual comenzará en menos de una semana. Aplicaré lo aprendido en el semestre y medio que he trabajado en línea, así como la experiencia acumulada en mis años de docencia y todo lo aprendido en mis años de estudio y especialización en docencia, pero no sé si tendré o no éxito, espero que sí por el bien de todos mis futuros alumnos. Esta falta de certeza no es exclusiva de esta modalidad o de la nueva realidad que vivimos, es la esencia de la enseñanza y el aprendizaje, no saber si la didáctica que aplicarás en ese momento será la adecuada o tendrás que ir modificándola, porque cada grupo es diferente, no hay recetas mágicas o infalibles, no hace una buena o mala enseñanza las tecnologías, aunque sí ayudan como lo hemos podido observar, pero también pueden entorpecerla.

La didáctica empleada para la enseñanza y el aprendizaje debemos vivirla como un fenómeno compartido entre alumnos, profesores y autoridades, porque aun a la distancia todos requerimos de los otros para construirla y llegar a un fin común que es lograr estos dos procesos de la mejor manera, lo más significativa posible, pero para lograr esto es necesario recordar la empatía hacia el otro, con ello no me refiero a tener lástima por el otro, porque eso no ayuda a nadie, al contrario ocasiona un conformismo terrible. La empatía por el otro permite en un primer momento dejar que el otro exprese sus miedos, sus problemas porque se siente en confianza,

posteriormente permite pensar en nuevas posibilidades para solucionar problemas. Creo que de eso se trata esta nueva realidad, la búsqueda de nuevas posibilidades.

Estas nuevas posibilidades me darán la oportunidad de vivir y sí también de contar nuevas aventuras, ¡ya espero con ansias nuevas aventuras!

Ganadoras en la categoría: Administrativas escolares

Digitalmente loca

Ana Luisa De León Rayo

Empecé a odiar mi teléfono celular. Cada vez que sonaba sentía que ya no podría resistirlo. Quería apagarlo y no volver a escuchar los mensajes y llamadas que llegaban uno tras otro mientras yo trataba de cocinar, de limpiar mi casa, de ayudar a cuidar a mis padres, de cumplir con mi trabajo o simplemente descansar.

No podía. No podía ignorar los mensajes desesperados de los alumnos de nuevo ingreso, de algunos padres de familia que, como yo, no sabían qué hacer ante la demanda del uso de la tecnología. Me preguntaban con sus caritas de angustia ¿Qué vamos a hacer? ¿Y si no tengo computadora? ¿Y si no hay internet? ¿Y si no tengo dinero para los datos? Y las peores: ¿Qué es Classroom? ¿Cómo voy a entrar? ¿A qué hora van a empezar las clases? ¿Qué es un correo institucional? Y así por el estilo.

Preguntas angustiantes para ellos y para mí, porque ni yo sabía casi nada sobre tecnología; hablar de clases virtuales era para mí totalmente desconocido. Me sentía avergonzada por mi ignorancia pues ni yo sabía qué era Classroom y que mi mejor definición era imaginarme al maestro en un salón de la escuela impartiendo su clase mientras alguien lo grababa en un video para enviárselo luego a los alumnos, hasta que reuní el valor de preguntarle a una compañera maestra y entre las risas de ambas por mi ignorancia me explicó pacientemente qué es y cómo funciona. Ahora me causa risa, pero en esos momentos recuerdo que lloré amargamente mientras otra compañera de trabajo me escuchaba por teléfono y trataba de darme consuelo. Fueron lágrimas de frustración, de miedo “a lo desconocido” de rabia por tener que aprender cosas nuevas sobre tecnología cuando yo me resistía a hacerlo...

Lloré por no poder ayudar a algunos alumnos quienes, cuando era momento de presentar exámenes virtuales por primera vez, tuvieron muchas dificultades para entrar o para entender tanta terminología nueva para ellos y para mí, tantas palabras como el dichoso documento en PDF, el link, las claves de acceso, los correos institucionales, tantos problemas con el internet, con la falta de recursos económicos, con el hecho de que en casa sólo había un celular para todos y tener que esperar turnos, etc.

De verdad, la primera vez fue muy, muy angustiante para todos. En lo personal, juro que hasta me dolían los dedos de tanto escribir en el celular tratando de ayudar a mis alumnos aunque fuera sólo como intermediaria porque yo misma tenía que preguntar a mis compañeros qué hacer ante tal o cual situación. Creo que llegué a fastidiar a algunos de ellos ante tanta pregunta que para quien sabe resultan obvias pero para mí, eran totalmente desconocidas.

Pertenezco al Personal Administrativo de un plantel de Educación Media Superior. He sido, durante casi veinticinco años, Encargada de Orden; también me llaman

Prefecta. Mi trabajo me permite y me exige interactuar con los alumnos todos los días y a cada momento y eso me encanta! Amo mi trabajo. Es hablar, escuchar, sonreír, a veces reír a carcajadas, regañar, aconsejar, dar palmaditas de afecto a alguien con alguna dificultad, orientar, aplicar sanciones, disciplinar, en fin estar en contacto directo con ellos, verlos, involucrarme y apoyarlos en la medida de lo posible, y eso había sido así durante todos esos años en mi trabajo.

Siempre creí que terminaría mis años laborales de esa manera, asistiendo a la escuela con un horario establecido, ver y hablar con los alumnos, con mis compañeros todos los días, realizar todas las actividades que me corresponden en el plantel y seguir así el día con día hasta que ya culminara mi relación laboral con la escuela. Pero no es así. Nada de lo que empezó a suceder parecía real. El uso del cubrebocas, la distancia social, no poder vernos y menos abrazarnos, ver a tus padres de lejos por temor a contagiarlos, el temor propio a enfermarnos y el hecho de estar encerrados la mayor parte del tiempo fue terrible. Es terrible.

De pronto se transforma mi mundo, mi zona de confort, el mundo que conocí siempre en la escuela se vuelve loco a mi parecer. Nos ponen en cuarentena por la pandemia. Todos a encerrarse en sus casas. Imagínense que de pronto ya no puedo verlos, ni darles los buenos días al recibirlos a la entrada del plantel. Preguntarles cómo van, recordarles alguna actividad pendiente y encima tener que aprender a estar en contacto con ellos de una manera totalmente diferente, sin horarios, de tiempo completo, porque la verdad, los jóvenes se sumergen en sus actividades y se olvidan del tiempo. Muchas veces te envían mensajes a altas horas de la noche o a la hora que se les ofrezca preguntar o informarte de algo y es totalmente comprensible porque creo que todos perdíamos la noción del tiempo.

Es entonces cuando empiezan las interrogantes con el trabajo, ¿qué haríamos el personal administrativo para apoyar a nuestros alumnos?, ¿a nuestros maestros?, ¿a nuestro plantel? Tendríamos que “ponernos las pilas”, como se dice vulgarmente, para poder adaptarnos a la nueva realidad de las clases virtuales. Pero algunos, como yo, no estábamos preparados para tal cosa. ¿Clases virtuales? ¡Qué es eso! ¿Cómo lo van a hacer? ¡Es imposible! ¡No van a poder los alumnos! Esos y muchos más fueron mis cuestionamientos en cuanto supe de lo que nuestro plantel esperaba de su personal administrativo.

La principal encomienda que nos dan es seguir de cerca, de manera virtual, mediante llamadas y mensajes a los alumnos de determinados grupos que nos asignaron. Seríamos apoyo para la labor de los docentes, daríamos seguimiento a las actividades académicas de los estudiantes, debíamos observar si estaban cumpliendo o no con ellas, si tenían alguna dificultad para integrarse a los grupos que trabajarían virtualmente, animarlos, motivarlos, ayudarlos... Todo con la mejor

intención para ellos. Empezamos por hacer llamadas a cada alumno y a sus padres para informarles de la nueva situación, cómo se trabajaría, quién estaría a cargo de sus hijos para lo que necesitaran, etc. lo cual fue muy difícil.

Muchas veces no pudimos contactar a algún alumno por falta de teléfono por lo que mediante recados con alguna persona de la misma comunidad se les pedía que se comunicaran. Debo aclarar que en nuestra escuela tenemos alumnos de muchas comunidades alejadas de nuestra cabecera municipal lo que dificulta muchas veces la comunicación con ellos.

De esta manera es como empieza mi aventura con la computadora y el teléfono celular, del cual desconocía muchas de sus funciones y todo lo que puedes hacer con él, por resistirme al cambio, por no querer aceptar que todo había cambiado ya.

Me veo envuelta en una vorágine de llamadas, mensajes, audios, videos, grupos de WhatsApp, correos electrónicos, oficios en Word, los PDF, Excel, reuniones virtuales, ¡una clausura virtual!, etc., etc...y yo, yo sin saber usar de manera adecuada un celular y mucho menos una computadora. Juro que nunca me había sentido tan afectada.

Tengo 58 años de edad y siempre me resistí al uso de un celular o de una computadora o de la tecnología en general. Recuerdo que fui de las últimas entre mis amigos y familiares en tener un celular o en usar una computadora.

Mientras pude, evadí el tener qué hacer mis reportes, listas o cualquier documento que me solicitaran en computadora. Prefería usar una vieja máquina de escribir que había en el plantel o hacerlos a mano, inclusive usaba aún el papel carbón cuando ya muchos ni sabían para qué servía. Casi todos mis compañeros ya entregaban sus trabajos en forma digital o guardaban sus archivos mientras yo seguía muy orgullosa de mi trabajo “a la antigüita”. Seguí así, abusando de la tolerancia y la comprensión de mis superiores porque yo me negaba rotundamente a avanzar en ese aspecto, aun cuando ellos me trataban de motivar para que aprendiera, no lo lograban.

En muchas ocasiones, a través de mi Plantel o a instancias de nuestra directora impartían cursos sobre computación pero siempre inventaba una y mil excusas para no ir o para no aprender.

Tarde comprendí mi error pero ya tenía encima el problema y ahora debía buscar la solución, no sólo por mí, sino por todos esos alumnos que dependían de mí y que muchas veces no pude ayudar como se debía. Así que decido aprender todo lo necesario sobre el uso de la computadora y empiezo por preguntar, empiezo a pedir ayuda, a valerme de mis amigos y compañeros que sí sabían qué hacer y que siempre me ayudaron gustosamente.

Con infinita paciencia, mis hijos y mi esposo estuvieron a mi lado paso a paso mientras me repetían una y otra vez los pasos a seguir para hacer tal o cual cosa, inclusive tuvieron que escribir todo en una hoja para que yo lo fuera haciendo.

Muchas veces perdí la paciencia y me alejaba llorando de la computadora porque sentía que simplemente no podía, ante la frustración y el enojo de mis hijos por no aprender o por no intentarlo una vez más.

Y así, gracias a todos ellos poco a poco he ido superando los desafíos que día a día nos plantea esta pandemia. Aún sufro cuando no puedo hacer algo pero ya no me desespero, he podido reconocer ante mis alumnos mi ignorancia y entre risas y bromas me dicen que yo no me preocupe, que vamos aprendiendo juntos.

Debo reconocer que me he topado con mucha gente muy comprensiva, que me ha apoyado con tanta paciencia aun cuando ya me habían explicado lo mismo una y otra vez, cuando yo me resistía a aprender y prefería que en ese momento me ayudaran a hacer el trabajo y entregarlo. Mis compañeros encargados del Centro de Cómputo, mi Directora, mi amiga de Control Escolar, en fin, muchos de ellos siempre motivándome, apoyándome en este camino que para mí, veía tan difícil de transitar.

Poco a poco he ido perdiéndole el miedo a usar una computadora o a navegar por mi teléfono sin temor a echarlo a perder o a que se pierda información.

Puedo decir que eso fue uno de los desafíos que me planteó esta pandemia, tenía que aprender, tenía que cambiar mi manera de pensar respecto al uso de la tecnología y para lograrlo tuve que pasar por muchas dificultades, tuve que entender que hay que renovarnos para seguir el ritmo de nuestras vidas, aun cuando fueran tantos cambios.

Ha sido una etapa muy difícil para mí, me angustia mucho pensar, en lo que es para mis alumnos, en lo que pasará por sus mentes, en lo que vive cada uno de ellos en su propio entorno que muchas veces es tan problemático. Es frustrante cuando le hablas a algún alumno en particular que no está participando ni entregando actividades académicas y te empieza a platicar sus problemas, las dificultades que tienen ante este nuevo método de trabajo.

Ha sido un proceso de aprendizaje para todos: alumnos, maestros, padres de familia, el personal administrativo, para todos los que trabajamos en alguna institución educativa.

Siempre me pregunto, si será que el alumno ha aprendido lo suficiente de esta manera virtual y siempre me respondo que no, todos necesitamos interactuar hasta para aprender. Lo veo con mis propios hijos, con mis sobrinos, veo lo difícil que es para todos nosotros tener que adaptarnos a estas nuevas maneras de impartir y

recibir educación. Ver el esfuerzo que hacen nuestros maestros por enseñarles, porque no pierdan el entusiasmo, eso es gratificante pero a veces no resulta. Hemos tenido bajas, alumnos que se han rendido ante la adversidad, pero no por gusto sino por las dificultades que se les presentan. Es tan difícil tener que estarlos motivando para que no abandonen la escuela, para que sigan adelante...

Decirles que todo esto pasará y pensar que yo misma lo dudo es muy triste.

Hemos tenido que aprender a renovarnos, a ser resilientes, tolerantes, empáticos, a veces estudiantes, a veces maestros, a veces mamá de algún alumno con problemas de falta de atención, en fin, considero que la educación en estos tiempos atraviesa por una etapa muy difícil para algunos pero también llena de posibilidades para otros. Depende de cada uno de nosotros cómo la enfrentamos y aquí es donde yo decidí que sería una posibilidad para mí. Una posibilidad de cambiar, de enfrentarme a lo que venga, de superarme y perder el miedo a los cambios que al final se tienen que dar y tendré que adaptarme y renovarme o morir en el intento.

Ahora cada vez que tengo que hacer algún trabajo, corro a la computadora y lo hago, no domino totalmente algunas cosas, pero siempre hay alguien dispuesto a ayudarme.

Me siento feliz cuando alguno de mis alumnos me pregunta algo y puedo responderle sin tener que preguntar antes por otro lado, aunque no todo.

Actualmente trabajo con dos grupos que ya están en semestres más avanzados y ellos ya dominan todo el proceso de estudiar virtualmente, por lo que se facilita la comunicación. Es eso, o también que yo ya aprendí un poco más.

Ahora tomo cursos en línea, puedo trabajar en Word, algunas cosas en Excel y domino algunos términos de computación, poca cosa en realidad, pero siento que voy avanzando.

En muchas ocasiones siento también que he enloquecido, y he vuelto locos a los que me rodean.... He estado a punto de abandonar, de tirar todo por la borda y olvidarlo, pero siempre hay algo que me impulsa de nuevo. Y es así como me he propuesto verlo, como un desafío personal. Precisamente para poder enviar este breve ensayo sufrí un poco, o un mucho mejor dicho. Tuve que recurrir a la ayuda de uno de mis hijos para poder convertirlo a PDF y para poder enviarlo. Puedo decir con orgullo, que lo estoy logrando. Que ahí la llevo.

Me parece increíble que a pesar de tantas dificultades he seguido adelante, a pesar de que a veces me siento muy deprimida por el encierro o por lo que sucede a mi alrededor.

Estoy muy agradecida con Dios y con la vida porque afortunadamente siempre he contado con muchas personas que me alientan, que me animan a seguir adelante, que me envían mensajes con una convocatoria para participar en un ensayo como éste que me ha llenado de orgullo al darme cuenta de que he hecho algo bueno para mí en esta etapa tan difícil. Agradezco profundamente a mi compañera Rosario por enviármela y motivarme a participar.

Siento que he aportado mi granito de arena a la educación de los alumnos a mi cuidado intentando hacer mi trabajo de la mejor forma a pesar de que no me sentía suficientemente capacitada para ello.

En ocasiones platico con los alumnos que tuve de primer semestre, a los cuales sentí que no pude ayudar cuando iniciamos y lo lamento profundamente, y me cuentan de lo bien que les va, de que han aprendido bastante después de no saber casi nada, reconocen el esfuerzo de los maestros, de sus padres y de todas las personas que estamos a su lado apoyándolos y siguiéndolos en este camino para ayudarlos si se tropiezan o si se sienten abandonados.

Me platican de las peripecias que algunos han tenido que pasar para resolver algún examen en línea o para enviar alguna tarea y en general de lo agradecidos que están por acompañarlos en esta travesía llamada educación virtual y a la que siempre recordaremos por tantas dificultades y por tanta falta de conocimiento, pero también por tanto entusiasmo y ganas de salir adelante a pesar de todo. Pero lo que realmente me hace feliz, es poder platicar con ellos de nuestros inicios, cuando yo no sabía nada de nada y todo el tiempo les escribía “permíteme tantito, hijo(a), voy a preguntar” o “¡Híjole! eso no lo sé, pero ahorita pregunto”.

Nos reímos mucho de las veces que ellos mismos me corrigieron en algún momento y lo embarazoso que resulta que, en un grupo de WhatsApp donde mandas información para todos, cometas algún oso y los mismos alumnos, eso sí muy amablemente, te lo hagan ver.

Disfruto mucho recordando con ellos las veces que no supe qué decir o qué hacer por mi ignorancia, pero me encanta oírlos comentar que aprendieron a no tener miedo a ser ignorante, a reconocerlo y a tener el valor de preguntar. Y ahora siempre, siempre me hace feliz cuando escucho a mi teléfono sonar y es alguno de ellos para bromear con un “¿Qué hay, Doña Anita? ¿Ya sabe prender la computadora?”

Lo que tejimos en cuarentena

“Fernanda Acevedo”

Esto es lo que recuerdo. Son momentos, reflexiones y descubrimientos que le dieron forma a nuestra experiencia en la academia durante los primeros meses de cuarentena. Lidiamos por encontrar continuidad en medio de muchas improvisaciones y eso acabó por transformarnos. Guié a un pequeño grupo de bailarinas a través de eventos e intentos que nos condujeron a experimentar un fuerte sentido de comunidad; algo que me habían enseñado en la universidad hacía solo un par de años pero que en realidad no había vivido.

Recuerdo cuando Juan leyó en voz alta: “La SEP cancelará las clases”.

Comíamos en un pequeño café cerca del teatro sede de la competencia por la que habíamos viajado a Ciudad de México. Olvidé por un momento que nos acompañaban nuestras tres alumnas, la mamá de una de ellas y la abuelita de otra; le contesté:

“¡Qué tontería!, y entonces ¿cómo vamos a trabajar? Los papás no van a querer pagar, ¿cómo le voy a pagar yo a los maestros?”.

La discusión siguió en torno al poco sentido que tenía encerrarnos tan prematuramente y terminó con un monólogo de la abuelita de Sofi explicando por qué “los papás” no podían “no querer pagar”, y una lluvia de ideas entre Juan y yo para elegir la estrategia que nos permitiera seguir ofreciendo clases.

Sin saber el alcance que tendría —como todos, supongo— ese fue nuestro primer encuentro con la enseñanza a distancia: un montón de ideas alrededor de generar y distribuir videos, en medio de otro montón de quejas por nuestra inconformidad.

Era marzo, la pandemia apenas llegaba a México, todo era nuevo e incierto; así que en ese momento me imaginé que en realidad nuestras alumnas no perderían mucho más de un par de semanas efectivas de clases. Mi inquietud inmediata era cómo sobrevivir ese mes, teníamos que evitar que nuestros papás dijeran “no recibiré clases, no pagaré mensualidad”. Nuestra búsqueda de alternativas estaba motivada por seguir ofreciendo un servicio, más que por mantener una continuidad en la experiencia de aprendizaje de nuestras niñas. Aunque en la ejecución de la estrategia sí pesaba ese proceso educativo, esta motivación inicial trajo nuestros primeros errores.

La SEP había dejado a los estados la decisión de cerrar inmediatamente o esperar un poco y cerrar a media semana. Mientras el gobierno estatal decidía, nosotros nos enfrentábamos a un dilema entre lo que nos parecía socialmente responsable y lo que considerábamos práctico. Decidimos escuchar lo que el resto de los involucrados tenía que decir e hicimos una encuesta entre las familias de la

academia: ¿asistirían a clases si manteníamos abierta la escuela esos días previos al confinamiento?

La respuesta fue un contundente “no”. Quedó claro, nuestras familias estaban de acuerdo con la medida de quedarse en casa. Eso nos dio mucha tranquilidad, cerrar la escuela no sería un acto arbitrario (aunque hubiera sido una disposición del gobierno), sería un acuerdo y lo que hiciéramos para paliar la falta de salones y contacto físico sería una solución esperada, en lugar de ser un intento desesperado por mantenerlos atados a la escuela.

La escuela de danza que dirijo tiene cuarenta años funcionando en la ciudad. Estamos en el punto en el que las mamás llevan a sus niñas con nosotros porque ellas tomaron clases ahí cuando eran pequeñas; de hecho yo soy una de estas exalumnas a las que el universo vio crecer en esos salones, vio probar suerte en otros lugares y —de la forma más inesperada— vio regresar. A pesar de la larga experiencia que tiene la academia, en realidad el ciclo 2019-2020 era mi primer año al frente de ella.

He de admitir que durante el año previo a la pandemia ya había fungido como directora nominal, pero yo era solo la representante de un grupo de cuatro personas a las que la dueña de la escuela había confiado su proyecto. Ahora, este nuevo ciclo estaba completamente bajo mi dirección. Mi novio, una de las cuatro personas que había administrado la escuela el año anterior y la persona con la que me casé después de lo que encontramos compartiendo responsabilidades y aventuras durante la cuarentena, también fungía como codirector; pero en ese momento estaba terminando su carrera y, aunque siempre actuamos juntos en decisiones y en ejecución, era yo quien había quedado al frente. Lo que construimos en la escuela durante esos meses antes de la pandemia definió nuestra experiencia con la educación a distancia.

El objetivo que más nos ilusionaba cuando planeamos ese ciclo escolar era construir una verdadera comunidad. Queríamos que nuestra gente estuviera involucrada entre ellos y con el espacio, para convertirnos en un grupo de personas compartiendo metas e historias, más que un lugar para tomar dos clases de ballet a la semana. Mi mente recién salida de la universidad y enamorada de algunas de las ideas que con tanta pasión exponían mis maestros, quería construir un lugar al que las bailarinas y sus familias pudieran pertenecer, en el que se sintieran acogidos, con el que pudieran comprometerse, junto con el que pudieran soñar y construir.

Buscamos generar pretextos para construir, entre todos, proyectos a largo plazo, promover la convivencia entre bailarinas y entre familiares dentro de la escuela y enriquecer su experiencia lúdica y formativa.

Esa comunidad en ciernes fue lo que nos permitió sobrevivir al primer periodo de confinamiento; una etapa llena de grandes desequilibrios para todos, de muchísima incertidumbre y de numerosos y novedosos encuentros con la virtualidad para, en nuestro caso, descubrir la enseñanza a distancia.

Como directora, asumí que ante la cuarentena tenía cuatro grandes tareas. Me tocaba coordinar la estrategia para dar continuidad a las clases. Era muy importante seguir cultivando ese sentido de comunidad que el momento propiciaba y exigía fortalecer, con canales de comunicación fluidos y con actividades y gestos que fijaran el sentido de pertenencia que habíamos generado los últimos meses.

Sentía la responsabilidad de aligerar las complicaciones que podía generar la enseñanza a distancia en nuestro campo, quería evitar que nos volviéramos una carga más en medio de los agobios que el confinamiento ya estaba produciendo. Y, a pesar de la crisis que se avecinaba, debía encontrar estabilidad financiera para la academia.

Era líder de un equipo de trabajo conformado por cinco maestros, a los que debemos sumarnos Juan y yo, una asistente administrativa y un asesor de medios digitales.

Juntos le dimos forma y sabor a la experiencia de la escuela trabajando en línea. Sabía que “las clases de danza” no eran ni la actividad principal ni la preocupación primordial de nuestra comunidad. Teníamos que encontrar un equilibrio entre mantenernos presentes para evitar perdernos entre otras ocupaciones, y ser tan insistentes que nos filtraran y nos perdiéramos entre otras preocupaciones. Quería mantenernos como un espacio de dispersión y crecimiento en el que nuestras niñas pudieran encontrar algo de tranquilidad, en oposición a un proyecto que generara más obligaciones y angustia.

Para dar continuidad a las clases tuvimos dos etapas. Intentamos primero producir videos, uno por semana para cada taller; teníamos trece talleres. Tres días después de haber puesto en marcha esta primera estrategia nos dimos cuenta de la complejidad en la que nos habíamos enredado. Fueron problemas que ahora parecen obvios y que, en ese momento, probablemente sí vimos pero pasamos por alto o intentamos paliar porque no encontrábamos otra solución. Un par de semanas después de haber iniciado esta estrategia, la alternativa se volvió sumamente popular pero, a la hora de la acción inicial, no pasó por nuestras mentes.

Cada semana terminábamos con un rompecabezas de cientos de pequeños videos, en todo tipo de formatos, que debíamos armar en trece clases coherentes. El mes completo se volvió una pesadilla de edición, producción y distribución de videos. Siempre trabajando contrarreloj, pues había fechas de entrega establecidas, mucho más trabajo del que pensábamos que necesitaríamos y herramientas que no estaban listas para darnos lo mucho que les estábamos exigiendo: nuestras computadoras simplemente se apagaban a medio proceso de edición y nos tardábamos entre tres y seis horas para subir un solo video ya editado. ¡No estábamos preparados!

Fueron las herramientas, la *expertise* y las infinitas horas de trabajo de nuestro asesor de medios digitales, Miguel, las que no solo produjeron nuestros videos, sino que les dieron una apariencia muy profesional que seguramente contribuyó positivamente en la experiencia de nuestras bailarinas tomando clase desde casa.

A pesar de los estragos, todas esas horas de grabación, de compartir videos y de edición (a veces ejecutando y muchas veces observando) fueron un sólido pilar sobre el que construimos el gran proyecto que venía. Optamos por cambiar de estrategia. Era muy complejo el trabajo de producción, había muchos problemas en la recepción de las clases y encontramos dificultades técnicas respecto al contenido, pues debíamos contemplar el nuevo espacio de trabajo de las bailarinas.

Me tocó escuchar las muchas inquietudes de nuestros maestros, algo realmente positivo porque me permitió ver la estrategia que llevaríamos a la práctica desde seis perspectivas diferentes. Me ayudó a entenderla mejor y entonces, a implementarla con una base más sólida y completa. Pero, a pesar de eso, el inicio de nuestra experiencia de enseñanza a distancia se trató, en gran medida, de improvisaciones mientras descubríamos el nuevo medio, nuestras inquietudes y sus posibles soluciones.

Nos vimos en la imperante necesidad de adaptar las dinámicas y el ritmo de nuestras clases al nuevo espacio de trabajo de las bailarinas, que sería reducido, tendría un piso inadecuado, más duro, más frío y menos liso, por lo que habría un mayor riesgo de lesiones, no estaría aislado así que tendría más distracciones, y no le permitiría a la bailarina interactuar ni con sus compañeras ni con sus maestros. Nuestro reto era transformar esa experiencia prácticamente autodidacta y peligrosamente monótona (pues las condiciones nos limitaban) en una hora dinámica de clase guiada.

Una clase de danza tiene normalmente una estructura definida, que tuvimos que desarticular, amasar, deformar y reinventar porque las condiciones habían

cambiado drásticamente. Nos obligó a repensar lo que pensábamos que ya sabíamos, y lo que no sabíamos que nos faltaba conocer; resaltaron en la superficie cosas que asumíamos siempre en el fondo. Veía ir y venir angustias, malestares y muchas ideas que poco a poco se contagiaron entre el resto del equipo y la experiencia de uno alimentó la experiencia de todos. Como docentes, fue un momento de crisis y de muchísima creatividad. Terminamos con nuevas ideas sobre el cuerpo y sobre los objetivos de una clase de danza; específicamente de una clase de danza en una academia.

Me inquietaba muchísimo definir nuestro rol en la experiencia de confinamiento de nuestras bailarinas. Estaba convencida de que encontraríamos nuestro papel si nos pensábamos como un espacio de dispersión, quería ser un oasis en medio de las mismas cuatro paredes, dos rostros, tareas, incertidumbre y frustración que probablemente llenaban los días de nuestras bailarinas. Mi meta era tal vez ilusa, pero pasé muchas noches intentando aterrizar cómo me sentía al respecto. Estaba segura que era mi responsabilidad darle una línea al trabajo de la escuela en este sentido. Por supuesto, cada maestro elegía cómo dar sus clases, sus objetivos y sus dinámicas; pero tenía que poner el tema sobre la mesa para que ellos mismos se lo cuestionaran y acordáramos enfilarnos hacia una dirección.

Quería transmitir que la danza es un medio de desfogue. Que el movimiento, a pesar de ser calculado porque trabajamos una técnica específica, propicia soltura, ayuda a desafanarse de lo que se piensa demasiado. A pesar de lo que se dice sobre el mundo físico, normalmente nuestra relación con el cuerpo es muy pobre y vivimos solo alrededor de lo que pensamos y lo que sentimos; aprender a bailar cambia esa relación y enriquece nuestra convivencia con nosotros mismos, tema central en la cuarentena. Este escenario nos pedía explorar y explotar esa cualidad balsámica de la danza.

Pensaba que el cambio de condiciones era una oportunidad para desarrollar habilidades que normalmente no habríamos trabajado dentro del salón. El medio de transmisión había cambiado y el proceso de aprendizaje, muy basado en la imitación y en el intercambio físico y hasta energético, ahora era diferente. A través de una pantalla es más difícil observar, para las alumnas y para los maestros; así que ellas debían ser mucho más conscientes de sus cuerpos, sin importar la edad, porque los maestros podían dar todo tipo de indicaciones, pero ya no podían guiar tan fácilmente a sus bailarinas para que aplicaran lo indicado. Dependía mucho más de ellas.

Creía que como líder, transmitir estos cambios de enfoque en medio de una situación tan compleja era mi responsabilidad y mi oportunidad. Al final decidimos relajar exigencias técnicas, sin perder la disciplina básica necesaria para trabajar

con el cuerpo y con el objetivo de moldearlo hacia un estilo específico de movimiento. Nos entenderíamos como una pausa en los días de cuarentena para distraerlas de agobios, y lo haríamos a través de concentrarnos en el cuerpo, de trabajarlo y de consentirlo.

Redujimos la duración de las clases para evitar que se volvieran tediosas debido a las condiciones que nos limitaban. Pasábamos por momentos de trabajo técnico que intentaban rescatar un poco la estructura típica de la clase, pero ahora nos enfocábamos en preparar al cuerpo y mantenerlo en forma. Encontramos estrategias de acondicionamiento que se adaptaban a nuestros nuevos espacios de trabajo, y dedicábamos largos periodos de la clase a estiramientos que no solo buscaban mejorar la flexibilidad de nuestras bailarinas, también pretendían relajar al cuerpo después de las largas jornadas que ahora las chicas pasaban sentadas frente a una computadora.

Cada maestro aplicó estos cambios desde su propio estilo de trabajo. El proceso de compartir inquietudes, propias y del resto del equipo, no fue sistemático; de hecho hubo pocas juntas, el intercambio simplemente fue sucediendo. Creo que eso ayudó a que nuestro nuevo enfoque se asentara sólidamente porque propiciaba que cada docente se apropiara de las inquietudes generales, se alimentara de las soluciones y opiniones que se compartían y reestructurara personalmente sus objetivos y dinámicas de clase.

Esta transformación profunda en el contenido y el formato de las clases apenas empezaba a ser explorada en los videos, con el tiempo y el ya próximo cambio de estrategia, maduraría. Pero a través de los videos nuestra metamorfosis no estaba siendo del todo recibida.

En general, tuvimos muchos problemas con la aceptación y utilización de los videos entre nuestras alumnas. Los distribuíamos a través de YouTube, así que resultaba fácil estudiar las estadísticas de visualización. Durante la primera semana la mayoría de nuestras alumnas, de todas las edades, entraban a los enlaces para hacer sus clases en línea. En ese momento parecía que sería una solución temporal y no tenían experiencia previa en este formato así que no sabían, de hecho no sabíamos, lo mucho que implicaba hacer clase en casa a través de un video.

La segunda semana disminuyeron las visualizaciones, sobre todo entre las más pequeñas. Estas bailarinas dependían de sus papás; no solo eran ellos quienes ponían los videos, también eran ellos quienes debían cuidar y muchas veces ayudar a dirigir a la pequeña bailarina durante la clase. Porque la maestra proponía ejercicios, los explicaba de la forma más clara posible y las acompañaba en la

ejecución, pero a través de un video pregrabado era imposible ver la reacción de sus alumnitas. Todas las responsabilidades del docente que dependen de la interacción con sus alumnos ahora recaían, en gran medida, en los papás.

Para la tercera semana las visualizaciones eran prácticamente nulas. Propusimos que nos compartieran fotos y videos de las bailarinas haciendo clase; tal vez, ver las imágenes de las demás bailando en casa incentivara que hicieran sus videos. Recibimos respuesta, bailarinas de todas las edades haciendo clase en sus cuartos, en la sala e incluso en la cocina; era alentador, pero seguían siendo pocas las que participaban.

Quedó claro que la interacción real entre los maestros y los alumnos era indispensable, simularla a través de videos solo estaba haciendo daño. También quedó claro que necesitábamos algo que motivara a nuestras bailarinas a seguir bailando. A pesar de los muchos cambios, teníamos que plantear una meta que las involucrara de nuevo en el proyecto de danza que habíamos estado construyendo durante todo el ciclo escolar. Ya no solo se trataba de sobrevivir, se trataba de rescatar las experiencias de pertenencia, los lazos, la visión a largo plazo que habíamos trabajado desde el inicio del ciclo. A pesar de los cambios teníamos que dejar de ser un grupo de gente con una actividad común manteniéndose simplemente a flote, debíamos convertirnos de nuevo en una comunidad activa.

El primer periodo de confinamiento que vivimos en México fue un golpe duro para las finanzas de muchísimas familias. Eso metía a la escuela en un verdadero problema porque, por muy buen proyecto que fuera, si es que lo era, las clases de danza no eran esenciales y, ante la necesidad, seguramente sería de los primeros gastos que una familia decidiría cortar. Necesitábamos volvernos importantes en la dinámica familiar y muy empáticos, incluso flexibles, para mantener sólida a nuestra comunidad. Teníamos que mantener el interés de los papás en lo que nosotros ofrecíamos y facilitar que las familias pudieran seguir perteneciendo.

El mes de marzo fluyó sin problemas, pero sabíamos que a partir de abril habría apuros y teníamos que anticiparnos con soluciones. Primero hablamos con nuestro equipo de trabajo. Con la dueña, muy empática, negociamos pagar la mitad de la renta mientras durara la cuarentena; eso reducía de forma considerable nuestras obligaciones financieras. Inicialmente habíamos planteado un esquema en el que proponíamos distribuir los ingresos que la escuela obtuviera cada mes de manera proporcional entre el equipo de trabajo y la dueña; apelando a que juntos estábamos reconstruyendo. Sin embargo ella insistió en que simplemente redujéramos a la mitad el costo de la renta, para que con el dinero restante procuráramos pagarle por completo a nuestro equipo. Este gesto atenuó la presión económica, pero ante el panorama que veíamos venir tal vez no sería suficiente para que con el dinero

restante pagáramos el cien por ciento de los honorarios. Tuvimos que negociar con nuestra gente. Calculábamos que podríamos pagar el noventa por ciento de lo correspondiente a cada miembro del equipo y a eso nos comprometimos; todos aceptaron.

Una vez renegociados nuestros compromisos económicos planteamos a los padres de familia un nuevo esquema de pago en el que apelábamos, en gran medida, a su sentido de pertenencia y compromiso con la escuela. Dimos un enorme salto de confianza que a algunos les pareció iluso y poco serio, pero que resultó en un sorprendente éxito. Financieramente fue suficiente para saldar nuestros compromisos; moralmente fue reconfortante para todos los involucrados.

Establecimos un periodo de gracia mientras durara la cuarentena en el que todas las alumnas ya inscritas podían seguir tomando clases sin importar su relación financiera con la escuela; es decir, sin importar si cubrían su mensualidad o no. Lo que pagaran durante esos meses nos permitiría saldar nuestros compromisos inmediatos, pero no estaba relacionado con su posibilidad de tomar clases ese último cuatrimestre del año. En realidad, lo que ofrecimos fue que esas “horas pagadas” se abonaran a una cuenta de clases-extra sin costo que podrían cobrar el siguiente ciclo. Básicamente propusimos adaptarnos a las posibilidades de cada familia, la idea era cuidar la estabilidad familiar y la estabilidad de la escuela porque una dependía de la otra.

La propuesta tenía tres partes: (I.) el monto de pago; (II.) el tiempo de pago; (III.) lo que la escuela ofrecía.

(I.) Respecto al monto, cada familia podía decidir pagar el cien por ciento de la mensualidad, el cincuenta por ciento, o el porcentaje que estuviera dentro de sus posibilidades; incluso, en caso forzoso, podía exentar el pago.

(II.) Normalmente el pago debía realizarse en una sola exhibición durante los primeros diez días del mes. Pero si hacerlo así no era posible, también podían elegir hacer el pago en dos exhibiciones; uno cada quincena sin que aplicara ningún recargo.

(III.) Además de las clases en línea que tomaban cada semana, la escuela ofrecía que las alumnas pudieran acumular horas de taller extra sin costo para el siguiente ciclo escolar. La cantidad de horas de clase que pagaran durante los meses de confinamiento, se abonaba para el siguiente año como horas de un taller extra que podían cobrar las mismas alumnas o un familiar. Si pagaban el cien por ciento de la mensualidad, abonaban el cien por ciento de sus horas de clase; si su pago era por el cincuenta por ciento de la mensualidad, abonaban el cincuenta por ciento de las

clases del mes; si exentaban el pago podían seguir tomando clases este ciclo y el siguiente, simplemente no abonaban horas de taller extra sin costo.

La idea de esta bonificación era incentivar a que pagaran el mayor porcentaje de su mensualidad, si el sentido de comunidad fallaba. También queríamos hacerlo un trato justo entre los que pagaban completo, los que pagaban una parte y los que no pagaban nada; era una retribución.

Ahora que ha pasado casi un año desde que propusimos este esquema de pago, que hemos vivido y que ya terminó, entiendo los comentarios que llamaban a nuestra medida ilusa y poco seria; fuimos exageradamente flexibles. Tal vez tomaba ser una joven en sus veintes con una soñadora idea de comunidad para atreverse a pensar este esquema como posibilidad y aplicarlo en medio de una crisis. Tal vez tomaba estar en medio de una crisis para atreverse a pensarlo y aplicarlo. Como fuera, sucedió y resultó en una medida exitosa.

Era cierto que habíamos dado una gran libertad planteando muchas opciones a los padres de familia, y que podía salirse de nuestras manos el orden de los pagos. Sería fácil perder el control de cuánto dinero tenía que entrar, cuánto dinero sí estaba entrando y cuándo debíamos recibirlo; sin esa información no sabríamos qué esperar del mes y estaríamos a la deriva durante la cuarentena completa. Para evitar ese escenario le pedimos a nuestros padres de familia que nos informaran a través de una encuesta al inicio de cada mes cómo pensaban pagar. Tal vez el noventa por ciento de las familias contestaba la encuesta, y el cien por ciento realizaba lo que había propuesto.

En conjunto con Rossi, nuestra asistente administrativa, llevamos un registro poco ortodoxo de los pagos realizados, pues había una gran variedad de montos y de tiempos de pago. Pero este registro, aunado a la información que los padres de familia proporcionaban en las encuestas, nos permitía conocer el panorama del mes conforme iba avanzando y nos facilitaba generar expectativas y planear.

Debido a la contingencia perdimos más o menos al treinta por ciento de nuestro alumnado. Las razones de estas deserciones están vinculadas con problemas técnicos como falta de espacio, falta de un servicio estable de internet, saturación académica o complicaciones para que los padres guiaran a sus pequeñas durante la clase; la mayoría de las alumnas que perdimos pertenecían a los grupos de las más pequeñas. Sin embargo, nuestro esquema de pago nos permitió rescatar a muchas alumnas que por dificultades económicas habrían tenido que darse de baja.

Un poco más de la mitad de nuestras familias pagaron la totalidad de su mensualidad durante la cuarentena. Las demás pagaban, o bien la mitad de su cuota, o bien un poco más de la mitad (“el porcentaje que estuviera dentro de sus posibilidades”). Solo una alumna pagaba menos de la mitad, y únicamente tres familias optaron por exentar el pago; de estas tres familias, una exentó durante un mes y pagó la mitad de su mensualidad el resto de la cuarentena, y otra de las tres pagó un porcentaje del total de las mensualidades exentas al finalizar la cuarentena (cuando recuperó su trabajo). Muchos pagos venían acompañados de mensajes de agradecimiento por la medida; estoy segura que las facilidades de pago fortalecieron la relación entre los miembros de nuestra comunidad con su espacio (aunque ya no fuera físico) y con su gente.

Hubo tres razones y una apuesta por las que nuestro esquema de pagos favorecía a la escuela. La evidente es que nos convenía recibir la mitad de una mensualidad, en vez de no recibir nada por la imposibilidad de pagar la cuota completa. La romántica es que mantuvimos unida y sólida a nuestra comunidad durante la contingencia. La práctica es que haberla mantenido unida durante la contingencia nos permitió retomarla casi intacta al inicio del siguiente ciclo, cuando la situación financiera de nuestras familias se había estabilizado. Y la apuesta era que, si enganchábamos a las bailarinas en sus talleres extra sin costo, probablemente alguna continuaría tomándolo después de haber agotado sus horas acumuladas.

Por otro lado, los papás pagaban (el porcentaje que hubieran decidido) porque ofrecíamos un servicio que satisfacía sus deseos o necesidades. Claramente dar clases a través de videos no estaba cumpliendo su función, era imperante cambiar de estrategia. El panorama de la cuarentena nos exigía buscar un plan a largo plazo basado en darle continuidad al proceso educativo de nuestras bailarinas.

Para ese momento, se habían vuelto populares en el entorno educativo las plataformas de videoconferencia, así que tanto para los maestros como para los alumnos comenzaba a ser familiar trabajar a través de este medio. Probamos diferentes plataformas hasta que sucumbimos a Zoom, pues su uso demandaba poco esfuerzo de los participantes (por ejemplo, no era necesario hacer una cuenta) y permitía al anfitrión transmitir simultánea y claramente voz y música.

Con esta nueva estrategia recuperamos el interés de las bailarinas y de sus familias. Por un lado, tener a un maestro frente a la cámara que notara cuándo entraban a clase y cuándo no, y que supiera cuándo estaban trabajando y cuándo solo estaban

simulando, motivó muchísimo a las alumnas; frente al contraste de tener que motivarse ellas mismas cuando tenían que repetir videos ellas solitas. Por otro lado, reactivó la comunicación bailarina - docente y entre compañeras; ahora sí era posible darle seguimiento al desarrollo de nuestras alumnas, recibíamos retroalimentación directa y muchas veces inmediata, adaptábamos nuestras dinámicas y ritmos de clase a lo que observábamos. El intercambio era limitado, pero por fin estaba sucediendo; estaba claro que sin intercambio la experiencia enseñanza-aprendizaje quedaba simplemente trunca.

Esta renovada motivación y las posibilidades que un encuentro (aunque fuera virtual) propiciaba mejoraron en gran medida la experiencia de aprendizaje de las niñas, y la experiencia de enseñanza de los maestros. Nos permitió explorar aún más esa transformación de enfoque y contenido de las clases que iniciamos durante la producción de los videos y que ahora encontraba una etapa de madurez.

Habíamos hallado el medio para transmitir las clases. Ahora necesitábamos darle a nuestras alumnas una meta, porque sabíamos que sin un propósito las niñas perderían enfoque e interés. Las mantendríamos motivadas con un proyecto a mediano plazo.

Todos los años la escuela cerraba el ciclo de trabajo con un festival de fin de cursos, que se había vuelto tradición y que las niñas esperaban siempre con ansia. Esta vez, las circunstancias parecían impedirlo: reunirnos para ensayar sería imposible, no había dinero para vestuarios ni para rentar un teatro además de que, por supuesto, los teatros estaban cerrados. Y a pesar de eso, necesitábamos más que nunca llevar a cabo ese festival de cierre por mantenerlas motivadas, por darles pretextos para distraerse del encierro y convivir de forma diferente en casa, por propiciar esa experiencia escénica que enriquece tanto su formación, por fortalecer sus lazos con la escuela.

Una vez más, cambiamos de enfoque y transformamos la función del teatro en una videodanza. Tuvimos que hacer una investigación para estar seguros de lo que implicaba este nuevo formato, y de todas las posibilidades que nos permitiría explorar para aprovecharlas al máximo; nadie en nuestro equipo tenía experiencia en este campo. Tuvimos que adquirir nuevas herramientas y aprender a usarlas. Y tuvimos que convencer a todos de que esta novedad (una vez más) sería una buena experiencia.

Lo primero era platicar con los maestros porque había cambios drásticos que los atañían; el más importante era deshacerse de la idea de que la danza es únicamente para un escenario, se trataba de danza concebida para el cuerpo y para la cámara,

y además tendrían que enseñar a través de una pantalla secuencias en las que sus bailarinas no podían desplazarse. No logré emocionarlos, a la mayoría le costó trabajo aceptar la idea; pero decidieron intentarlo, confiaron en mí a pesar de no entender del todo el proyecto y se lanzaron con mucha intención y compromiso a crear en conjunto y a distancia una videodanza.

Después, tuvimos que explicarle a nuestras alumnas y a sus familias el nuevo proyecto en el que necesitaríamos la ayuda de todos. Los familiares jugarían un papel importante pues elaborarían el vestuario y serían, en muchos casos, los camarógrafos que capturarían a las bailarinas en sus coreografías. Platicamos con ellas en videoconferencia y compartimos un video, narrado por todo el equipo de trabajo, para contarles de qué se trataría el proyecto de fin de ciclo. Ninguna estaba obligada a participar pero obtuvimos buena respuesta y más del noventa por ciento de nuestras alumnas decidieron ser parte. Creo que al inicio tampoco entendieron del todo el proyecto, pero estaban entusiasmadas por la idea y eso fue más que suficiente.

Juan y yo creamos una historia, una leyenda de piratas que narraríamos a lo largo de la obra en video, repartiendo personajes entre los grupos de la academia; sería *La leyenda del Caraid Cuan*. Cada maestro creó una coreografía tomando en cuenta las limitaciones que el espacio de cada bailarina representaba, y las posibilidades que la cámara y la edición facilitaban. En conjunto con los maestros diseñamos vestuarios sencillos que nos ayudaran a personificar a nuestras bailarinas y que pudieran hacerse con materiales caseros. Los maestros y las bailarinas trabajaron para aprenderse la coreografía, a veces en grupo, a veces en asesorías personales, a veces a través de videollamadas, a veces a través de videos.

Durante el último mes de trabajo los profesores pidieron a sus alumnas que, poco a poco, enviaran videos cortos en los que bailaran, con vestuario, secciones específicas de la coreografía. Había instrucciones particulares para cada video que obedecían a la coreografía con la cámara; por ejemplo se indicaba si debían grabar horizontal o verticalmente, si debían hacerlo con luz natural o con una linterna para producir sombras, si debían verse de cuerpo completo o únicamente el rostro o los pies... Cada sección de la coreografía tenía necesidades específicas que nos ayudarían después a contar la historia y a enriquecer la coreografía.

Aunque fuera una experiencia casera, queríamos que nuestras niñas y nuestros maestros se sumergieran en este nuevo ejercicio escénico que, tal vez, no habrían explorado fuera de esta circunstancia. Y creo que lo logramos, hay experiencias conmovedoras de familias moviendo todos los muebles de la casa creando espacio suficiente para la bailarina, de contrapropuestas a los vestuarios caseros, o de

padres dictando las indicaciones que diría la maestra a su pequeñita para que repitiera las secuencias ensayadas.

Las últimas dos semanas previas a la fecha de estreno fueron de nuevo un embrollo de edición. Esta vez estábamos un poco más preparados que al inicio de la cuarentena, teníamos herramientas más adecuadas y conocíamos mejor el reto. Pero fue un trabajo titánico ensamblar los videos individuales que cada bailarina había grabado en su casa, para armar coreografías grupales. Unificarlas, por ejemplo, para que sus movimientos se vieran simultáneos fue sumamente difícil, pues bailando sin la compañía de las demás cada una llevaba su propio ritmo (a pesar de los esfuerzos de los maestros). En un solo día pasábamos más horas sentados frente a una computadora editando, que el total de horas que dormimos durante los últimos siete días.

A pesar de la distancia, hicimos coincidir a las bailarinas en un mismo espacio. Acompañamos las coreografías con animaciones que hizo nuestro asesor de medios digitales para narrar la leyenda de piratas. Y el día del estreno transmitimos en vivo a través de redes sociales y de nuestra página web la videodanza completa.

La transmisión llegó a más gente de la que la obra en un escenario hubiera podido llegar, nos vio gente a lo largo de toda la república e incluso fuera del país. La videodanza le dio una meta motivante a nuestras bailarinas y pretexto para distraerse en familia del encierro y de la rutina, lo que les ayudó a aprovechar mejor sus horas de clase y a esforzarse en desarrollar nuevas habilidades. Les permitió cerrar su ciclo de trabajo y compartir con muchísima gente un pedacito de ellas y de lo que hacen. Y fortaleció de una forma inimaginable nuestra comunidad. Nunca había recibido tantos mensajes llenos de cariño y genuino agradecimiento como recibí al finalizar la transmisión. Ni nuestro equipo de trabajo, ni nuestras bailarinas, ni sus familias imaginaban el resultado de su esfuerzo (que esta vez había sido familiar). Sin querer, los sorprendimos y terminaron ese primer ciclo de aprendizaje a distancia satisfechos de pertenecer a donde pertenecían y de haber hecho lo que hicieron.

Hoy vivimos un reto diferente pues las clases tienen ahora un formato mixto: presencial y simultáneamente en línea. Nuestra experiencia como docentes este ciclo está cimentada en esa burbuja de espacio y tiempo extraordinarios en la que redescubrimos estructuras, enfoques y objetivos de transmitir un estilo de movimiento e invitar a bailar. Este nuevo ciclo me he sentido mucho más limitada, es difícil encontrar estabilidad en dinámicas y en el alumnado porque las disposiciones oficiales nos cierran y nos abren casi aleatoriamente, y para muchas alumnas hemos agotado por completo la experiencia en línea.

Pero ahora conozco por experiencia, y no solo por teoría, la fuerza que tiene el sentido de comunidad; porque permite comunicación, empatía, intercambio, apropiación y compromiso genuinos. Hay mucha confianza alrededor de actuar en conjunto y una enorme motivación, que es lo único esencial en el proceso de aprendizaje. Esa certeza la encontré dirigiendo a una comunidad que siguió en movimiento y compartiendo juntos a pesar de la distancia.

Mi experiencia ante la pandemia

“Lucy Zerón”

La experiencia que voy a narrar el día de hoy 25 de febrero del 2021, siendo las 13:07, es sobre la pandemia que se vive de la COVID-19 en México y no solo aquí, sino en todo el mundo.

Todo sucede a partir del año pasado, el modo de vivir, la rutina laboral que teníamos cambió rotundamente para todas las mujeres que afortunadamente contamos con un trabajo en una institución educativa como lo es mi caso.

Cabe mencionar que esta situación la percibimos desde puntos de vista totalmente diferente, ya que las actividades que tenemos no son las mismas: mi niña de 8 años con sus tareas, el querer salir a jugar, o simplemente ir a la escuela a convivir con sus amiguitas; mi esposo con su trabajo o sus actividades de fin de semana; no se diga de los adultos mayores que hasta donde me di cuenta son los que tenían más miedo de contagiarse; y sin dejar a un lado la situación económica, ésta fue la gota que derramó el vaso, todos nos preocupamos por no salir para evitar un contagio, pero nunca pasó por mi mente que la economía se iba a estancar, ya que el lugar en donde vivo, parte del activo circulante lo mueven las empresas textiles, y de repente todo se acabó, dejaron de producir y mucha gente se quedó sin trabajo, y pobrecitos, todos con sus compromisos, con algunas deudas por pagar, ha sido un caos, muchas personas se regresaron a sus comunidades, negocios se cerraron, a las personas que venían a vender de otros municipios les prohibieron realizar su vendimia, entonces al enterarme de toda esa situación mi cabeza se llenó de mil escenarios, y como cereza del pastel, empiezan las primeras muertes, te enteras de que el amigo de un vecino, el familiar de un amigo, el papá de un compañero de trabajo ya se contagió y lo tienen que incinerar, que si te sientes mal y te llevan al Seguro Social te entregan a tu familiar en cenizas. Tener que enterarse de todas estas anécdotas o tragedias y encerrada en casa, salir solo por lo necesario y con el temor de no contraer el virus. Estaba viviendo un escenario al cual ni en mis sueños me imaginaba, es decir mi vida dio un giro de 180 grados. No poder salir a visitar a mis hermanas a tomar una tacita de café, platicar frente a frente, invitar a un amigo a la casa, de repente todo eso se había acabado.

Entonces no me quedó de otra más que acostumbrarme a las nuevas actividades que me corresponderían. Quisiera compartirles, primeramente, mi rol antes de iniciar esta pandemia: vivía el día a día como madre trabajadora de una institución, a la cual estoy orgullosa de ser parte del equipo de trabajo, de la “Universidad Tecnológica de la Sierra Hidalguense”, desde el año 2000 a la fecha. Para mí es triste decir que no era la misma convivencia con mi hija antes de la pandemia, ya que cada quien tenía sus actividades diarias, mi hija cursando su primer grado de primaria, y todos los días era llevarla temprano a la escuela, a las 8:00 y la salida a la 13:00, y yo no podía ir a recogerla razón por la cual le pagaba a una señora para que fuera por ella y me la cuidara, para así poder terminar con mi jornada laboral

de 09:00 a 17:00, es triste decirlo pero ya no tenemos tiempo de estar con nuestros hijos, nos habíamos adaptado a ello ya que no teníamos de otra, también el ingreso es parte fundamental en un hogar y los gastos del día a día son más y tenemos que sacrificar la convivencia con nuestros hijos por un ingreso más. Ahora que estamos en casa el lado bueno que puedo comentar es que he aprendido a convivir con ella y mi esposo y tratar de disfrutar al máximo estos momentos, desde que Dios nos permite ver la luz del día hasta que anochece, todo esto lo tomo como parte de un aprendizaje, de esto debemos de sacar algo bueno no todo es malo, ya que tenemos la oportunidad de estar en casa conviviendo con los nuestros y cuidándonos unos a los otros tomando las medidas higiénicas para no contraer el virus al que estamos expuestos y no puedo decir "a mí no me va a pasar nada". He buscado maneras para llevar una buena alimentación, ya que antes no lo hacía, siempre por las prisas y por no estar en casa, quiero decir que me siento orgullosa ya que mi hija hasta el momento se ve totalmente diferente a como estaba antes, me propuse ver su alimentación, educación, y buscar algún talento que a ella le gustara y éste fue tocar piano, le compré su piano y está encantada y veo que sí le gusta, eso me llena de satisfacción ya que estoy empleando el tiempo que tengo en casa para algo bueno y que espero en el futuro verla tocando unas melodías en su piano.

¿Los desafíos que enfrento?

Voy a permitirme hablar de tres temas:

1.- Ama de casa

Es muy importante la labor que desempeña una ama de casa, y la verdad en la actualidad se ve a simple vista como si no se hiciera nada, pero me gustaría hablarles de mi experiencia ante tal situación que estoy desempeñando en casa, es un rol muy importante desde que amanece hasta que anochece, los quehaceres cotidianos no terminan y lo peor de todo no se recibe un ingreso como tal, para iniciar el día uno, como mamá, debemos de preocuparnos de que vamos a desayunar, almorzar, comer y cenar, la mamá siempre será la persona que lo sabe todo en casa, desde lo más simple hasta lo más complejo, yo lo estoy viviendo ya que gracias a Dios cuento con una familia que está integrada por mi esposo, mi hija Nahilyn pero de cariño le decimos Nay, y si no encuentran algo por muy simple que sea, siempre estoy yo para decirles, si me gusta ser ama de casa y se me ha hecho fácil ya que si haces lo que te gusta, nada será difícil, y más porque yo casi no estaba en casa siempre trabajando y llegando ya tarde a realizar doble labor, primero lo laboral y por la tarde lo que me diera tiempo de realizar de las labores domésticas, llegar a realizar lo que de día no puedo hacer, luego atender a mi niña

en su educación la realización de tareas de su escuela. Siempre tuve la inquietud de estudiar la carrera de gastronomía y me gustaría a futuro poder estudiar para ser una gran chef y poder desempeñarme en un restaurante de calidad y prestigio; pero por lo pronto ahorita me estoy centrando en ver a mi hija, ver por su salud, la mía y la de mi esposo, hice cambios radicales que jamás me hubiera imaginado desde cambiar hábitos alimenticios, un buen desayuno balanceado, jugos verdes para mí y mi esposo y jugos rojos para mi niña, realizo ejercicios en casa, cardio y para reafirmar glúteos, y lo más satisfactorio es ver resultados y eso me impulsa a seguir con lo que estoy haciendo, siempre lo he dicho: de lo malo debemos de sacar algo bueno, y ante todo actitud positiva, y eso me hace verme bien física y emocionalmente, ya que si yo estoy bien conmigo misma podré dar a los demás lo mejor que quiero para ellos. No podemos decir que esta tarea es fácil y expreso mi admiración y respeto para todas aquellas amas de casa que llevan a cabo esta ardua labor ya que sin recibir un sueldo realizan todas las actividades desde la crianza de los hijos hasta la alimentación que ellos reciben ya que de las mamás depende lo que reflejen los hijos.

2.- Oficina en casa

Soy trabajadora en una institución, a la cual estoy orgullosa de pertenecer como lo es la “Universidad Tecnológica de la Sierra Hidalguense”, desde el año 2000 a la fecha, y me gusta lo que realizo y para llevar las actividades de trabajo en casa me coordino con mi jefe inmediato para realizar las actividades que me solicitan, en este punto quiero decir que es un poco más cansado ya que no tenemos un horario como lo hacíamos en la escuela y se terminaba tu jornada laboral y ya, ahora el trabajo en casa hay días que si es necesario sacar un trabajo hay que estar ahí a la hora que nos llamen y soliciten algo no hay horario de salida, pero bueno es algo de lo que me siento orgullosa y que debo de estar agradecida y que le doy gracias a Dios por tener un trabajo y poder percibir un sueldo, muy indispensable para estos tiempos que estamos viviendo, ya que ahorita en casa son más los gastos puesto que estamos todo el día, hay que desayunar, almorzar y comer y debo de tener insumos para ellos y eso está generando más gastos, ya que son una gran prioridad, antes de esta pandemia ella tenía un peso muy bajo, no alcanzaba el idóneo y yo me preguntaba pero ¿por qué? pues la respuesta es que se debe de estar supervisando lo que comen y en qué cantidad y que lo que come sea nutritivo y tenga todas las vitaminas posibles para ayudarla en su peso.

3.- Enseñanza a distancia

A mi parecer me siento a gusto porque es parte de un aprendizaje de madre e hija y la convivencia día a día con ella, “maestra en casa” no es fácil ya que no tengo un perfil como tal, y no estábamos preparados para esto, aquí quiero expresar mi admiración y respeto para todas y todos los profesores del mundo ya que tienen una gran responsabilidad el preparar en la enseñanza-aprendizaje a los niños y niñas para poder ser alguien en la vida, ya que no es nada fácil, porque yo solo tengo una alumna en casa y es difícil, ahora me pongo a pensar en las maestras y maestros que están enseñando a grupos de 20 o 30 estudiantes, ¡Wouuu!, parece fácil pero no lo es.

Una gran ventaja que tengo es poder contar las herramientas básicas como son (internet, computadora, impresora y celular) para el cumplimiento de las actividades que le encargan a mi hija en la escuela, y es que he visto como muchas mamás como les ha costado adaptarse a esta modalidad, aunado a que no saben usar la tecnología, y en el peor de los casos muchas de ellas no saben leer, viéndose afectado el niño o niña.

Por otra parte, quiero decir que no todo es bonito hay días en que el mismo encierro nos afecta y nos hace ponernos de malas tanto mi hija como a su servidora, quiero expresar esto de lo que me percaté; a inicio del año pasado estuve trabajando con ella, realizábamos las actividades conforme a la temática del profesor, entregando diariamente sus actividades antes de las 14:00 h. y veíamos la clases por TV, reforzando sus actividades a parte con un archivo en PDF que la maestra nos envía semanalmente hasta ahí prácticamente trabajé bien con ella, la veía con ganas de aprender, ponía atención a las clases de la TV y realizábamos sus actividades escolares, terminamos el año 2020, todo estuvo excelente, la veía con más entusiasmo inclusive hasta adelantábamos actividades, pero a partir desde que inició este año he visto cambios en ella, ya no es el mismo entusiasmo a como venía realizando sus actividades, tal vez ya les esté afectando todo este confinamiento que estamos viviendo día a día, y platicando con algunas mamás del grupo de WhatsApp que tenemos, algunos niños se encuentran en la misma situación, que ya se están cansando de vivir esta situación, pero aun así no nos damos por vencidas, trato de hacer las actividades de la mejor manera, busco estrategias para que esto no se vuelva tan monótonas, un día las realizamos en el comedor, otro día me la llevo para su cuarto y trato de echar relajo con ella de que es nuestro salón de clases y que yo soy su maestra, y trato de realizar las actividades como lo hace un maestro en clase, y veo que a ella sí le gusta, de hecho me siento orgullosa porque le gusta realizar sus actividades conmigo solamente con su papá siento que no tiene la misma confianza como conmigo, de hecho en algunas ocasiones he tenido que salir al trabajo y ella se queda muy triste y se preocupa de con quién va hacer sus tareas de la escuela, prefiere esperarme hasta

que llego para hacerlas y las hacemos, yo sé que podría realizarlas con su papá que si no quiere pues no la obligo, no me cuesta nada enseñarla y lo hago con gusto, quiero platicar lo que pasa en mi salón de clases luego me llama como mamá y yo le digo ahorita no soy tu mamá, soy tu maestra, y trato de sacarle una sonrisa para que no tome las actividades muy pesadas, la he enseñado que desde que se levanta, tiene que desayunar, luego tender su cama, limpiar su cuarto, y posteriormente a desayunar, para luego meterse a bañar, que se arregle para verse bonita y tener la energía necesaria para empezar a llevar a cabo nuestras actividades y así esté despejada, y así iniciamos nuestro día a día, como madre, ama de casa y maestra, y ella me dice que se siente orgullosa de mi por ser así como soy con ella, es mi hija y la quiero como a nadie en este mundo, por ella vivo, por ella le hecho ganas a lo que hago, y ella se da cuenta que soy una buena mamá con ella, disfruto estar aquí en casa y disfruto estar con mi familia, los quiero mucho son lo más importante que tengo aquí en la tierra, ya que mis padres desafortunadamente no están aquí, están en el cielo cuidándonos.

Finalmente, quiero terminar este espacio permitido para poder elevar una oración para todos los que estamos viviendo esta pandemia, Dios quiera y todo esto pase pronto para que los niños y niñas, adolescentes de todas las edades vuelvan a las aulas pronto, y todo vuelva hacer como antes de la pandemia.

ORACIÓN CONTRA EL CORONAVIRUS

Señor Jesús, nuestro Médico Divino, te pedimos que nos guardes y protejas del coronavirus y de todas las enfermedades letales.

Ten piedad de todos los que han muerto, sana a todos los que están enfermos. Ilumina a todos los científicos que están buscando un remedio.

Fortalece y protege a todos los asistentes sanitarios que están ayudando en estos momentos a los enfermos.

Dales la victoria a todos los responsables civiles que están intentando limitar el contagio, y dales la paz a todos los que tienen miedo y están preocupados principalmente ancianos y las personas en situación de riesgo. Que tu preciosa sangre sea nuestra defensa y salvación, por tu gracia, transforma el mal de la enfermedad en momentos de consolación, crecimiento en la fe y esperanza, que temamos el contagio del pecado más que cualquier otra enfermedad. Nos abandonamos con toda confianza en tu infinita misericordia. Amén.

Espero y vengan tiempos mejores para todos nosotros, y esto pase pronto, sé que ya nada volverá a ser como antes, ya que habrá gente que perdió a un ser querido y no volverá a verlo físicamente, pero sí espiritualmente porque siempre estarán presentes en nuestros corazones.

Por último, ¡quiero dar gracias! a la Asociación Documentación y Estudios de Mujeres, A.C. (DEMAC), por la invitación a participar en el concurso “Mujeres en la enseñanza a distancia”, y darnos este espacio para expresar nuestro sentir, ya que es necesario expresar nuestras emociones, y difícilmente nos cuesta trabajo externarlas hacia los demás, por el simple temor de que me van a decir o como lo pueden tomar ya que no todos tenemos la misma perspectiva de ver las cosas, este espacio me ha permitido dar a conocer con mis propias palabras lo que estoy viviendo en casa y las digo desde lo más profundo de mi corazón.

Recomendaciones para prevenir contagios

“Metztli Avendaño”

Especialistas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) dieron las principales recomendaciones para prevenir contagios de Covid-19 ante el retorno a las actividades diarias, indicaron que en esta contingencia hay que:

- Mantener la sana distancia de 1.5 metros
- Lavarse las manos con agua y jabón durante 40 segundos
- Utilizar gel con base de alcohol al 70 por ciento varias veces al día
- Usar cubre boca durante la jornada laboral

A estas recomendaciones del Sector Salud les agregaría:

- Paciencia y no tomar todo personal
- Empatía con nuestro entorno
- Actitud positiva
- Una dosis de alegría a cada momento
- Amor
- Darte un espacio para ti

Soy “Meztli Avendaño”, auxiliar administrativa de una escuela de telesecundaria en la comunidad de Jofrito de la delegación de Santa Rosa Jáuregui, en el estado de Querétaro; tengo 31 años, soy de Querétaro, Querétaro.

¡Y vaya con este gran cambio que hemos vivido hasta este momento con la pandemia! Ya casi se cumple un año, y mi experiencia al comienzo fue que parecían vacaciones, sinceramente era agradable quedarme en casa, disfrutar, pintar y hacer lo que más me gusta, estar con mi familia que está compuesta por mi esposo Diego y tres mascotas (Dogo, Chabela y Juanita) y un ajolote llamado Mojito que falleció. Ellos son mi gran alegría todos los días, pero mientras mas pasaba el tiempo extrañaba mis actividades cotidianas y sobre todo el contacto con mis compañeros de trabajo, padres de familia, alumnos... también se vieron afectadas mis ganas de arreglarme, bueno eso no era tan notorio al comienzo ya que lo tomaba como estar cómoda y lo cual ahora puedo decir no hay nada más hermoso que arreglarse para una misma por el hecho de verme en el espejo y gustarme; pasó a alterarme emocionalmente, y sobre todo económicamente, mi pareja tiene un negocio propio

de aluminio y vidrio el cual se vio muy afectado, al comienzo tratamos de mantener la calma pero solo con mi sueldo no podíamos cubrir los gastos, sinceramente hubo tres días en los cuales solo comíamos una vez y contábamos los huevos para el desayuno y la comida, fue algo muy triste y de una enseñanza enorme la cual me ayudó mucho a valorar mis alimentos, y el cómo guardar la calma ante esa situación, por suerte mi mamá y mi suegro nos apoyaron, la familia nunca nos deja solos.

Mi pareja tuvo que salir a buscar trabajo para nuestro sustento lo cual nos ha tenido con miedo pues salir es estar en contacto con personas y queremos evitar un contagio.

Esta experiencia —que yo diría con más exactitud— este nuevo estilo de vida nos ha cambiado demasiado, al no convivir con la familia, amigos y compañeros para un bienestar común. En lo particular tengo que ser auxiliar administrativa, ama de casa, estudiante, y diseñadora lo cual se ha vuelto un reto día con día; lidiar con todas estas actividades y sobre todo sobrellevar las emociones y retos que se me presentan a cada momento, en todos los ámbitos de nuestra vida diaria, es una lucha, y de mucha paciencia. Me parece importante el tema del cómo no sabemos comunicarnos, cómo interpretamos los mensajes, y lo describo porque es lo que me sucede, aún en este momento con mi jefa de trabajo, ya que no hay como el contacto cara a cara, por lo cual me ha llevado a conflictos fuertes y que llegaron a desanimarme hasta dudar de mis capacidades; me ha causado frustración, enojo, incluso tuve que hablar con el jefe directo de ella para que mediara la situación, todo esto me ha hecho pensar en cambiarme de centro de trabajo para tener un mejor ambiente laboral, pero aun así, tuve que ver con otros ojos para poder tomar esto como un área de oportunidad de crecimiento personal y laboral, incluso decidí entrar a estudiar la carrera de psicología ya que en este periodo de encierro, he vivido diferentes cambios dentro de mí y me pareció interesante sanarme y en un dado caso, mas adelante, ayudar a mis pacientes.

Siempre que hablaban de depresión o neurosis lo tomaba muy a la ligera hasta que tuve que vivir todo esto en carne propia, busqué ayuda psicológica, pero la economía no me permitía tener más de una sesión al mes, pero me ayudaba bastante, en este momento ya no tomo terapia porque lo invierto en mis estudios, y mi consejo sería, que no dejen de buscar ayuda porque hay cosas que salen de nuestros conocimientos, por ejemplo, el cómo poder lidiar con un enojo o arranque de ira, busquen a alguien con las herramientas necesarias para que las ayuden, o hasta platicar con alguien de su confianza.

Ahora lo que me ayuda bastante es escribir lo que siento y de alguna manera me libero de varios sentires, pero tener un espacio en calma me resulta un poco difícil,

por la modalidad de trabajo y escuela me divido entre los quehaceres de mi casa, comida, trabajo, escuela. Mis jornadas laborales se extienden hasta por 12 horas o más, mucho más extensas que una jornada normal, con ello pierde uno la sensación del tiempo y tanto es así que siendo las cinco de la tarde me siguen llegando mensajes para la entrega de un trabajo y es aquí donde uno tiene que tener amor por lo que hace, empatía con nuestros compañeros ya que también les brindo ayuda a los profesores que no tienen tanto desenvolvimiento con la computadora; con una actitud positiva y una dosis de alegría he podido realizar el trabajo y que se haga más ameno y hermoso, me ha tocado realizar mis compras de alimentos en el súper mercado, mandando trabajos y contestar llamadas hasta las 10:30 p.m. para orientar a los profesores sobre algún trabajo por realizar, son tantas cosas y varios roles que nos toca hacer pero trato de tener un espacio para disfrutarme, he cocinado mi comida hasta las 6 pm por la carga de trabajo, incluso he estado de incapacidad y tengo que seguir laborando ya que mi trabajo me lo exige, es por eso que siempre en un trabajo debe de darse un 120% de actitud y disposición para lograr buenos resultados.

Hay juntas que se alargan por muchas horas, trabajo excesivo y lo que más me preocupa es que tengo que ir a mi centro de trabajo y eso es exponerme a mí y a mi familia ante algún contagio, tomo dos camiones para llegar a mi trabajo, hago aproximadamente una y media horas para llegar, aun llevando mi cubrebocas y siguiendo las medidas de higiene, el miedo prevalece ya que muchos conocidos y compañeros del trabajo se han contagiado aun con estas barreras, y llego a mi centro de trabajo a dar lo mejor de mí y cuando alguien me da las gracias por la ayuda que le brindé a algún padre de familia o alumno me siento reconfortada porque es ahí cuando vale todo la pena.

Por otro lado en mi vida sentimental con mi esposo —que así le llamo aunque no me he casado con él—, pero vivimos juntos ya por tres años, tuve muchos conflictos por el gran tiempo que compartimos que en realidad no tendría que ser así, pero sí, la convivencia de todos los días y todas las horas tuvieron sus consecuencias bonitas y otras no tanto; nuestro carácter es muy parecido, tuvimos que buscar alternativas incluso decidir ir a terapia de pareja aunque sea una vez al mes por lo de la situación económica, también implementamos horarios y nuevas actividades para convivir de otra manera, y no hacer tan cotidiano todo, que claro como mencioné al comienzo es aquí donde uno tiene que tener paciencia, amor, empatía y ver esto como una enseñanza, ya que me brindó la oportunidad de expandir mi mente, canalizar mis emociones y sobre todo conocerme más y aceptarnos con nuestros defectos y virtudes, adaptarnos y disfrutarnos, cuidar nuestro hogar,

cuidarnos mutuamente sin salir, estar contentos por estar en casa y que ésta fuera nuestro resguardo y no un cuarto de hospital, agradezcamos.

No tuve conflicto con aprender a usar la computadora ya que soy licenciada en sistemas computacionales, este no era un nuevo modelo de trabajo para mí, el conflicto fue no tener la herramienta de trabajo llamada computadora, por ahora voy al “cyber” o me prestan una laptop ya que esta herramienta de trabajo es mi mano derecha y me ayuda a tener mi trabajo listo, tomar clases, hacer mis tareas y en este momento poder escribir esto y poder concursar con mi relatoría, ya que si gano el concurso lo pienso invertir en una computadora y un escritorio ya que en este momento mi escritorio es la mitad de la mesa de mi comedor.

A veces hay varias barreras para realizar el trabajo: como los cortes de energía eléctrica en varias ocasiones así como del internet, y aunque muchas veces me frustré, ahora trato de tranquilizarme y entender que no está en mis manos el no poder realizar el trabajo, por eso ahora entiendo a la perfección no es lo que pasa, si no lo que se hace con lo que nos pasa y en mi parecer es crecer, transformarnos, adaptarnos y tomar lo bueno de esta pandemia y hacer una mejor versión de nosotras mismas como trabajadoras, estudiantes y los demasiados roles en los que nos desenvolvemos la mayoría de nosotras y en todo esto también date un espacio para relajarte y mimarte, darse amor no es tan malo es algo que está en peligro de extinción, levantarnos y arreglarnos, estar cómodas y bonitas, sí, sé que todas tenemos problemas pero por favor no te desanimes, eres grandiosa y tenemos el poder de cambiar nuestros días, agradezcamos la salud y este nuevo estilo de vida para mejorar mucho mas en todos los aspectos de nuestros días; el poder estar con nuestra familia y valorar su presencia y en cuanto se pueda verlos y disfrutarlos, ya que en lo personal pasamos fechas importantes como cumpleaños, navidad y año nuevo sin su compañía.

Para tener más convivencia con mi familia hice un grupo de WhatsApp para platicar de nuestro día a día y hacemos videollamadas los días viernes para contarnos cómo estamos, qué tal nuestra semana, esto nos ha mantenido mas unidos y en contacto.

A mi esposo y a mí nos ha tocado ser plomeros al reparar una fuga de agua en nuestro lavabo, ya que no se tiene la economía para contratar a alguien, incluso hemos aprendido a cocinar cosas diferentes y económicas, a organizar los pagos del mes ya que se juntaron cuentas de gran cantidad lo cual nos ha llevado a tener más organización de nuestro dinero lo que antes no hacíamos, así como organizar las compras de la semana para no tener que salir y exponernos; nos han gustado mucho las plantas que incluso adaptamos un lugar en el cual empezamos a cultivar

jitomate y chile lo cual nos entretiene y nos da algo positivo, y estas son las nuevas actividades que hemos implementado en esta cuarentena.

Diversas cosas y situaciones hemos tenido que superar, otras tantas que entender y otras que aun no entiendo. Espero que esta pandemia acabe y que todas y cada una de nosotras podamos convivir con la familia, amigos y compañeros de trabajo, ya que yo tuve que pasar mi cumpleaños sola, sin la compañía de mi familia, sin esas risas, esos abrazos que nos saben tan dulces y nos llenan de energía; esa comunicación cara a cara que nos llena la vida de alegría; esos momentos, que bien dirían “éramos felices y no lo sabíamos”.

En este momento deseo que todos regresemos a la normalidad, los niños a las escuelas, ya que amo estar en contacto con ellos, porque más allá de ser secretaria, soy enfermera, psicóloga, hasta incluso maestra, a algunos niños terminando las clases les doy algunos ejercicios de ortografía, para mejorarla, primero comencé con un niño llamado “Pedrito”, y el comenzó a mejorar su letra y su ortografía, por lo que no duró mucho tiempo para que me llevara a mas alumnos, y cada día eran más, me enseñaban tantas cosas sus ocurrencias, la convivencia, y hasta con mis compañeros de trabajo era muy ameno juntarnos de vez en vez a platicar, a distraernos un poco de lo que implica el trabajo y pasarla a gusto, ver a mis compañeras y platicar de todo o nada, ver a los padres de familia, que me llevaban postres y me hablaban con tanta amabilidad, el platicar con los alumnos en el receso y compartir nuestros alimentos, el poder salir con mi pareja al cine, a pasear y viajar es algo que extraño en demasía; comer en algún lugar, caminar por el centro, festejar los cumpleaños, las reuniones familiares, ver a mi única sobrina, a mis abuelos que me cuenten sus anécdotas, reírnos de todo y nada, visitar a mis familiares de la comunidad de Ezequiel Montes, mi bisabuela, mis tíos, ir al gimnasio, salir con mi perro a pasear, pero sobre todo ver a todos bien y con mucha salud y sé que para eso tengo que esperar, pero valdrá la pena.

Incluso estos días me ha brotado mi creatividad para escribir, por lo cual se me ocurrió mandar uno de mis escritos a una página de Facebook y que publicaron y me encantaría compartirlo:

Somos el brillo del sol que nace tras del cerro

Somos olor a campo. Entre maíz, nopales y magueyes caminamos y escuchando las historias de esos mezquites es que sabemos de dónde vienen nuestras raíces, tomando pulque es como recordamos que no debemos sentirnos avergonzados

Debemos gritar en alto como el sonido del jilguero: nosotros nunca moriremos

Nosotros somos muchos y aunque la gente nos mire hacia abajo, nos humille y quiera desaparecernos, nosotros somos:

El olor a quelite, el color del jade, los de los ojos color obsidiana

Labios color a garambullo

Los que no tememos miedo a caminar descalzos

Los que hablamos con las serpientes y nos enseñan su astucia

Los que aprendieron a volar como el águila y cantar como un quetzal

La habilidad de un jaguar

Los que se sanan con peyote y temazcal

Los que hablan con las estrellas

De norte a sur tenemos varias lenguas

Somos el tejido de un huipil

Tenemos sabor a mezcal y a chapulines

Olemos a tierra mojada y leña, somos el sonido de un huapango y la alegría de un mariachi, somos la nietos de un tacuate otomí, purépecha, mixteco, zapoteco, totonaca, náhuatl somos los nietos de una "maría" y me enorgullece ser mexicana, gracias a mi gente por las raíces que me dejaron siempre floreceremos.

Con este texto recordé nuestras raíces, nuestra historia, y lo maravillosos que somos, que esta pandemia no nos detenga que crezcamos como aquel nopal que aun con el frio se pone verde en la primavera.

Agradezco este tipo de convocatorias que sacan nuestra parte creativa, y nos impulsan a creer mas en nosotras, así que sonriamos y sigamos viviendo con todo lo que se nos presente que esto es la vida, llena de tantos colores, sabores, Deseo que todas y todos estén bien, que nos sigamos cuidando para que esto pronto termine y solo quede como algo que contar.

Y que reanudememos nuestras actividades normales con una actitud diferente, llenos de energía, de empatía y solo quedarnos con estos pasos a seguir:

- Paciencia y no tomar todo personal
- Empatía con nuestro entorno
- Actitud positiva
- Y una dosis de alegría a cada momento
- Amor
- Darte un espacio para ti

Gracias por esta oportunidad de compartir mi sentir, mis vivencias.

El Covid trajo la escuela a mi hogar

Claudia Nelly Núñez Franco

Corría el año 2020, era el inicio del mes de marzo. Empezaba a hacer planes para mi próximo cumpleaños y es que es costumbre en mi comunidad escolar hacer el típico festejo cumpleañosero el último jueves de cada mes. Sin duda esperaba el momento de comer algunas tostadas y el típico pan de rosca que usualmente compartíamos entre maestras.

Por ahí se escuchaba en aquel entonces en las noticias algo sobre un virus. Sí, un virus del otro lado del mundo al cual no le dábamos mucha importancia pues como suele ocurrir, a veces uno no da importancia a todo lo que nos es ajeno. Algunas de nosotras decíamos frases como: “seguro se controla en un par de semanas”, “eso no llegará jamás aquí”, “seguro suspenden clases para Semana Santa y poder salir a gastar”, y así transcurrieron los días. De pronto, la noticia del momento: la Secretaría de Educación Pública decide suspender clases debido a la contingencia por COVID- 19. Se suspenderían clases a partir del 20 de marzo, aunque muchos Estados habían decidido adelantarlo al 17 de marzo.

Así llegó el 17 de marzo y todas las docentes, secretarias, administrativos, intendencia y demás personal se presentaba como de rutina al colegio. Ya daban las 7:30 de la mañana y no se escuchaba el usual bullicio de los camiones de ruta que llegaban con los niños al colegio. A esa hora, lo normal era escuchar ya un par de vocecitas en la puerta del Preescolar. Ya en unos minutos más se montaban las típicas guardias para ir conteniendo a los pequeños que llegaban muy puntuales. Las maestras esperaron un tiempo y nos encontramos con la sorpresa de que no llegarían ya nuestros alumnos; las familias decidieron que los niños ya no se presentarían más a partir de esa fecha. Fue una decisión que ninguna de nosotras esperábamos. En realidad nos parecía una situación muy lejana y nos había tomado por sorpresa. Ese día se tomó la decisión de que, al no haber niños, las docentes se podrían retirar del plantel y nuestra directora solo nos indicó que habría que estar al pendiente de los comunicados oficiales.

Así, llegó el 20 de marzo, el último día que nos veríamos en la escuela. Era ya casi medio día y solo nos encontrábamos en la sección el equipo directivo y una maestra nueva, quien tuvo su día de “inducción” para darle la bienvenida al equipo docente.

Mi directora decidió salir a comer unos camarones de un famoso restaurante que solíamos visitar en ocasiones especiales. Recuerdo que me invitó a comer junto con la maestra de nuevo ingreso. Desafortunadamente, los días anteriores no me había sentido del todo bien y decidí declinar esa invitación sin saber que iba a ser el último día que nos veríamos en la escuela hasta dentro de mucho tiempo.

Ese día llegó... nos fuimos dejando atrás un colegio vacío y en silencio. La cuarentena había llegado y nadie sabía realmente qué tanto impactaría la vida de

cada una de nosotras. Dejamos atrás un patio vacío lleno de silencio y nos despedíamos sin la certeza de cuándo volveríamos a vernos nuevamente.

Durante las siguientes semanas el equipo directivo general del Colegio se mostró empático y cercano con las familias y docentes y fueron atendiendo poco a poco las voces de cada uno que alzara la mano para ser escuchado. No estoy segura si existen muchos lugares como la escuela donde trabajo, pero sin duda me sentí muy orgullosa de pertenecer a ella y del gran sentido humano que nos estaban haciendo sentir a todos a pesar de la distancia.

Siempre habíamos tenido claro que nuestro equipo docente se encontraba formado por maestras muy preparadas y que sobre todo entregaban el corazón en el aula, pero nadie, nunca hubiera jamás imaginado que su labor docente se vería transformada de la noche a la mañana a un modo virtual completamente inexplorado por muchas de nosotras. Sabíamos de aquellas capacitaciones de Google, la utilidad de Classroom, la creación de material digital y un sinnúmero de herramientas más, pero jamás imaginamos que algún día nuestra aula sería Classroom, que nuestras carpetas de evidencias ahora se llamarían Drive, que nuestras reuniones en sala de maestros ahora serían un Zoom y después un Meet, que nuestras ceremonias serían videos y que en lugar de correr por el patio para jugar a las atrapadas con los niños, ahora tendríamos que correr entre sesiones virtuales para podernos encontrar.

Poco a poco fuimos iniciando con las clases en línea. Probamos de todo, diferentes horarios, diferentes recursos digitales, diferentes materiales didácticos, pues había que hacer sentir a los pequeños como en su Preescolar al que solían asistir con tanto cariño. Fue prueba y error, tratando de atender a las familias de nuestros alumnos y al mismo tiempo escuchando el sentir de la comunidad docente. Poco a poco nos fuimos adaptando al uso de las tecnologías. Tuvimos capacitaciones de todo lo imaginable. Cada quien aportaba nuevos descubrimientos del cómo hacerle para que el video corriera mejor, para que pudieras escuchar a todos durante clase, para que cada pequeño pudiera tener un turno de participación, para que nadie quedara fuera de esta forma de trabajo. Sugirieron que cada pequeño tuviera escrito en una tarjeta su nombre y pudiera levantarla para que pudiera participar. Las maestras empezaron a generar herramientas al mil por hora para pedirles a los niños de Preescolar que prendieran o apagaran micrófono.

Se daban recomendaciones a las familias como adaptar un espacio adecuado para el estudio de los niños y niñas, brindarles un desayuno previo a su clase, crear poco a poco materiales con recursos que tuvieran en casa para evitar salir a exponerse, etc. Las clases poco a poco se fueron enriqueciendo siempre con la aportación de cada maestra del equipo. Podían ser las seis, siete u ocho de la noche y sin

obligación alguna, muchas de nosotras nos reuníamos entre compañeras para darnos recomendaciones de cómo usar cierta herramienta, para innovar y para no quedarnos rezagadas en lo que ahora se convertía en nuestra nueva normalidad. Nuestras salas y comedores se volvieron aulas, algunas trabajamos con lo que teníamos disponible en casa, un celular, un iPad, una laptop, una computadora de escritorio y el material de clase ahora fueron los juguetes de nuestros hijos, las ollas de nuestras madres, las ventanas se convirtieron en pizarrones y algunas de nosotras, muy afortunadas encontraron un campo para experimentar en sus jardines. No faltaban las disculpas porque pasó el marido atrás de nosotras, o porque nuestros hijos corrían entre nuestras piernas al estar trabajando o porque el perro ladraba al escuchar el timbre a media junta y ni hablar del señor de los tamales, del camión de la basura, el del gas o de aquellos músicos que alegraban nuestras mañanas desde nuestras ventanas.

Empezaban a escucharse situaciones del COVID. Aquellas malas noticias que dejaban en silencio al equipo, aquellas que sin duda nos arrancaron las lágrimas; pero fuimos poco a poco sorteando cada una de las situaciones que se presentaban y en aquellas juntas de equipo docente siempre se abrió un espacio para escucharnos, para sentirnos. Y nuestro consuelo fue ver una pantalla llena de rostros conocidos, aquellos que a través de la pantalla te abrían el alma entera para abrazarte, para consolarte.

Y es que vivíamos muchos duelos. No solo los duelos de las muertes ocasionadas por el COVID. También estábamos viviendo duelos personales pues habíamos perdido nuestra libertad, nuestras aulas, nuestro espacio, nuestras esperanzas y nuestra fortaleza. Algo de repente nos había puesto de rodillas para entender lo frágil que es el ser humano.

Mi rol docente no fue trabajar directamente en la pantalla con los niños y niñas, sino acompañar a mis maestras en su caminar ya que soy Coordinadora de Inglés y esto me permitió estar detrás de la pantalla, pudiendo ver las risas, frustraciones, enojo, tristeza, decepciones, confusiones, logros y festejos de cada una de ellas. Siempre ahí, con la cámara apagada al pendiente de sus clases y de cada niño y niña para observar con mis ojos lo que ellas no lograban ver por tener que estar bailando frente a la pantalla, tratando de animar a todos a participar. El WhatsApp ahora era nuestro medio más rápido y efectivo para avisarnos lo que iba sucediendo en cada clase. “Miss, tu micrófono está apagado”, “Miss, tu alumno tiene su cámara apagada”, “¡Miss, vas muy bien!”

Así han transcurrieron varias semanas y meses.

Llegó así el fin del ciclo escolar 2019-2020. Realizamos nuestra primera graduación virtual y fue todo un éxito. Pudimos recoger entonces los resultados de este primer intento de trabajo en línea. ¡Todos hicieron un gran trabajo! Ahora, todas y todos necesitábamos un necesario descanso de esa primer “Pandemia Parte I”.

Nos despedimos para tomar un descanso y poder iniciar el ciclo 2020-2021; debo mencionar que ya nos encontrábamos para ese entonces mucho más fortalecidas y fortalecidos para lo que estaba por venir. Ya no seríamos aquellas principiantes que conocimos hace unos meses. Ahora ya podíamos jactarnos de conocer las plataformas de reuniones, ahora ya teníamos la capacidad de responder de manera más eficiente a esta situación.

Sin duda todos nos encontrábamos con mucha expectativa de cómo pintaría este nuevo ciclo escolar. Todos manteníamos un sentimiento de aliento y esperanza que nos haría movernos a través de este nuevo ciclo escolar.

Las familias también se encontraban más comprensivas pero también más temerosas a lo desconocido; no faltaron las juntas con las familias quienes habían decidido tomar la decisión de darse de baja. Escuchamos a cada una de esas familias y cada una de esas sesiones fue muy difícil. ¿Y cómo no lo sería?

Siempre he pensado que ser Directora de cualquier centro educativo es todo un reto que no solo implica conocimiento, sino temple, fortaleza y experiencia. Son características que siempre he admirado de mi directora, pero durante este tiempo de trabajo a distancia me ha hecho guardar silencio y admirar las decisiones tan difíciles que ha tenido que tomar en este tiempo de pandemia. Muchas de ellas fueron guiadas por su experiencia, pero no dudo que muchas otras fueron orientadas desde lo más profundo de su corazón y por ese amor que le guarda a cada alumno y alumna, al colegio y a su comunidad.

Esta pandemia ha dejado al descubierto las fortalezas y debilidades de cada uno de los miembros de una comunidad. Ha quedado al descubierto el lado más humano de todas las personas y nos ha hecho ponernos en los zapatos ajenos para tratar de entender cada una de las situaciones personales que vamos enfrentando día con día.

Con el inicio del ciclo escolar se sentía un espíritu positivo, pero también lo mencionamos en muchas ocasiones: “esperemos que esto no solo sea la sensación positiva de la novedad.” Y efectivamente, esto se convirtió en una preocupación latente.

Y así iniciamos. Ahora implementábamos nuevas prácticas y hacíamos uso de nuevos recursos digitales y didácticos para lograr una mejora constante, siempre procurando que esta etapa de encierro fuera más llevadera para niños y niñas.

Ahora que el tiempo iba corriendo no fue sorpresa, las maestras y maestros empezaban a notar ese cansancio en los niños y el malestar en las familias. Intentamos observar las clases para detectar en qué estábamos fallando y poder así mejorar. Escuchamos a las familias para poder conocer cuál era su sentir. Y así es que llegamos a la conclusión, ese momento había llegado. El momento en que la “novedad” ya no era más novedad. Los niños y niñas ya habrían pasado para ese entonces muchos meses encerrados. Las familias se encontraban visiblemente cansadas.

Aquellas reuniones con familias han sido de lo más difícil que me ha tocado vivir en mi experiencia docente de 17 años. Hemos escuchado cualquier tipo de situaciones familiares que en muchas ocasiones es inevitable no romperse por dentro. El COVID ha dejado su huella en muchos corazones. Llega, lastima y a veces se roba cosas.

Nos ha robado la libertad y nuestra seguridad, pero ¿quién ha salido más lastimado en eso? Yo no dudaría en decir que nuestros niños y niñas.

Ellos han perdido su libertad, sus amigos, sus salidas al parque, sus salidas a casa de los abuelos.

Lo puedo ver en mi propio hogar. Tengo un hijo en edad Preescolar y una adolescente de secundaria. Ambos se encuentran en este momento pasando por momentos difíciles.

Cualquiera que sea hijo o hija de un maestro o maestra sabrá de lo que estoy hablando. Ya de por sí resulta difícil tener como madre o padre a un maestro o maestra. Nuestros hijos ya conocen de periodos de evaluación, de material didáctico y planeaciones. Ellos ya sabían desde antes que mamá no tendría tiempo de atender sus eventos por estar atendiendo los suyos propios con los hijos de otras personas.

Mis hijos ya tenían esa parte bastante acomodada. Incluso mi esposo. Él tenía ya muy asimilado que cada 10 de mayo él asistiría a los festivales del día de las madres porque yo me encontraba trabajando con mis propios festivales.

Pero lo que nunca imaginaron es que ahora se quedarían completamente solos. Ya no tendrían una maestra a la que llamarían “mamá” por accidente. Ahora se encontraban en casa con una televisión y computadora enfrente mientras que mamá se encontraba en el dispositivo de al lado dando sus propias clases y atendiendo sus propias juntas.

Tuve que confiar en sus capacidades y en sus aprendizajes previos. Durante las primeras semanas de clases, tal como si mis hijos fueran mi propio grupo escolar, fui asignando horarios escolares. El inicio de las clases tenía ahora un programa

escolar establecido y entre clase y clase diseñé una materia especial llamada “Papá cocina”.

Supervisé durante las primeras semanas las tareas de mi hija de secundaria y poco a poco tuve que ir soltando su andar hasta que ella se hiciera cargo de todos sus deberes. Ahora ya no debía despertarla, pues ella se despertaba al escuchar que yo ya iba a entrar a mi primera junta en línea. Ahora ya, sin despertador, se disponía a iniciar su día, a ponerse su uniforme (pues fue una regla establecida por su mamá-maestra), a prender su televisión y computadoras listas para iniciar sus clases. Poco a poco fue mostrando su propio desarrollo. Ahora ya no necesitaba que mamá estuviera revisando cada cuaderno y cada tarea. ¿Quién dice que los niños no han aprendido nada en esta pandemia?

Ahora que terminó el primer trimestre y me entregaron una boleta con calificación de 10 (y sí, no me interesa sonar con voz presuntuosa) no me interesa que no haya sido un 10 de conocimientos impecables, pero creo que mi hija se ha merecido cada una de esas notas académicas al tratar de sobrevivir a su adolescencia y al encierro al que fue sometida sin tomar en cuenta su opinión.

En esta cuarentena hemos tenido días muy difíciles y otros no tanto, pero es un reto del que uno va aprendiendo día con día.

Ahora, me encuentro muy preocupada por la fragilidad de los sentimientos de mi hija. Ella siempre se ha esmerado por ser una buena alumna, pero la pandemia se robó mucho de su espíritu. Ahora toma apuntes, escanea y envía trabajos cada día de cada semana. Sus maestros apenas se hacen presentes en alguna respuesta de correo con un mensaje de “Recibido”. La escuela no ha querido aventurarse en las clases en línea, por lo que mi hija no ha tenido esa experiencia de contacto con sus pares ni siquiera por ese medio.

Ahora me preocupa el hecho de no querer ver a nadie. Siempre que le hemos sugerido alguna sesión de Zoom o Meet con sus compañeros, alguna llamada o video llamada, simplemente nos encontramos con una negación. ¿Para qué? pregunta ella.

Cualquiera que tenga un adolescente en casa, estoy segura de que sentirá un poco de empatía ante esta situación. Un adolescente solo quiere alejarse de sus padres y forjar su propia identidad. Pero ahora, encerrados en sus casas junto a su enemigo (me refiero sarcásticamente a sus padres y madres) no tienen manera de socializar como lo harían antes del COVID. Ahora, cada día se vuelve en ocasiones un escenario con todo lo necesario para iniciar una lucha con un adolescente en casa.

Todos hemos puesto de nuestra parte en esta contienda diaria y creo que ese es el aprendizaje esperado que mi hija pudo haber tenido en esta cuarentena.

Esta pandemia le vino a robar tantas cosas, sus amigos, su escuela, sus pasatiempos, las visitas a la abuela, las salidas al cine, al parque o a comer un helado.

Y aunque la hemos intentado sacar de casa un par de veces, con su debido cubrebocas y una careta muy reforzada, gel antibacterial y sana distancia, jamás podré olvidar su reacción al ver a su propia abuela a la distancia. La experiencia fue tan fuerte que pudo romperme el corazón. Apenas estuvo un par de minutos frente a ella cuando se empezó a desvanecer y respirar rápidamente por el miedo. Me pedía sacarla de ahí. En el camino de regreso a casa no hizo más que llorar. Le pregunté qué pasaba y a lo que respondió: “Quería abrazar a mi abuelita pero tenía mucho miedo”.

Hemos ido aprendiendo poco a poco a devolverle esa seguridad en sí misma y a no tener miedo al exterior, pero en la edad de los temores cuando un granito en la cara puede ser el reto más difícil de enfrentar, ¿cómo devolverle la seguridad de que ahora era la vida la que estaba en riesgo?

No quiero seguir adelante esta redacción sin hablarles un poco también de mi hijo de Preescolar. Mi pequeño quien apenas acaba de cumplir sus 5 años. Él ha vivido la pandemia a su propia manera. Nosotros solo nos limitamos a decirle que el coronavirus se encontraba afuera y que por eso debíamos mantenernos a salvo en casa; él llegó a sus propias conclusiones: El coronavirus había caído en la noche desde las estrellas y ahora los árboles debían pelear contra él. Esa fue la conclusión a la que él llegó cuando un día sin aviso previo ya no pudo salir de la casa.

Aún guardo una imagen de mi hijo mirando por la ventana con su telescopio (un rollito de papel de baño adaptado para poder mirar a las estrellas) y gritando desde la ventana diciendo: “Árboles, apúrense a matar al Coronavirus”, “¡Amigos! ¡no salgan de sus casas, hay coronavirus!”.

Él ha tenido muchos días buenos, rodeado de sus juguetes o jugando a las escondidas, pero jamás podré olvidar aquellos días cuando él solito tomó su mochilita de la escuela, guardó sus juguetes más valiosos en ella, una playera y la cartera de papá y nos dijo: “Pídanme un taxi, ya me tengo que ir con mis amigos”. Nunca hubiera imaginado que un niño de cinco años pudiera pensar en escapar de su propio hogar. Lo tuvimos que abrazar con fuerza pues él quería realmente escapar de casa. Ese abrazo largo que le dábamos solo era una forma de, en silencio, decirle que todo estaría bien. Después de eso venía un momento de llanto

tanto suyo como nuestro y después de esa crisis, volvía la calma. Esto sucedió un par de veces durante toda la cuarentena.

Muchas veces lo hemos escuchado decirnos todo lo que anhela hacer nuevamente: Cuando se acabe la Covid quiero ir al parque, quiero ver a mis amigos, quiero abrazar a mi abuela, quiero salir a correr. Por ahora ha entendido muy bien que en casa estamos seguros y que nuestra intención es protegerlos dentro de nuestro hogar.

Él se adaptó de muy buen modo a las clases en línea. Ahora tiene a su nueva maestra por televisión y sin duda le encantan las sesiones de Activación Física con Paola Espinosa. Él también sabe que mamá no estará ahí para él pues mamá tiene que ir a su propia “escuela”, que no es ni más ni menos que la computadora de al lado.

Papá se ha encargado de estar con él y tomar apuntes. Él también recibió capacitación al respecto por parte de mamá. Ahora se dedica a apuntar la materia y el aprendizaje esperado de cada sesión y siempre tiene ya preparada la computadora con la sesión de Meet para conectar a mi hijo a su clase en línea. Él se queda al lado para que mi hijo ponga atención, pero también a veces se queda detrás de la computadora para bailar o animarlo a participar.

Nunca me he considerado dependiente de un hombre, pero debo admitir que el trabajo en equipo ha sido fundamental en este tiempo de pandemia. Él se ha hecho cargo de las clases, del desayuno y la comida, de lavar la ropa mientras mamá está en juntas. Él se encargó de adaptarme un salón, de perforar nuestras paredes del comedor para colocar mi nuevo pizarrón. Ha sido mi mano derecha para poder gestionar mi propia escuela- oficina- hogar.

Pero cada historia feliz también tiene su lado triste. Él fue uno de los afectados de COVID. Él también es profesor y contaba con su propia escuela. El COVID se encargó de terminar con esto. Su escuela no pudo resistir más y así como miles de negocios, también el suyo quebró. Le tomó mucho tiempo reponerse de algo por lo que había trabajado por tanto tiempo y con tanto esfuerzo.

Intenté de muchas maneras apoyarlo y fortalecerlo después de esta pérdida. Le tomó mucho tiempo darse cuenta que ahora debía adaptarse a otra nueva forma de ser lo que es.

Así es que ahora, nuestra sala y comedor son por la mañana un salón de clases, por la tarde una escuela de artes marciales y por la noche un lugar donde podemos apenas descansar del día a día.

Todo en esta casa ha cambiado, incluidos los personajes que en ella viven. A veces podemos ser completos desconocidos que exigen su propio espacio en sus

recámaras y otras veces somos aquellos viejos conocidos que viven y sueñan en un mismo lugar.

Esta convivencia familiar bajo el mismo techo todos los días, todo el tiempo, se ha vuelto algo muy difícil de llevar. He leído y escuchado un sinfín de historias familiares de parejas que perdieron su matrimonio debido a la pandemia. Nosotros también hemos pasado por un par de crisis de pareja ocasionados por el encierro, por lo económico y por la frustración propia de la situación.

¿Cómo hemos logrado sobrevivir a estas crisis? Para ser honesta, no conozco la respuesta exacta. Hemos probado tantas formas para poder salir adelante juntos: hemos pintado la casa, movido muebles y redecorado la casa. Eso nos ha ayudado a ordenar nuestra mente. Hemos tenido charlas interminables cada madrugada, hemos pedido nuestro tiempo a solas, a veces en la cocina, en el cuarto o en la azotea. Hemos convertido nuestra sala en un salón de baile o en un salón de juegos. Cada cosa que hemos hecho sin duda nos ha ayudado a ir fortaleciendo nuestros lazos y a poder seguir llevando esta situación de una forma que no resulte más dañina para cada uno de nosotros.

La vida como mujer, como mamá, como maestra y como muchos otros roles ha sido demasiado compleja. Estoy segura que como la mía, habrá muchas historias que podrán dejar testimonio de lo que dejó atrás esta pandemia. Todas y cada una de estas historias es valiosa y nos muestra la propia realidad de cada una de nosotras desde su propia trinchera, pero estoy segura que cada una de nosotras hemos estado dejando lo mejor de nosotras para sacar adelante nuestros hogares, nuestros trabajos y a los hijos de muchas otras mujeres que dependen de nuestra labor docente.

Es importante que en estos momentos también prioricemos el rol de la mujer en todos aquellos aspectos en los que pensábamos que no tenían relevancia, pero que esto no sea visto solo como una cuestión de género, sino como un trabajo en equipo. Esto solo puede salir adelante gracias a la unión de fuerzas y al trabajo conjunto dentro de cada hogar.

El año 2020 está a punto de terminar y este año en particular no pude tener más urgencia y necesidad por ver el primer adorno de Navidad en nuestro hogar. Lo venía anunciando meses antes: Justo el primer día de diciembre colocaría el primer adorno de Navidad sin importar qué. Es esa urgencia de iluminar con una luz en nuestros corazones la que me invita a llenarme de ese espíritu. El tener a mis hijos sentados alrededor del árbol, colocando un par de esferas y un nacimiento es razón suficiente para mí para darle un poco de significado a estas fechas. En medio de dicha escena y con canciones navideñas, el corazón de mi hija se vuelve a desvanecer pensando en los que ya no estarán.

Cada familia, cada mamá, cada docente vive una “educación a distancia” diferente. Todos y cada uno de nosotros vivimos una pandemia diferente, pero lo único que podemos tener por seguro es que estamos intentando con nuestros propios recursos hacer lo mejor posible que tenemos en nuestras manos para sacar adelante a nuestros niños y niñas, no solo académicamente hablando, sino cuidando sus corazones, esperanzas y visión de un futuro mejor y posible.

Cada uno de nosotros se encuentra lidiando con sus propios miedos y con sus propias inseguridades respecto a la situación actual del país, pero seguramente todos saldremos de esto cambiados, y lo único que podemos desear y por lo que debemos trabajar es por salir de esto transformados para positivo.

Hoy me siento muy orgullosa de poner un granito de arena en la educación de mi país y sobre todo me da mucho orgullo hacer lo que nos tocó hacer en esta situación de pandemia. No espero que esto sea escrito en algún libro de historia dentro de algunos años, lo único que podría desear es haber dejado una huella en mis hijos, pues muy a pesar de las circunstancias, uno debe mantenerse en pie y trabajando por la vida que uno quiere tener y que siempre debemos ejercer con alegría el poder compartir lo que somos y lo que sabemos con aquellas personas que lo necesitan.

La Covid llegó a nuestras vidas para cambiar todo: nuestros trabajos, la escuela, nuestra casa, nuestra relación, nuestras esperanzas y miedos. Llegó como un tornado a querer arrancarnos cosas de los brazos. Nos ha azotado y nos ha dejado un poco debilitados, pero así como cuando un tornado azota, nosotros hemos decidido tomarnos de la mano como familia para poder resistir a esta tormenta. Nos hemos abrazado tan fuerte el corazón y hemos ido aprendiendo que tenemos que vivir lo que nos ha tocado vivir con la esperanza y la fe puesta en alto.

Aprendiendo de la vida gracias al Covid-19

Daisy Sánchez Morales

Después de casi un año de cambios constantes en mi rutina de vida establecida escribo el presente artículo para expresar mis experiencias, emociones y sentimientos vividos en este tiempo de pandemia de Covid-19.

Comenzaré a describir el contexto de la institución educativa de la cual soy parte: Es una escuela pública de nivel medio superior – Bachillerato Tecnológico - que ofrece dos carreras técnicas: Electromecánica y Soldadura Industrial. Soy laboratorista y encargada del almacén de especialidades (Soldadura Industrial y Electromecánica); mis labores como Laboratorista consisten en el auxilio al personal docente en la realización de prácticas en el Laboratorio de Ciencias, la preparación del material y reactivos para las mismas, inventarios, así como llevar un control y registro de prácticas a desarrollar; como encargada del almacén de especialidades mis funciones son tener control, por medio de bitácoras, del préstamo de las herramientas y equipo para realización de prácticas en los diversos talleres, así como la realización y actualización de inventarios; así mismo, a cada integrante del personal administrativo se nos asigna un grupo con un tutor para apoyarlo en el seguimiento a la asistencia de los jóvenes, su rendimiento académico y disciplinario, entre otras cuestiones que pudieran surgir, es decir, realizo las actividades de una figura denominada “Cotutor” que funge como apoyo al personal docente tutor (cada docente tiene asignado un grupo para ser su tutor y brindarle seguimiento académico o en cuestiones personales canalizar al departamento correspondiente) En las diversas actividades que desempeño con motivo de mi trabajo tengo un contacto directo y constante con los estudiantes, en mayor proporción. Dado lo anterior, con la suspensión de labores presenciales en los diversos niveles educativos mis funciones quedan reducidas al apoyo a los diferentes departamentos que siguen en sus actividades normales y a mis actividades de cotutor en el seguimiento a fondo del rendimiento educativo de los estudiantes.

¿Cómo es que el Covid-19 llega a mi vida?

En el año 2019 por terminar, se presentó el primer caso de Covid-19 en el mundo en desarrollo, la información comienza a circular, tal vez un poco de forma desorganizada, *“el Covid-19 es transferible de humano a humano”*

El año 2020 comienza con noticias internacionales devastadoras dado al nuevo virus en propagación, un nuevo ciclo escolar en transcurso; en los pasillos de la escuela, estudiantes, docentes, personal administrativo y de apoyo hablamos del tema; pareciera que se trata de una nueva película de drama y suspenso.

Más de 10,000 kilómetros de distancia separan a México del lugar en donde el virus comienza a propagarse, muchos mexicanos escépticos ante tal situación, muchos asustados, preocupados, ansiosos; las personas comenzaban a salir a la calle con cubreboca y era muy común escuchar “pero que exageración, aquí no va a llegar, ese virus no existe” sin embargo, ¿realmente comenzamos a hacer algo para prever la situación?

Los medios de comunicación emiten por aquí y por allá la información, últimos días del mes de febrero del 2020, el primer caso de un hombre con el mencionado virus en México estaba siendo confirmado, parte de la población entró en pánico, otros, continuaron, continuamos con el escepticismo.

A mediados del mes de marzo del 2020 se declara una cuarentena con una jornada nacional de sana distancia, ¡El Coronavirus –COVID-19- nos ha tomado desprevenidos! Una pandemia se desarrollaba al otro lado del mundo, nunca imaginamos que llegaría a nosotros; fiebre sumamente alta, dolores musculares, dificultades respiratorias, muertes lentas y dolorosas, escasos estudios referentes al nuevo virus en propagación, medicamentos usados en forma de prueba para combatir los síntomas, la rápida transmisión de los contagios, el pronto colapso de los sistemas de salud, la ansiedad generada, el miedo, un futuro incierto ocasionando una revolución mental.

De la mano con la llegada del nuevo virus a México llegaron nuevos desafíos para todos los sectores poblacionales y empezó de lleno la era digital, reuniones de trabajo virtuales, clases virtuales, uso obligatorio de cubrebocas (en un principio no se conseguían con la facilidad con la que lo hacemos actualmente y por la falta de costumbre nos sentíamos ahogar), conservar una distancia mínima de persona a persona, la reducción del aforo en los lugares públicos y comercios, el cierre de lugares de esparcimiento, la campaña de lavado de manos y uso de gel antibacterial, en un abrir y cerrar de ojos la vida nos ha dado un giro inesperado.

Entre el personal administrativo y docente del plantel educativo había un gran desconcierto, ya que al declararse la cuarentena sólo se hablaba de dos semanas sin clases en las aulas ya que se avecinaban las vacaciones de Semana Santa y entrarían dentro del periodo de cuarentena, sin embargo, ¿Qué pasaría si esto se prolongaba? ¿De qué forma continuarían las clases? ¿Cómo hacer para dar alcance a todo el estudiantado? ¿Cómo lograr el aprendizaje significativo real en los jóvenes? Y entre los padres de familia se apreciaba mucha confusión, muchos de ellos quedándose sin trabajo y por tanto sin fuente de ingresos, muchos preocupados por la educación de sus hijos y las dificultades para acceder a algún aparato electrónico que le diera acceso a sus clases o en su defecto, la falta de internet en su domicilio, y no sólo eso, también hubo padres que de cierta forma

estaban mal informados creyendo que el periodo de confinamiento era del tipo “vacaciones”; así que los retos apenas comenzaban, los docentes comenzaron a crear estrategias educativas por medio de alguna plataforma digital educativa (Classroom, Edmodo, por ejemplo) o simplemente a planear y enviar actividades por medio de grupos de WhatsApp, Facebook y/o correo electrónico, vaya que no imaginaban la complejidad del control, recepción y revisión de trabajos.

Un cúmulo de emociones y sentimientos, ¿Por qué los estudiantes no atienden las indicaciones? ¿Por qué no se tiene el contacto? ¿El estudiante tiene acceso a los medios digitales para tomar su clase? ¿El docente cuenta con las herramientas digitales necesarias? La cuestión económica ha jugado un papel muy importante, muchos padres de familia se han quedado sin fuente de ingresos

Con el paso de los días y trabajando a prueba y error los docentes fueron perfeccionando su forma de trabajar y aquí estábamos el personal administrativo ahondando en las bases de datos o cruzando contactos para localizar a todos los estudiantes, de ser posible, informando la forma de trabajar y motivando a seguir haciéndolo. En lo personal me topé con cosas muy positivas como padres y madres de familia haciendo el mayor esfuerzo y preocupándose por la educación de sus hijos, también a padres de familia que solaparon la idea de que así era muy difícil y su hijo así no podía, este era el momento de sacar nuestro máximo poder de convencimiento para motivar a los padres de familia y que a la vez ellos nos apoyaran en motivar a sus hijos, así como también me di cuenta de situaciones particulares lamentables y tristes, algunos estudiantes no tenían acceso a algún celular o computadora, algunos estaban batallando hasta por cuestiones básicas como la alimentación; el personal total de la institución educativa nos dimos a la tarea de hacer una cooperación para hacer llegar a las familias más vulnerables de nuestra comunidad educativa una despensa, era el tiempo de mostrarnos más humanos y solidarios que nunca. Así como también los docentes y personal directivo se dio a la tarea de crear cuadernillos de trabajo para trabajar en ellos de forma física en casa por los casos de dificultades por equipo electrónico, además, se acondicionaron los espacios con equipo de cómputo para que en determinado momentos los jóvenes tuvieran la posibilidad de acceder a ellos con las debidas medidas sanitarias.

Luego, llegó el tiempo de entrega de fichas e inscripciones, por las condiciones sociales, culturales y económicas de la población que recibimos en el plantel era muy complicado considerar la entrega de fichas exclusivamente por alguna plataforma vía internet así que el personal directivo organizó guardias de personal administrativo para atender a las personas que desearan realizar algún trámite, así como el personal docente se presentaba cuando tenía pendiente la recepción de algún estudiante para resolución de dudas; entre miedo y bastante desconfianza

por la interacción y contacto con muchas personas pero con todas las medidas de seguridad cumplimos con los objetivos de entrega de fichas, inscripciones y asesoría a los jóvenes.

Acerca de las instalaciones de la escuela, y me permito nombrarlas así porque no es una escuela como tal, no hay estudiantes y ellos son uno de los pilares de la misma; lucen vacías, tristes, sombrías, no es lo mismo volver a ellas sin esa calidez de la sonrisa de los estudiantes al recibir y brindar un “buenos días”.

Cuanta necesidad de escuchar las risas, las pláticas, hasta los pleitos entre los estudiantes; caminar por el plantel educativo y escuchar a cada docente, con su estilo tan personal y único para impartir sus clases; y a cada administrativo siendo parte de los trabajadores de la educación interactuando con el estudiantado, atendiendo a sus peticiones y necesidades; o simplemente llamando la atención a alguno de ellos por alguna acción.

En mis interacciones con padres de familia y estudiantes he podido percibir frustración y desmotivación, lo que me queda por hacer es decirles cosas positivas y que ellos mismos vean lo que han logrado en este tiempo complicado, hacerlos sentir con esperanza y brindarles el apoyo que necesitan para continuar con sus estudios, en general, el personal docente y administrativo realizamos lo anterior de forma involuntaria, todos deseamos lo mismo, que los jóvenes continúen sus estudios y que sus aprendizajes no se vean afectados.

Los trabajadores de la educación hemos sido fuertemente criticados por estar trabajando desde casa, sin embargo ha sido un reto tanto para docentes, personal administrativo, estudiantes y demás, adecuar nuestra forma de trabajo a lo virtual cuando estamos acostumbrados totalmente a trabajar cara a cara, ha sido un proceso de aprendizaje y los errores han sido parte de él, sin embargo, dichos errores nos ayudan a perfeccionar nuestro actuar. Es tiempo de valorar la educación, el papel tan importante que cada trabajador de la educación tiene en el proceso enseñanza-aprendizaje.

Esta pandemia nos ha enseñado a ser solidarios, a pensar en nosotros pero no dejando de lado a los demás, a pensar en todos como un conjunto, a pensar en que si quiero salir adelante no lo puedo hacer solo y no lo puedo hacer siendo egoísta, sino pensando en todos a la vez; nos ha mostrado la importancia del trabajo en equipo, la comprensión y el valor de la comunicación.

Como personal administrativo he comprendido la ardua tarea del docente al estar en contacto con cada estudiante, colaboramos con los mismos para tratar de encontrar soluciones con la comunicación dadas las condiciones socioeconómicas de algunos de los alumnos, hemos tenido que implementar estrategias para

establecer el vínculo escuela-estudiante y poder llevar a cabo el proceso educativo, sin embargo, nos encontramos con un reto aún mayor, una gran cantidad de estudiantes no tienen al alcance los medios digitales para poder acceder a sus clases virtuales, sin embargo, entre docentes y personal administrativo nos dimos a la tarea de establecer comunicación de una u otra forma con el estudiantado para lograr la entrega de cuadernillos para agilizar y garantizar que llegara la educación a todos los estudiantes

Con el trabajo administrativo por guardias aprendimos a valorar el trabajo que hace día a día cada uno de nuestros compañeros administrativos y docentes; valoramos las relaciones interpersonales directas el no sólo poder comunicarnos de forma verbal sino percibir, apreciar y expresarnos a través de todos nuestros sentidos; el darnos cuenta que el establecer comunicación con una persona no solo nos transmite algo a través de su voz sino a través de sus ojos, de sus gestos y de sus expresiones, es decir, la comunicación no verbal, con la transmisión de sentimientos y emociones.

Ahora, no puedo dejar de lado el sentimiento que nos envolvió el día en que recibimos la lamentable noticia del fallecimiento de un compañero sumamente querido por todo el personal del plantel educativo; un ambiente lleno de tensión, miedo y tristeza se respiraba, hasta que no vi la situación tan cerca de mí, a nosotros, comprendí profundamente los alcances de esta nueva enfermedad; y me es de suma importancia hacer mención de esto, ya que lejos de formar parte del equipo de trabajo de una escuela, también soy humana, tengo una familia que así como con mi mayor fortaleza también son mi más grande debilidad; siempre con el miedo a estar envueltos, como sociedad, en una complicada situación, con el estrés de un futuro incierto, con el miedo constante a recibir la noticia del contagio de alguno de mis seres amados y no sólo eso, el miedo al leer las noticias del inminente colapso del sector salud; hasta el día de hoy, pensar en que mi esposo, mis padres, hermanos, sobrinos, amigos, compañeros de trabajo puedan contagiarse de este virus y que existe la posibilidad de que no se les pueda brindar la adecuada atención médica me achica el corazón.

La empatía y responsabilidad social han tenido en mi vida un crecimiento sumamente significativo; el saber que mi marido no ha dejado de trabajar un solo día en este tiempo de confinamiento y pensar que en determinado momento podía contraer el virus en mención y transmitírmelo a mí me hizo considerar en todo momento el cuidarme a conciencia cuando tuviera la necesidad de relacionarme con otras personas, ya que, fuera de prevenir mi contagio personal, en todo momento deseaba que de yo tener COVID-19 no quería transmitirlo a nadie más.

¡He aprendido a valorar el aquí y ahora!

Desde que por los medios de comunicación pedían un aplauso para el personal médico y hospitalario, yo para mí decía “de acuerdo, son grandiosos y están luchando por nosotros, un fuerte aplauso para ellos, pero también un aplauso para cada uno de nosotros, en casa o yendo a trabajar a riesgo de contagio, tenemos nuestra propia lucha, lucha contra el miedo, la ansiedad, el estrés del confinamiento, los retos digitales y socioemocionales, el paso agigantado de cada docente para no dejar que su tarea de educar se vean afectada, por cada administrativo que desde casa o cubriendo guardias, acudiendo al plantel ante las necesidades que iban surgiendo para no dejar que la escuela estuviera en decadencia, a cada policía que no ha dejado de hacer su trabajo a pesar de las circunstancias, al personal de limpieza y apoyo de todos los lugares porque sin ellos todo sería un caos aún mayor, aplaudimos por el resurgimiento de cada uno de nosotros, por nuestro autoconocimiento, ya que terminamos haciendo cosas que no sabíamos que podíamos y un aplauso a cada estudiante que no se ha dejado vencer con cada reto sino que va aprendiendo de cada situación y estoy segura que esto está forjando su carácter, fortaleza y determinación.

A prueba y error seguimos adelante, no podemos poner pausa a la educación de los jóvenes, futuro de nuestra sociedad actual.

Como seres humanos somos ampliamente adaptables, si bien es cierto tenemos miedo al cambio pero sabemos adaptarnos a los mismos, y no nos ha quedado de otra, por más difícil que parezca la tarea.

Entre caídas y levantones, errores y aciertos, llegan los últimos días de un año complicado y lleno de retos, la vacuna nos llena de esperanza.

Espero ansiosa el día en que pueda ir camino a la escuela y me encuentre diversos estudiantes camino a ella, unos sonrientes, otros molestos, con sueño y flojera o con mucha felicidad conversando con sus amigos y al llegar decir con una enorme sonrisa en mi rostro “Buenos días” desde que bajo de mi vehículo hasta que llegó a mi espacio laboral; escuchar sus risas, discusiones, conversaciones sin fin por aquí y por allá; la convivencia en los eventos escolares, el sentir que somos parte de los seres importantes para los estudiantes y que a veces tenemos la capacidad de hacer algún cambio en ellos por minúsculo que sea, así como nos roban una sonrisa, nosotros se las robamos a ellos... la escuela nunca será la misma sin los estudiantes, nunca. Y no me considero una “heroína” durante estos tiempos complejos pero con sentir que he podido ayudar a algún joven o simplemente por saber que le he causado una sonrisa mi satisfacción interna es enorme, realmente no sabemos lo que una cara triste o una sonrisa tiene detrás. Este es el punto en

que explico el título de mi artículo *“Aprendiendo de la vida gracias al Covid-19”* ya que tomando cada situación con actitud positiva esta ha sido una oportunidad de aprendizaje y crecimiento constante, hoy soy más consciente, más empática, más agradecida, más responsable y sigo aprendiendo a valorar todo lo que tengo a mi alrededor; como mujer, como ser humano soy un ser de fuerza y voluntad que sigue creciendo cada día, valorando cada reto al considerándolo una oportunidad y valorándome a mí.

Coordinación y cuidado de la edición:
Lic. Maricela Fonseca Larios
Centro Virtual DEMAC
Febrero, 2022